



ELEGÍAS DE VARONES ILUSTRES DE INDIAS: TEXTOS FUNDACIONALES I

JUAN DE
CASTELLANOS

BC
Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



**ELEGÍAS
DE VARONES
ILUSTRES DE
INDIAS: TEXTOS
FUNDACIONALES I**

**JUAN DE
CASTELLANOS**

Betty Osorio (Comp.)

BC
- literatura -

Castellanos, Juan de, 1522-1607

Elegías de varones ilustres de Indias [recurso electrónico] : textos fundacionales. I / Juan de Castellanos ; [presentación, Betty Osorio]. -- 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

1 recurso en línea : archivo Pdf (478 páginas). – (Biblioteca básica de cultura colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

ISBN 978-958-8827-56-8

1. Poesía épica española - Siglo XVI 2. América - Descubrimiento y exploraciones – Españoles - Siglo XVI

I. Osorio Garcés, María Betty, aui. II. Título III. Serie

CDD: 861.3 / 980.01 ed. 23

CO-BoBN– a975275



Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Felipe Cammaert
COORDINADOR EDITORIAL

Javier Beltrán
ASISTENTE EDITORIAL

David Ramírez-Ordóñez
RESPONSABLE PROYECTOS DIGITALES

María Alejandra Pautassi
EDITORA DE CONTENIDOS DIGITALES

Paola Caballero
APROPIACIÓN PATRIMONIAL

Taller de Edición Rocca
SERVICIOS EDITORIALES

Hipertexto
CONVERSIÓN DIGITAL

Pixel Club
COMPONENTE DE VISUALIZACIÓN Y BÚSQUEDA

Adán Farías
DISEÑO GRÁFICO Y EDITORIAL

ISBN:
978-958-8827-56-8
Bogotá D. C., diciembre de 2015

Primera edición: Ministerio de Cultura,
Biblioteca Nacional de Colombia, 2015

Presentación y compilación: © Betty Osorio

Licencia Creative Commons:
Atribución-NoComercial-Compartirigual,
2.5 Colombia. Se puede consultar en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/co/>

ÍNDICE

- PRESENTACIÓN 9
- DEDICATORIA AL REY
DON FELIPE II 19

PRIMERA PARTE

ELEGÍA I

- CANTO PRIMERO 27
- CANTO SEGUNDO 47
- CANTO TERCERO 67
- CANTO CUARTO 81

ELEGÍA IV

- EN UN SOLO CANTO 107

SEGUNDA PARTE

- DEDICATORIA 123
- CENSURA DE DON
ALONSO DE ERCILLA 125



Portada de las *Obras de Juan de Castellanos*, Edición de la Presidencia de Colombia, 1955

HISTORIA Y RELACIÓN

- CANTO PRIMERO 129
- CANTO SEGUNDO 187
- CANTO TERCERO 231
- CANTO CUARTO 291

ELEGÍA IV

- CANTO PRIMERO 329
- CANTO SEGUNDO 371
- CANTO TERCERO 399

ELOGIO

- CANTO SEGUNDO 451
- LAUS DEO 477

▪ PRESENTACIÓN

Juan de Castellanos (Alanís 1522 – Tunja 1607) es un hombre típico del siglo XVI, le tocó vivir los acontecimientos dramáticos desencadenados por el descubrimiento de América a partir del 12 de octubre de 1492. El desembarco de Cristóbal Colón y los tripulantes de la expedición castellana en la isla de Guanahani, transformó completamente la forma de pensar y actuar de las sociedades europeas, especialmente de la española. Sin embargo, para los amerindios implicó un remezón profundo de sus estructuras sociales, de sus creencias y una catástrofe demográfica sin precedentes. Las Indias Occidentales ofrecían el espejismo de riquezas enormes y de aventuras heroicas. Debido a lo anterior, se produjo un éxodo continuo de la población masculina, miles de hombres jóvenes, de diferentes regiones de España, se desplazaron hacia Sevilla para embarcarse en las expediciones de descubrimiento y conquista que zarpaban hacia el Nuevo Mundo.

Juan de Castellanos nació en Alanís en 1522, de una familia de agricultores, cuando este proceso se encontraba en pleno

auge. Alrededor de 1539, después de haber estudiado Gramática, Retórica y Oratoria, Castellanos se embarcó para las Indias. Como aventurero y soldado estuvo en la isla de Margarita, recorrió la costa de Venezuela, el Cabo de la Vela y finalmente llegó a Cartagena, desde donde se desplazó a Santa Marta y a Río del Hacha (Rojas 17-18). Durante estos recorridos tuvo la oportunidad de participar directamente en numerosas expediciones, y vivió momentos de peligro, estuvo a punto de ahogarse al cruzar el río Palomino en el Cabo de la Vela (Rojas 23); todo ello lo narra en su crónica. Otros relatos los escuchó directamente de los protagonistas, él mismo recuerda sus conversaciones con Gonzalo Jiménez de Quesada: «[...] ingratitud sería grande mía / si callase los del adelantado, / Don Gonzalo Jiménez de Quesada, / cuyo valor a mí me fue notorio / por la conversación de muchos años [...]» (*Historia del Nuevo Reino de Granada*. Canto Primero). Lo anterior implica que Castellanos va a narrar acontecimientos recientes que actualizan el género épico.

Esta certeza de haber vivido las acciones que refiere en sus octavas reales, le permite al autor considerar su magna obra como historia verdadera. Por eso el cronista explica: «Sin más reparo ni encarecimiento / De proceder sin mácula el hilo / De la verdad de cosas por mí vistas / Y las que recogí de coronistas (Primera parte. *Elegía 1*, Canto Primero, octava 8). Parte de esta información le llega a través de los escritos de Jiménez de Quesada» [en cuyas obras] «comprueba por razones / Ser estas las más ciertas opiniones» (*Historia del Nuevo Reino de Granada*. Canto Primero, octava 33).

Los continuos desplazamientos de las expediciones estructuran las *Elegías* como un mapa escrito, así tanto el lector

de su época, como el de hoy, escuchan nombres nuevos que traen ecos de lo desconocido. Se nombran las islas del Caribe como Boriquén (Puerto Rico), Cuba, Jamaica, y otras. Luego se pasa a Venezuela y la costa Atlántica de la actual Colombia. Más adelante vienen las expediciones al interior, donde se encuentran la Gobernación de Antioquia, la del Chocó y la de Popayán. Finalmente se llega al Nuevo Reino de Granada descrito en seguida:

[...] aquello que se llama propiamente / tierra del Nuevo Reino de Granada, / de Norte a Sur como setenta leguas, / y poco más o menos otras tantas/ las que puede tener del Este a Oeste, / Medidas por el ayre, que por tierra, / por ser ambagiosos los caminos, / a causa de huir las asperezas, / bien sé que sobrepujan esta cuenta. (*Historia del Nuevo Reino de Granada*, Canto Primero).

Esta manera de organizar la narración proviene de las cartas de relación, documentos informativos que los conquistadores enviaban a España dando cuenta de sus descubrimientos. Castellanos utiliza también el material que aparece en otras crónicas como las de Gonzalo Fernández de Oviedo y de Pedro Cieza de León (Ocampo López xix). En el siglo xvi no existía la separación entre la historia y otros tipos de discursos, por ello Castellanos propone su texto como una historia verdadera, pero adornada y con contenido moral. Debido a lo anterior, en esta crónica dialogan géneros relacionados con la experiencia directa, mientras otros están marcados por el prestigio de un autor clásico. Por ejemplo, la dedicatoria de la primera parte

se abre con la referencia a Corebo (Corebus), un personaje de la mitología clásica, mencionado tanto en la *Ilíada* como en la *Eneida* de Virgilio, cuyas acciones aluden a la capacidad del ser humano para aceptar sus circunstancias, especialmente el exilio (*Dictionary of Classical Mythology* 134). Sin embargo, desde las concepciones actuales sobre el discurso histórico, este juego de perspectivas produce un efecto más cercano a la literatura que al documento de archivo, pues se toma información de diferentes fuentes.

Los datos históricos y geográficos son insertados dentro de un imaginario proveniente de la épica. Se trata de una historia adornada donde los aspectos formales producen un efecto trascendente y fundacional. Así las acciones, los personajes y los lugares del Nuevo Reino de Granada se convierten en monumentos para la memoria colectiva. Castellanos pretende que sus varones ilustres se conviertan en ejemplos de comportamiento para una sociedad marcial, cuyo modelo es el Cid Campeador. Por eso, el cronista usa frecuentemente el romancero castellano para proyectar sus valores sobre capitanes españoles como Gonzalo Suárez Rendón y Antón de Olalla, tal como lo ha señalado Luis Fernando Restrepo (48-50).

Castellanos fue ordenado sacerdote en Santa Marta y luego desempeñó cargos eclesiásticos en Cartagena y en Riohacha (Ocampo López XIII). En Valladolid (1550-1551), Bartolomé de las Casas había discutido con Ginés de Sepúlveda sobre la guerra justa. En *La Brevisima historia de la destrucción de Indias* (1552), de Las Casas denuncia los atropellos cometidos por los españoles en sus colonias. Esta posición moral que enjuicia severamente las acciones de los conquistadores, aparece

también en el poema de Castellanos; un ejemplo evidente de este juicio ocurre cuando refiere las injusticias cometidas por Pedro de Añasco en la Gobernación del Cauca. Este episodio hace parte de los acontecimientos en busca de El Dorado, un mito asociado con las sociedades muiscas; durante esta jornada Añasco hace quemar vivo a Pioganza, hijo de una cacica poderosa llamada Gaitana. El cronista enfatiza el papel de la madre, primero como una figura sufriente y luego como una cruel vengadora. La cacica convoca a numerosos pueblos indígenas, destruye la avanzada española y somete a Añasco a un martirio atroz, para finalmente consumir su cuerpo en un ritual caníbal que horroriza a los ibéricos. A Añasco lo pierde su codicia, pero se trata de un soldado español que expía su culpa y, para el lector de ese momento, su tortura y muerte son prueba de la crueldad de los salvajes: «Reconociendo que de ser humano / Huían los espíritus vitales. / El pie le cortan, otra vez la mano. / Otra vez pudibundos genitales / [...] (*Historia de Popayán*, Canto Sexto, octava 30).

Juan de Castellanos se radicó en Tunja donde vivió por cuarenta cinco años. Allí desempeñó los cargos de cura en 1562 y de beneficiado en 1568, cuando se hizo cargo de la construcción de la catedral (Ocampo López, prólogo xiii). Esta posición le permitió escribir las *Elegías de varones ilustres de Indias*, donde rinde homenaje a los guerreros españoles que hicieron posible la colonización del interior, pero especialmente elogia a los encomenderos de Tunja y Bogotá. Cada elegía cuenta las hazañas de un guerrero prestigioso, cuyo valor y fidelidad al rey lo convierten en un héroe ejemplar, por ello cada elegía termina con un epitafio en latín. Este enorme panorama está

dominado por la figura de Gonzalo Jiménez de Quesada, a quien considera soldado y «animosísimo letrado» (*Historia del Nuevo Reino de Granada*, Canto Primero).

De acuerdo con la épica, se debe enaltecer al adversario para que la valentía de los guerreros sobresalga. Por ello, Castellanos dedica numerosos cantos a describir las costumbres, la vida religiosa y los enfrentamientos por el poder entre los muiscas. Dentro de sus rituales describe las ceremonias donde se ofrendaban figuritas de oro, o tunjos, a las aguas y a la tierra para fertilizarlas: «Por estos [los xeque] se presentan las ofrendas / Que traen cada cual al santuario, / Que son varias figuras hechas de oro, / Hasta culebras, ranas, lagartijas, [...]» (*Historia del Nuevo Reino de Granada*», Canto Primero).

El catolicismo en el siglo xvi es un paradigma absoluto de verdad que condena cualquier otra religión. Así la búsqueda de El Dorado legitima el saqueo violento, las ofrendas de oro pasan a ser posesión de los españoles que son los defensores de un orden católico respaldado por el imperio español. Sin embargo, Castellanos también critica, por ejemplo la actuación de Fernán Pérez de Quesada, hermano de Gonzalo, que mandó a torturar y matar a Sacresaxigua (*Historia del Nuevo Reino de Granada*, Primera parte, Canto Octavo). A pesar de ello, el veredicto final justifica las acciones de guerra que aseguran el proceso de evangelización y el sometimiento absoluto de los muiscas a la corona. Además, el exterminio de los panches y los pijaos se considera como una acción necesaria, pues son bárbaros y salvajes inhumanos.

Castellanos escribió primero en prosa, pero cuando Alonso de Ercilla publicó su primera parte de *La araucana* (1569) en octavas reales, el beneficiado decidió pasar su prosa a la métrica

italiana; este formato enaltecía los acontecimientos, pues creaba una continuidad con la épica europea, que a su vez se relacionaba con obras clásicas prestigiosas como la *Ilíada* y la *Eneida*. Castellanos comenzó a escribir en prosa alrededor de 1561 y 1562. Entre 1577 y 1578 comenzó su trabajo de versificación en octavas reales que culminó en 1592. El resultado es un poema que tiene 113.609 versos, el más extenso escrito en español (Ocampo López xvi y xvii). La primera parte fue publicada en 1589 con prólogo de Agustín Zárate (Pardo Isaac, citado por Ocampo López xvii). La obra está dividida en cuatro partes organizadas de acuerdo con un esquema geográfico, por tal razón se han hecho publicaciones parciales de acuerdo con los intereses nacionales. Sin embargo, Castellanos usa un extenso repertorio de géneros y formatos como los romances, epitafios, retratos y muchos otros, pero enmarcados dentro de la épica; estos recursos no son moldes externos, sino que inventan un personaje colectivo nuevo, los conquistadores reviven la gestas de la caballería, al estilo Amadís de Gaula, que se habían vuelto anacrónicas; ahora los nuevos caballeros son los encomenderos cuyas hazañas les confieren el derecho a constituir una nueva aristocracia.

Entre los textos más sorprendentes de las *Elegías* se encuentra el discurso de Francis Drake, censurado en 1591 por contener datos estratégicos sobre la defensa de Cartagena. Se cuenta la toma de esta ciudad por el corsario inglés. Castellanos llama la atención sobre la ineficiencia de las autoridades para defender el puerto, y la poca disciplina y escasez de recursos para detener a Drake. Por estas razones este episodio se distancia de la épica triunfante y formula una crítica inesperada (Segas 28, 29 y 41).

Para finalizar, se puede afirmar que *Elegías* configura una matriz fundacional que debe ser estudiada cuidadosamente; el lector actual debe considerar sus implicaciones como versión triunfalista de la Conquista de América. Esta selección de textos muestra cómo la épica participa en la construcción simbólica del Nuevo Reino de Granada y de las gobernaciones de Cartagena, Santa Marta, Antioquia y el Chocó que forman parte hoy de Colombia. Con esta publicación se busca despertar el interés por explorar las *Elegías* como un documento polifacético y dinámico, donde la literatura y la historia son impregnadas constantemente por otros saberes y disciplinas.

BETTY OSORIO

▪ REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- March, Jenny. *Dictionary of Classical Mythology*. Oxford: Oxbow Books, 2014.
- Ocampo López, Javier. «El cronista Juan de Castellanos y la mentalidad del Renacimiento», Prólogo. *Elegías de varones ilustres de Indias*. De Juan de Castellanos. Bogotá: Gerardo Rivas Moreno Editor, 1997: XI-XXXII. Impreso.
- Restrepo, Luis Fernando. *Un nuevo reino imaginado. Las Elegías de Varones Ilustres de Indias de Juan de Castellanos*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. 1999. Impreso.
- Rojas, Ulises. *El beneficiado Juan de Castellanos. Cronista de Colombia y Venezuela*. 1958. Bogotá: Selene Ediciones, 1997. Impreso.
- Segas, Lise. «Cartagena de Indias en la obra de Juan de Castellanos: de la fundación a la destrucción de la ciudad», *Aguaita*, 24 de diciembre de 2012: 28-47. Consultado: octubre 6 de 2005, en <http://bit.ly/1TMju52>.

Con licencia eclesiástica

▪ DEDICATORIA AL REY DON FELIPE II¹

Señor

Entre las cosas notables, que autores antiguos nos dejaron escritas, hicieron memoria de aquella gran locura de Corebo, cuya cuenta, no entendiéndose a más número de hasta cinco, presumía contar las ondas del mar y las arenas de sus riberas; y desta misma podría yo ser agora redargüido; pues, en confianza de tan pobre talento como es el de mi ingenio, propuse cantar en versos castellanos la variedad y muchedumbre de cosas acontecidas en las islas y costa de mar del norte destas Indias occidentales, donde yo he gastado lo más y mejor del discurso de mi vida, presumiendo levantar sus edificios desde los primeros fundamentos, en todos aquellos puertos que conocemos poblados de españoles. Y aún esta osadía fuera tolerable si no me levantara a otro muy mayor atrevimiento, que fue aventurarme a ofrecer y consagrar mis trabajos al felicísimo nombre

¹ Esta dedicatoria contiene la visión de Juan de Castellanos sobre su época (Nota de la compiladora).

de vuestra Majestad, en cuyo esclarecido entendimiento naturaleza puso toda aquella perfección a que sus fuerzas podían entenderse; mas como sea común uso de los hombres, y costumbre heredada de los primeros buscar excusas a los yerros que cometen, deseo que se me permita que ansimismo (con algunas razones, aunque criadas a los pechos de mi confuso parecer) procure dar mis disculpas, y descargarme de los cargos que acerca desto se me podrían poner. Pues es así que la flojedad y descuido de muchos, que con la elegancia y primor que al sujeto desta obra se debe la pudieran tomar a su cargo, puso sobre mis hombros la pesadumbre deste cuidado muy más grave de lo que ellos pueden llevar, no sin consejo ni estímulos de amigos, que se dolían de ver hazañas esclarecidas quedarse para siempre encarceladas en las escuridades del olvido, sin haber persona que movida deste justo celo procurase sacallas a luz, para que con la libertad que ellas merecen corrieran por el mundo, y fueran a dar noticia de sí a los deseosos de saber hechos célebres y gandiosos. Pues como ya tuviese escrito el descubrimiento deste Nuevo Mundo, y lo acontecido en las conquistas de las islas, y alguna parte de la costa de tierra firme hasta el mar de Venezuela, parecióme (por ser el volumen de lo compuesto algo crecido) que sería justo hacer en aquel pasaje pausa, para que desde allí comenzase segunda parte, con intención de no publicar lo uno sin lo otro, por haber andado ya la mayor parte del camino; y aunque en este propósito había dado fondo, importunidades de personas a quien debo respeto me hicieron levar las áncoras y salir con solo el trinquete, mandándome cometer esta primera al beneplácito de fortuna, que así en esto como en otras cosas

no siempre suele ser apacible ni favorable. Pero revolviendo los ojos del entendimiento a una y otra parte, para buscallo lugar donde la adversa no se atreviese ni pudiese lastimalla, memoria y voluntad me pusieron delante la fortísima coluna y atlante de la religión cristiana, que es vuestra Majestad; debajo de cuya sombra y a cuyos reales pies estos mis trabajos se humillan para poderse valer entre los impetuosos vientos de detractores; pues el mayor y mejor salvoconducto que se les puede encaminar es el autoridad de tan potentísimo monarca, que como vicedios en la tierra no se desdeñará de recibir el cornadillo del pobre a vueltas de los preciosos dones que suelen ofrecer los poderosos, así como aquel gran Artajerjes que no se desdeñó (pasando el río Ciro) inclinar su real cabeza, para beber agua dél en las palmas de Sinetis, pobre y rústico villano. Movióme también a hacer esto, considerar que cosas de Indias, mayormente tan oclusas y olvidadas, a ninguno se debían dedicar ni consagrar sino al señor universal de aquellas tierras, que así en oriente como en poniente gozan deste nombre, a cuya grandeza humilísimamente suplico ponga los ojos no en la bajeza del estilo, sino en el sujeto de la obra y voluntad con que yo la ofrezco, para que otros muchos, cuyos ingenios podrían con pluma delicada en estas partes llevar adelante estos principios, se animen y alienten a poner en escrito hechos dignos de ser eternizados, en servicio de vuestra Majestad, cuya real persona y excelsos estados prospere nuestro Señor con perpetuo aumento de su divina gracia y celestial gloria. Amén.

JUAN DE CASTELLANOS



PRIMERA PARTE



ELEGÍA I

▪ CANTO PRIMERO²

A cantos elegiacos levanto
con débiles acentos voz anciana,
bien como blanco cisne que con canto
su muerte soleniza ya cercana:
no penen mis amigos con espanto,
por no lo comenzar más de mañana;
pues suelen diferir buenos intentos
mil varios y diversos corrimientos.

Para dar orden a lo prometido,
orbe de Indias es el que me llama
a sacar del sepulcro del olvido
a quien merece bien eterna fama:
diré lo que me fuere permitido
por la que descompone nuestra trama,

² Hasta la Elegía v se trata de Cristóbal Colón y del descubrimiento de América (Nota de la compiladora).

pues para correr vías tan distantes
había de tomallas mucho antes.

Iré con pasos algo presurosos,
sin orla de poéticos cabellos
que hacen versos dulces, sonoros
a los ejercitados en leellos;
pues como canto casos dolorosos,
cuales los padecieron muchos dellos,
parecióme decir la verdad pura
sin usar de ficción ni compostura.

Por no darse bien las invenciones
de cosas ordenadas por los hados,
ni los dioses de falsas religiones,
por la vía lactea congregados,
en el Olimpo dando sus razones
cada uno por sus apasionados;
ni por mi parte quiero que se lea
la deshonestidad de Citerea.

Ni me parece bien ser importuno
recontando los celos de Vulcano
ni los enojos de la diosa Juno,
puestos al designio del Toyano;
ni palacios acuosos de Neptuno,
ni las demás deidades de Oceano,
ni cantaré de Doris y Nereo,
ni las varias figuras de Proteo.

Ni cantaré fingidos beneficios
de Prometeo, hijo de Japeto,
fantaseando vanos edificios
con harta más estima que el efeto;
como los que con grandes artificios
van supliendo las faltas del sujeto;
porque las grandes cosas que yo digo
su punto y su valor tienen consigo.

Son de tan alta lista las que cuento,
como veréis en lo que recopilo,
que sus proezas son el ornamento,
y ellas mismas encumbran el estilo,
sin más reparos ni encarecimiento
de proceder sin mácula el hilo
de la verdad de cosas por mí vistas
y las que recogí de coronistas.

Porque si los discretos paran mientes,
de suyo son gustosas las verdades
y captan atención en los oyentes
mucho más que fingidas variedades:
demás de ser negocios indecentes
matizar la verdad con variedades,
la cual no da sabor al buen oído
si lleva de mentiras el vestido.

Así que, no diré cuentos fingidos,
ni me fatigará pensar ficiones

a vueltas de negocios sucedidos
en índicas provincias y regiones;
y si para mis versos ser polidos
faltaren las debidas proporciones,
querría yo que semejante falta
supliese la materia, pues es alta.

Mas aunque con palabras apacibles,
razones sincerísimas y llanas,
aquí se contarán casos terribles,
recuentos y proezas soberanas:
muertes, riesgos, trabajos invencibles,
más que pueden llevar fuerzas humanas,
rabiosa sed y hambre perusina
más grave, más pesada, más continua.

Veréis romper caminos no sabidos,
montañas bravas y nublosas cumbres.
Veréis pocos e ya cuasi perdidos
sujetar increíbles muchedumbres
de bárbaros crüeles y atrevidos,
forzados a tomar nuevas costumbres,
do flaqueza, temor, desconfianza
afilaban los filos de la lanza.

Veréis ganarse grandes potentados
inespugnables peñas, altos riscos,
no con cañones gruesos reforzados
ni balas de fumosos basiliscos;

mas de solos escudos ayudados,
y puntas de acerados obeliscos;
siendo solos los brazos instrumentos
para tan admirables vencimientos.

Veréis muchos varones ir en una
prosperidad que no temió caída,
y en estos esta misma ser ninguna,
de su primero ser desvanecida
usando de sus mañas la fortuna
en los inciertos cambios desta vida;
otros venir a tanta desventura
que el suelo les negaba sepultura.

Ya pues que cosas de Indias celebramos,
para no proceder sin fundamento,
parece cosa justa que digamos
algo de su primer descubrimiento:
porque de la raíz saquemos ramos
que hagan al lector estar atento;
pues edificio de cimiento falto
mal se puede subir a lo muy alto.

¡Oh musa celestial! Sacra María,
a quien el alto cielo reverencia,
favorecedme vos, Señora mía,
con soplo del dador de toda ciencia,
para que con socorro de tal guía,
proceda con bastante suficiencia;

pues como vos seais presidio mío,
no quiero más Caliope ni Clío.

Suceden entre tanto que vivimos
casos que razón pide que notemos;
los quales si pesamos y medimos,
a gran admiración nos moveremos:
y mas si grandes cosas que no vimos
presentes y palpables las tenemos,
como fue descubrir un nuevo mundo,
que yo tengo por hecho sin segundo.

No porque sean dos; pues sola una
máquina se rodea de elementos,
un solo sol y una sola luna,
unos mismos etéreos movimientos,
sin tener más o menos cosa alguna
sus cursos naturales o violentos,
una fábrica es, y un mundo solo
cuanto ciñen el uno y otro polo.

Mas la tierra, morada proveída
a los hombres y brutos animales,
quedó desde el diluvio dividida
en dos partes que quasi son iguales:
la una nunca vista ni sabida
sino fue de sus mismos naturales;
y aquesta tiene tan capaces senos
como la otra, o harto poco menos.

Hay infinitas islas y abundancia
de lagos dulces, campos espaciosos,
sierras de prolijísima distancia,
montes escelsos, bosques tenebrosos,
tierras para labrar de gran sustancia,
verdes florestas, prados deleitosos,
de cristalinas aguas dulces fuentes,
diversidad de frutos escelentes.

Ríos que cuando llegan a lo llano
llevan sus aguas tan potente hilo,
que son pequeños Ganjes y Eridano
y en su comparación el turbio Nilo;
son arroyos Idaspes y el Rodano,
Ybragada que va siempre tranquilo,
menos tienen que ver Cidnus y Reno,
Eufrates, Danubio y Amaceno.

En riquezas se ven gentes pujantes,
grandes reinos, provincias generosas,
auríferos veneros, y abundantes
metales de virtud, piedras preciosas,
margaritas y lúcidos pinjantes
que sacan de las aguas espumosas;
templanza tan a gusto y a medida
que da más largos años a la vida.

Pues porque nuestro mundo poseyese
un mundo tan remoto y escondido,

y el sumo Hacedor se conociese
en mundo donde no fue conocido,
levantó Dios un hombre, que lo diese
a rey que lo tenía merecido,
y así los dos y sus distantes gentes
vinieron a ser deudos y parientes.

El actor pues de tan heróico hecho
dicen tener oscuros nacimientos,
lo cual repugna tan ardiente pecho
y tan engrandecidos pensamientos:
prueba bastante para su derecho,
y para deshacer falsos intentos;
y así creemos ser esclarecido
y en las tierras de Jénova nacido.

También le dan estirpe generosa,
afirmando por cierto que venía
de Pelestieles, gente valerosa,
familia principal en Lombardía;
mas sea como fuere la tal cosa,
fue Cristóbal Colón su nombradía;
e yo, cierto, generoso llamo
al tronco que nos dio tan alto ramo.

O con inquietud o con sosiego
siempre tuvo consigo dos hermanos,
uno Bartolomé y el otro Diego:
mancebos valerosos y lozanos,

que desde sus principios dieron luego
muestras de pensamientos soberanos;
al Cristóbal le daban obediencia
por ser mayor en días y experiencia.

Cada cual dellos era marinero,
vivienda de peligros mal segura;
y el que dijimos que nació primero,
tan único varón en el altura,
que en Portugal se tuvo por esmero
en aquella sazón y cojuntura,
el cual seguía mucho la carrera
de la isla que llaman la Madera.

Aquella con sus tratos frecuentaba,
allí lo más del tiempo residía,
y dicen que do quiera que moraba
su vida por buen modo componía:
a pobres peregrinos hospedaba
dándoles de lo poco que tenía,
y entre ellos hospedó con pía mano
una vez un piloto castellano.

El cual era también gran navegante;
pero (según entonces se decía)
tempestuoso viento de levante
lo hizo navegar do no quería,
forzándolo pasar tan adelante,
que de poder volver duda tenía,

corriendo hasta ver tierras no vistas,
ni puestas por algunos coronistas.

El cual hombre llegó destas regiones
con gran enfermedad debilitado,
y así murió con los demás varones
que de la mar habían escapado;
pero dejó cumplidas relaciones
del prolijo discurso navegado,
las cuales como cosa de su ciencia,
Colón notó con suma diligencia.

Otros quieren decir que este camino,
que del piloto dicho se recuenta
al Cristóbal Colón le sobrevino,
y él fue quien padeció de tal tormenta;
la cual no me parece desatino
según por boca dél se representa
hablando con los suyos cerca desto,
como más adelante veréis presto.

Para confirmación de lo contado,
algunos dan razón algo fundada,
y entrellos el varón adelantado
Don Gonzalo Jiménez de Quesada;
pues no teniendo menos de letrado
que supremo valor en el espada,
en sus obras comprueba por razones
ser estas las más ciertas opiniones.

Hay gente de valor también que quiere
decir que lo halló por escritura
de tal antigüedad cual se requiere
para hacer infalible conjetura;
mas, sea la tal cosa como fuere,
diligencia parió buena ventura,
pues prometió de darnos monarquía,
y fue mayor de la que prometía.

Para hallarnos pues los moradores
de tan esclarecida maravilla,
necesidad tenía de favores
de reyes que pusiesen allí silla;
y así tomó del mundo por mejores
los reyes de León y de Castilla,
que entonces en la guerra de Granada
mucho gente tenían ocupada.

En aquesta sazón que voy contando,
desarraigando toda mala planta
reinaban Isabel y don Fernando,
rey todo valeroso, reina santa;
Colón estos designios publicando,
la fama, como suele, se levanta,
y de las novedades que pregona
quiso hablar al rey en su persona.

Para lo cual con término discreto,
trató con cortesanos y señores

sus altas pretensiones y conceto,
rogándoles le fuesen valedores;
lo cual ellos pusieron en efeto
con llenos cumplimientos de favores;
y ansí delante el rey con esta gente
habló Colón, y dijo lo siguiente:

«Invictísimo rey, cuya grandeza
de ninguno mortal es escedida,
querría dar razón a vuestra Alteza
de cierta novedad jamás oída;
lo cual por ser con sombra de estrañeza
no sin dificultad será creída;
mas, ¿quién apuntará por falso tiro
al blanco de virtudes donde miro?

«¿Quién podrá concebir atrevimiento
si tiene discreción de seso sano,
que delante vuestro acatamiento
afirme por verdad negocio vano?
Lejos desta maldad mi pensamiento
profese de servir a rey cristiano,
y mis servicios han de ser tan llenos
que queden atrasados los más buenos.

«En cumplimiento de lo cual, me atrevo,
si gran copia de velas ni de remos,
a daros en poder un orbe nuevo
no menor que la tierra que sabemos:

mucho prometo, pero no me muevo
por humo de fantásticos extremos;
antes, si mis intentos han favores,
las promesas serán después mayores.

«Adonde voy asienta mucha gente
zona de las que son inhabitadas,
las cuales mostrarán palpablemente
que fueron opiniones engañadas:
pues al setentrión y al occidente
hay grandeza de tierras ocultadas,
que tienen más templanza que aspereza,
y gozan de grandísima riqueza.

«Que no son parte fríos ni calores
para hacer región inhabitable
pues la costumbre vuelve los rigores
en condicion templada y agradable,
y donde yo prometo moradores,
rica tiene de ser y saludable:
es impresa que muchas escurece,
y por esta razon os pertenece.

«Por tanto cuya os tomé la mano,
poniendo las espuelas al intento;
y no permita rey tan soberano
que se deje de ver el cumplimiento;
el gasto que haréis será liviano,
y los provechos dél de gran aumento:

tenemos de por medio la ventura
vuestra que mis promesas asegura.

«Y si para hacer el experiencia
vuestro real favor fuere propicio,
en mí no faltará la diligencia
que se requiere para tal servicio:
en este caso tengo suficiencia;
porque cursado soy en el oficio.
He dicho la verdad y lo que quiero;
respuesta con favor de rey espero».

A la breve razón así propuesta
el santo rey mostró claro semblante,
prometiéndole de darle la respuesta,
no de su buen deseo discrepante:
ansimismo la reina manifiesta
querer que su blasón pase adelante;
consultan sus negocios en secreto,
y huelgan de ponellos en efeto.

A gusto de Colón y sus hermanos
estas cosas los reyes proveyeron;
besóles el Colón luego las manos
por la merced y bien que le hicieron,
usó de cumplimientos cortesanos
con los señores que favor le dieron,
y hacen los poderes y recados
con bastantes firmezas ordenados.

Libran dineros para sus avíos,
aquellos que le fueron suficientes;
danle bien pertrechados tres navíos,
real conducta para hacer gentes:
desde la misma hora mostró bríos
de bajas condiciones diferentes;
de la corte partió con su destino,
y a Palos y a Moguer hizo camino.

Comienza por allí de llamar gentes,
pendón real por plazas estendido;
pero mil opiniones diferentes
de loco le llamaban y perdido,
por ir donde pasados ni presentes
no fueron, ni trataron, ni han oído:
y de todas las cosas que decía
el indiscreto vulgo se reía.

Como quien va por costa navegando,
no con viento cabal ni conviniente,
que procura con bordos ir doblando
puntas que por allí se ven enfrente;
y cuando por un bordo va ganando
por otro pierde con la gran corriente,
y cuando por aquí piensa que llega
por allí la llegada se le niega;

bien por este nivel acontecía
al ínclito Colón cuando hablaba,

pues tanto cuanto más encarecía
tanta menos creencia se le daba;
y el vulgo de las gentes abatía
lo que con sus pregones levantaba;
sufría su desdén con mansedumbre,
puesto que recibía pesadumbre.

Mas, aunque tan contrarias intenciones
al Cristóbal Colón causaban pena,
no faltaban discretas opiniones
que juzgaban la cosa por muy buena,
como fueron los Niños y Pinzones,
y el doto fray Joan Pérez de Marchena,
a quien por ser cursados navegantes
él envió sus cartas mucho antes.

Los cuales acetaron el mensaje,
y después le llegaron compañía,
y algunos dellos fueron el viaje
porque les pareció que convenía;
aderezaron pues matalotaje,
según larga jornada requería,
nombráronse sarjentos, caporales,
y los demás restantes oficiales.

Teniendo pues navíos preparados,
bizcocho, vino y otros bastimentos,
con velas y aparejos duplicados
contra tempestuosos movimientos,

vinieron a la playa los soldados,
vencidos de sus altos pensamientos;
y estando ciento y treinta en la ribera,
el Colón les habló desta manera:

«Todas las cosas que no son palpables
y a los comunes usos contingibles,
puesto caso que sean razonables,
a muchos les parecen imposibles;
y cuanto más las pintan admirables;
tanto más se les hacen increíbles;
de lo cual al presente nos dan muestra
contrarias opiniones de la nuestra.

«Mas ya que pierden estos los provechos
por alegar imposibilidades
(bendito Dios), vosotros tenéis pechos
tan anchos como son mis voluntades.
Y así seréis *ad plenum* satisfechos,
viendo que mis promesas son verdades,
porque yo no convoco tantos buenos
a jornada de poco más o menos.

«A hechos importantes he llamado,
a cosas no dudosas os provoco,
negocio no fingido ni soñado,
y si prometo mucho no doy poco;
no voy de mi salud desesperado,
ni me muevo con furias de hombre loco;

caso dudoso es por ser estraño,
mas del mismo saldrá su desengaño.

«Empresas en valor tan eminentes,
tan encumbrados hechos y hazañas
no son para varones negligentes,
ni hombres que se dieren malas mañas:
sus herederos son cristianas gentes,
y a estas pereferidas las Españas;
y consta por razón, que los primeros
serán los principales herederos.

«Deseche pues pobreza sus enojos,
huyamos de ser pobres y mendigos,
y para que gocéis de los despojos
volemós fidelísimos amigos;
que quiero presentar a vuestros ojos
de las cosas que digo por testigos;
que ya yo hago cuenta que poseo
las cosas do me guía mi deseo.

«Paréceme que vemos hombres brutos,
que vienen a servir a nuestras gentes;
paréceme que voy comiendo frutos
de los de nuestro mundo diferentes;
y paréceme ver pueblos polutos
de mil idolatrías insipientes;
paréceme que vamos a contiendas
dignísimas de leyes y de enmiendas.

«Paréceme ver rito de gentíos,
que para le comer el hombre mata;
paréceme ver otros señoríos
do con razón y peso se contrata;
paréceme que ya vienen navíos
lastrados de oro, perlas y de plata;
paréceme que veo tal riqueza
que no puede medirse su grandeza.

«Paréceme ver uno y otro seno
bien proveído de cualquier regalo,
y gentes en un vicio tan osceno
que por su fealdad no lo señalo;
mas dándoles consejos de lo bueno
quitaremos costumbres de lo malo;
al fin, que sacaremos de este hecho
merecimiento y honra con provecho.

«Es Dios el que gobierna, y es la guía
y el principal autor de la jornada,
y aquella benditísima María,
a quien siempre tomé por abogada:
en confianza suya se desvía
de tierras conocidas el armada;
mediante sus favores navegamos,
y ellos nos han de dar lo que buscamos.

«Estáis los marineros y soldados
en cosas necesarias instruidos,

nuestros navíos bien aderezados,
de todos bastimentos proveídos,
los ánimos se muestran esforzados
a célebres hazañas conmovidos.
De lo demás tened duda ninguna,
pues próspera se muestra mi fortuna».

Dio fin a su primer razonamiento,
atentos los soldados venturosos,
del cual nació tan alto movimiento
que hizo de cobardes animosos.
Embárcanse con gran contentamiento
así los ciertos como los dudosos,
áncoras se levaron y resones
con santas y devotas oraciones.

Viérades marineros diligentes,
y todos los dispuestos al pasaje,
saltar por las cubiertas y las puentes,
por las trabadas jarcias ir al paje,
viérades desferir velas pendientes
diciendo «buen viaje, buen viaje»,
del cual, por ser historia que contenta,
en el segundo canto daré cuenta.

▪ CANTO SEGUNDO

Donde se trata de las diferencias que hubo entre los soldados, y cómo uno habló atrevidamente contra Colón, y lo que más sucedió. —Primer viaje de Colón a las Indias.

En tiempo que carece de bonanza,
como no se mitigue la tormenta,
mudable suele ser el esperanza
del hombre que con ella se sustenta;
y una represa grande de tardanza
el pecho hinche tanto que revienta,
principalmente si teniendo duda
dudosos por lo mismo dan ayuda.

Año de cuatrocientos y noventa
con mil un año más era pasado,
cuando los argonautas desta cuenta
iban a conquistar vellón dorado;
mas no donde Medea la sangrienta
al padre, viejo rey, dejó burlado;
pues es otra riqueza tan crecida,
que de sí sola puede ser vencida.

Callen Tifis, Jasón, Butes, Teseo,
Anfión, Echión, Érex, Climino,
Cástor y Pólux, Testar y Tideo,
Hércules, Telamón, Ergino;
pues vencen a sus obras y deseo
los que trataron ir este camino,
haciendo llanas las dificultades
que pregonado han antigüedades.

Las naciones más altas y escelentes
callen con el valor de la española,
pues van con intenciones de hallar gentes
que pongan pies contrarios en la bola;
espanto no les dan inconvenientes,
ni temen del dragón ardiente cola,
deseando hacer en su corrida
de más precio la fama que la vida.

Por capitanes van los tres Pinzones,
para tal cargo dinos y bastantes,
y en marear las velas y timones
muy pocos que les fuesen semejantes;
de Palos y Moguer salen varones
admirables y diestros navegantes;
con tanta prevención, con tal avío,
salieron al remate del estío.

Con gran concierto guían el armada,
inflada toda vela y estendida;

veréis espumear agua salada
de las agudas proas dividida;
a tierra van no vista ni hollada,
huyendo de la tierra conocida;
ya no ven edificios torreados
porque por alta mar van engolfados.

Al occidente van encaminadas
las naves inventoras de regiones;
pasando van las islas Fortunadas
y Hespérides que dicen Ogorgones:
no curan de señales limitadas
que ponen las antiguas opiniones,
y el trópico, que fue duro viaje,
no quiere limitar este pasaje.

Antípodas ignotos van buscando,
cuya razón ha sido variable,
y por aquella parte navegando
que nunca se creyó ser navegable,
tórrida zona van atravesando
que se juzgaba por inhabitable;
a todos los presentes y pasados
me parece que son aventajados.

Otras estrellas ve nuestro estandarte,
y nuevo cielo ve nuestra bandera,
por acercallos ya náutico Marte
en continuación de su carrera;

al regulado círculo que parte
en dos partes iguales el esfera,
equidistantes dél por clara muestra
los polos de la diestra y la siniestra.

Notaban ya la poca diferencia
que el hijo de Latona les hacía,
o sobre el horizonte su presencia,
o cuando ya debajo se metía;
pues era poco menos el ausencia
que el curso de sus carros con el día,
y ser cuasi equinocio sempiterno,
esto me da el verano que el invierno

del largo caminar los marineros,
y cada día ver mares mayores,
no iban en sus fuerzas tan enteros.
Ni faltos totalmente de temores:
acá y allá les dan mil aguaceros
y con ellos bochornos y calores,
y viendo no hacer ningún efeto
unos con otros hablan en secreto.

Pues como fuesen temples más ardientes
de los de nuestras tierras y regiones,
algunos se sentían ya dolientes,
otros meneaban mil alteraciones;
comienzan a nacer inconvenientes,
murmuraciones hay de los Colones,

e uno de vergüenza descompuesto
al Cristóbal Colón le dijo esto:

«Dudo que pueda ser hombre nacido
en todas las naciones conocidas,
que sin ser agraviado ni ofendido
procure ver el fin de tantas vidas,
sino sois vos que nos habéis vendido,
por patente verdad cosas fingidas;
quien tiene pues a tantos en tan poco,
menos tiene de cuerdo que de loco.

«Traernos vos ha sido desatino;
quien os siguió mayor desatinado,
y todos intentamos un camino
a nadie de los hombres revelado,
según que claro consta de Agustino
en lo que destas cosas ha tratado,
y otros van tan ayunos y tan secos
que niegan con antípodas antecos.

«Leemos cerca desto maravillas
en Plinio y Estrabón, varón anciano,
y niégalo también a pie juntillas
la pluma de Latancio Firmiano;
pues tales opiniones encubrillas
sería de malísimo cristiano,
y cosas de poetas San Isidro
las tiene por más flacas que de vidro.

«Pues dicen ser antípodas novela
compuesta como muchos desatinos,
ajenos del sentido del escuela
de los peritos griegos y latinos;
y entre ellos Aristóteles y Mela,
Escoto, y con Durando sus vecinos:
pues, ¿quién me negará no ser errores
el no querer creer estos doctores?»

«Los que con cinco cientos han reglado
del mundo lo que vemos y no vemos,
afirman no poder ser habitado
el medio ni los dos de los extremos:
el medio por calor demasiado
dos por inmenso frío no podemos,
los dos solos entre estos situados
se pueden habitar por ser templados.

«No deja pues de ser gran osadía
teniendo por verdad aquesta traza,
sacar de vuestra vana fantasía
tan vanas opiniones a la plaza,
y que perseveréis en la porfía
adonde no podemos matar caza,
y donde, según vemos de presente,
no tiene de quedar hombre viviente.

«Vos con vuestros hermanos y cuadrilla
traéis la redondez alborotada,

ingleses burlan desta maravilla,
no quiso Portugal daros armada,
y quiso nuestra reina de Castilla,
para creeros menos recatada;
y el bien que sacaré de aqueste hecho
será crecida costa sin provecho.

«Con ser favorecido de los vientos
el tiempo que tenemos navegando,
no acaban de llegar los cumplimientos
de lo que nos habéis certificado;
faltan a más andar los bastimentos,
está todo podrido y estragado,
ábrense los navíos como viejos,
las jarcias se quebrantan y aparejos.

«Y pues sabemos bien el paradero
de las indotas tierras que buscamos,
o por mejor decir: el matadero
do nuestras tristes vidas fenezcamos,
una, dos y tres veces os requiero,
dejemos el camino que llevamos,
que bien claro se ve que devanea
quien lo que nunca fue quiere que sea».

A muchos la razón pareció buena
de todos los doctores alegados,
y Cristóbal Colón recibió pena
de términos que tuvo mal criados;

y así mandó colgallo del entena
por alborotador de sus soldados;
mas como fuesen muchos en librallo
paró la furia con estropeallo.

Pasadas ya las furias y accidente
de aquel alborotado movimiento,
movíanse las ondas mansamente
sin las alborotar furia de viento;
Colón vista sazón tan conviniente,
de principales hizo llamamiento,
y llegados adonde los espera,
a todos les habló desta manera.

«Entre todas las cosas desta vida,
que pretenden regir humanas gentes,
ninguna puede ser más mal regida
que donde mandan muchos diferentes;
lo cual por esperiencia conocida
suele parir cien mil inconvenientes,
y más adonde hay entendimientos
que se suelen mudar a todos vientos.

«Dígolo por los hombres importunos,
maestros de la grita sucedida,
que a los que de buen seso son ayunos
han hecho fácilmente dar caida:
de cuya causa ya piensan algunos
que están en el remate de su vida,

y que por hallar tanto mar en medio
totalmente carecen de remedio.

«Espántanme mudanzas tan estrañas,
y tan alborotadas condiciones,
y que el valor y ser de las Españas
engendre tan enfermos corazones,
temblando de sus hechos y hazañas
los más feroces bríos de naciones,
por hechos que hicieron afamados
en los siglos presentes y pasados.

«No deja pues de ser trabajo fuerte,
que siendo todos ellos animosos,
cayesen en las manos de mi suerte
los que de la tener están quejosos;
e ya con pensamientos de la muerte
quieren menospreciar nuevos reposos:
insinias son de viles pecadores
temer do faltan causas de temores.

«No hizo hechos dignos de memoria
aquel que se cebó de blanda cama,
ni alcanzará ninguno la victoria,
opreso de los brazos de su dama;
no gozan hombres flojos de la gloria,
ni cobran los cobardes buena fama;
trabajos son las alas y los vuelos
con que cristianos suben a los cielos.

«Cuanto más que por toda la jornada
no vistes desventura sucedida;
la gente si se siente fatigada,
todos (bendito Dios) tenemos vida;
el agua no la damos limitada,
ni navegamos faltos de comida;
los navíos están bien preparados
y estancos de las quillas y costados.

«No como los pintó nuestro soldado
con oración más suelta que fundada,
la cual pusistes en más alto grado
que si fuera por ángel pronunciada;
aunque yo como viejo más cursado,
de cierta ciencia sé que dijo nada,
y entiendo bien que sus autoridades
son ajenas y faltas de verdades.

«Y no me espanto yo ser engañados
los dotos a quien él ha referido,
por no ser destas cosas obligados
a saber lo que nunca fue sabido;
y tratando de hombres no hallados
les parecía ser buscaruido,
por no poder probar tal gente nueva
venir *sicut et nos* de Adán y Eva.

«Él alegó dotísimos varones,
engañados de falso pensamiento,

e yo puedo también dar opiniones
que sienten con lo mismo que yo siento,
dando bastantes causas y razones
no fuera de razón ni fundamento,
pero lejos están mis conjeturas
de sueños, opiniones y leturas.

«Que no me dan a mí gloria ni pena
los muchos a quien tengo de mi mano,
como son Averrois y Avicena
y el ínclito dotor Alberto Mano;
pues autoridad sacra que es la buena,
dice no hacer Dios tierras en vano,
y aquestas os daremos brevemente
fértils, apacibles y con gente.

«Quiero decir un encarecimiento
que con dificultad será creído:
y es que fuera del santo nacimiento,
y Dios de humanidad andar vestido,
es este caso de mayor momento
desde la creación acontecido,
estraña cosa de las más estrañas,
suma de humanos hechos y hazañas.

«Si aquesto tengo yo por cosa cierta,
como claro veremos, Dios mediante,
mal hago si me vuelvo de la puerta,
y vos peor si no pasáis delante;

enfermos hay, mas no persona muerta,
ni tal enfermedad que nos espante;
y que sucedan muertes destos males,
no somos los humanos inmortales.

«Do quiera se rodea la caída,
do no pensáis halláis una tormenta,
no sé del mundo yo cosa nacida
que pueda de la muerte ser exenta;
guerra mortal es toda nuestra vida,
y la guerra de hombres se sustenta,
y todos los achaques desta guerra
también corren la mar como la tierra.

«¿Estoy yo por ventura bien dispuesto
el tiempo que vosotros estáis malos?
Si por angustia grande tenéis esto,
¿halláisme rodeado de regalos?
Si tanto trabajar os es molesto,
¿está de mí más largos intervalos?
Bien claro conocéis de mis porfias
que no paro las noches ni los días.

«Los ásperos trabajos son mi cebo,
vigilias de las noches son mis fiestas,
sobre mis afligidos hombros llevo
el peso de los días y sus siestas;
ya para mí no es negocio nuevo
llevar las pesadumbres a mis cuestras,

las cuales de otros males son defensa,
por esperar bastante recompensa.

«Todos me conocéis por marinero,
en negocios de mar bien instruido,
y porque no dudéis agora quiero
decir lo que jamás habéis oído:
debéis saber que yo soy el primero
que por adonde vais se vio perdido;
lo cual es infalible conjetura
según pintan los grados del altura.

«El negocio pasó desta manera:
haciendo yo de Portugal camino
para la ínsula de la Madera,
terrible temporal nos sobrevino;
y sin saber el fin de mi carrera,
fue tan tempestuoso, que convino
irnos forzados destes movimientos
a voluntad de aguas y de vientos.

«Sin ver aguja ya ni hacer cuenta
de otros instrumentos que son guías,
y el proceloso tiempo representa
prolija duración en sus porfías;
durónos finalmente la tormenta
por espacio de seis o siete días,
trabajos, sobresaltos y congojas
cuanto más espaciosas menos flojas.

«La furia deste tiempo mitigada,
puesto caso que no sin daño mío,
quedó luego la mar tan sosegada
como remanso de potente río;
pero mi flaca gente descansada
en sueño convirtió todo su brío,
tendido cada cual por la cubierta
a semejanza de una cosa muerta.

«Estando por momentos en espera
de viento que viniese refrescando,
acaso vi pedazos de madera,
por cima de las ondas flutuando,
de lo que combatiendo su ribera
el agua de la mar va despegando;
pudo juzgar cualquier entendimiento
no ser lejos de allí su nacimiento.

«Horruras ansimismo de avenidas
que llevan las corrientes enhiladas,
hojas y yerbas nunca conocidas
ni de pies de español jamás holladas;
aves vi por los aires esparcidas,
que de las nuestras son diferenciadas
contento recibí, mas después desto
en perplejidad grande me vi puesto.

«En mi pecho se traba grande guerra
en consideración de lo que vía,

dispúseme de veras por ver tierra
si por alguna parte parecía,
y díome por los ojos una sierra
con ciertas ensilladas que hacía,
y aunque de espeso ñublo muy cubierta
en no se deshacer se hizo cierta.

«Miréla muchas veces, y tornaba
por no ser de los ojos engañado;
porque también a veces sospechaba
ser marinos vapores o ñublado;
y hecho lo posible, mas quedaba
en mi primera vista confirmado,
deseando saber razón alguna
del lugar do me trujo la fortuna.

«Bien cierto de que no fue fantasía,
estuve muchas horas en mi popa,
recorriendo por mapas que traía
el África, y el Asia con Europa;
y en todos los discursos que hacía
la tierra que yo vía no se topa,
y tales discreciones nunca veo
en las trazas de Mela y Tolomeo.

«Perdía muchas veces la paciencia
en no conocer tierra semejante;
sabido pues habéis de cierta ciencia
que no soy destas cosas ignorante,

y no tan sin vigor de suficiencia
que muchos no me tengan por bastante,
también sé que sabéis que yo vivía
de hacer *mapas mundi* que vendía.

«Y en efeto, por dalles adiciones,
vi cómo convenía hacer lista
de nuevas y admirables relaciones
que puse de la tierra nunca vista;
porque no me faltaban intenciones
de procurar volver a su conquista;
pues por entonces no me convenía
llegar allá con poca compañía.

«Los mapas otras mil veces rodeo
bojando penitísimas naciones,
y anduve hartas horas a rastreo
de las pisadas viejas y opiniones:
como Platón en Cricias y Timeo
y el otro de las trágicas ficiones
de tierras que tuvieron por muy ciertas,
que en sus días no fueron descubiertas.

«Estas cosas y otras contemplando
cerca de los peligros en que estaba,
el sol iba sus rayos aportando,
y a más andar el viento refrescaba;
y mi cansada gente descansando
que uno ni ninguno recordaba,

llamélos no sin voces ni denuestos,
y mandéles que todos estén prestos.

«Levántanse los flacos navegantes
a poner en efeto lo mandado,
los ojos de dormidos inorantes
de todo lo que tengo razonado;
dan velas a los vientos como antes
para desnavegar lo navegado,
y fue servido Dios omnipotente
que nos sirviese viento conviniente.

«Fueron nuestras jornadas mas tardías
por impedirme calmas la carrera,
y así tardamos número de días
en volver a la ínsula Madera;
con gran debilidad de fuerzas mías,
mi peregrina nave mal entera,
salimos todos flacos, macilentos,
con falta de salud y bastimentos.

«Holgámonos de ver cristianas gentes
y amigos conocidos en el puerto;
salimos mal parados y dolientes,
pero (bendito Dios) ninguno muerto;
los marineros todos inocentes
de lo que, como veis, he descubierto,
ni hasta ya me ver en estos mares
quise cosas tratar particulares.

«Porque desde este cielo nos volvimos
según me certifica conjetura,
por suma diligencia que tuvimos
por asentar los grados del altura;
así que, de la tierra que decimos
estar puede mi gente bien segura,
firmísimos en esta confianza
que no puede ser mucha la tardanza.

«Por tanto cese vano sentimiento
en flaco corazón y alborotado,
y por un poco más de sufrimiento
no quiera perder bien tan deseado;
pues así me dé Dios todo contento,
que esto no fue fingido ni soñado,
sino cosa real, clara, patente
u negocio que pasa realmente.

«Podéis seguros ir a los navíos,
porque lo dicho presto lo veremos,
y con sombrías plantas, frescos ríos,
de los cansados cuerpos recreemos;
con gran cuidado ya, señores míos,
porque soplan los vientos que queremos,
velando cada cual por los cuarteles,
y llévense por popa los bateles».

Dada de su descurso larga cuenta
para poner sus iras en templanza,

la gente que vivía descontenta
hizo de sus palabras confianza;
con cuya dulcedumbre los alienta
revalidando más el esperanza;
pero durarán poco sus sabores,
según verán agora los letores.

▪ CANTO TERCERO

*Donde se cuenta la gran tormenta que padecieron antes de ver tierra,
y cómo la gente se alborotó otra vez; y del razonamiento que les hizo
Vicente Yáñez Pinzón.*

En aqueste mundano movimiento
la risa y el placer a nadie sobra;
duran los regocijos un momento,
permanecen desgutos en su obra:
y tras un poco de contentamiento
suelen venir mil horas de zozobra;
en la no tal y en la mayor grandeza
los remates del gozo son tristeza.

A los que proseguían su camino
de la suerte que dijo nuestro canto,
de la misma manera les avino
hecho su blando gozo duro llanto,
por un tempestuoso torbellino,
incitador de lloros y de espanto,
que fue tan riguroso cual escribo:
mas, ¿quién podrá cantallo muy al vivo?

Cuando la destemplanza comenzaba,
el sol a más andar se despedía;
la braveza del mar tal se mostraba
que todo corazón entristecía:
el austro que sus soplos aumentaba
a pesado temor los convertía,
ninguna cosa por las ondas suena
que de pavor mortal no venga llena.

Si tiemblan con temor los marineros,
no menos los pilotos y patrones;
andaban todos prestos y lijeros
asegurando velas y timones;
pero poco después los más enteros
poseídos de grandes turbaciones,
a causa de las ondas espantables
que no se les mostraban navegables,

llevan un solo papo de mesana,
porque tendida no pueden sufrilla;
páreces a todos que se gana
en calafatear el escotilla;
si les hace farol la capitana
no se les da lugar para seguilla,
porque de todas partes soplan vientos
de varios y contrarios movimientos.

Cuanto la noche más oscurecía,
para mayores daños abre puerta;

un español a otro no se vía;
ni determinar puede cosa cierta:
el agua de las ondas embestía
a todos los que van sobre cubierta;
veréis de los que van asegurando
unos caídos y otros tropezando.

Las naves al profundo sumergidas,
a veces a las nubes encumbradas,
por uno y otro bordo combatidas
y del olaje cuasi zozobradas;
desconfiaban todos de las vidas,
las manos a los cielos levantadas,
y de los sobresaltos y temblores
nacían grandes gritos y clamores.

Comienzan a rezar Avemarías,
y acaban en diversas oraciones,
unos dellos prometen obras pías,
los otros romerías y estaciones;
otros hasta dar fines a sus días
permanecer en santas religiones;
otros también en estas asperezas
se dejaban decir muchas flaquezas.

Pues decían llorando de sus ojos
recitando maneras de provecho:
¡oh rocas, oh cañadas, oh rastrojos,
oh tierras de mis fértiles barbechos!

¡Dichoso quien halló vuestros abrojos
y ve pacer el buey por los repechos!
¡Oh morada segura, do las camas
son hechas de tomillos y retamas!

Otros decían a sus compañeros
cuando golpe de mar los cuerpos baña:
¡quién por inquietud de marineros
dejó la quietud de su cabaña!
¡Quién olvidó cabritos y corderos
por ver aquesta loba que se ensaña
del aire, cuya voz puede movella,
y el halago mejor es nunca vella!

Esto decían viendo sumas cumbres
de las ondas que van en crecimiento
y andando con aquestas pesadumbres
medidas por rigor de bravo viento,
en mástiles y entenas vieron lumbres
que dieron esperanzas de contento,
las cuales saludaron a su modo
los marineros y consorcio todo.

El regocijo, grita y algazara
al desmayado hace que despierte;
a bendecilla cada cual se para
por parecelles venturosa suerte
diciendo ser San Telmo y Santa Clara
que vienen a librallos de la muerte;

y son las lumbres que ellos tanto aman
lo que Cástor y Pólux otros llaman.

Pues la gentilidad ciega creía
ser dos hermanos de la reina Helena:
una lumbre por mala se tenía,
pero si vían dos por señal buena:
la una los navíos sumergía,
dos los hacían libres desta pena,
y creo que presentes y pasados
en este caso viven engañados.

Pues tales apariencias de candela
o representación de resplandores,
en las oscuras noches se congela
de las exhalaciones y vapores;
el cómo la natura nos lo cela,
y no dan razón cierta los doctores,
porque también se ven las lumbres tales
en los guerreros campos y reales.

Y con nacer las lumbres mucho antes
que navegase mar vela ni remo,
dicen que son algunos navegantes
San Telmo, San Erasmo, San Eremo;
pues gentes en la lengua discrepantes
pronuncian el vocablo con estremo;
mas aunque diferentes nombres canto
consta ser todos tres un mismo santo.

El marinero pues más avisado
aquestas devociones más encumbra,
y en las noches que el mar anda turbado
mirar por él más veces acostumbra;
y ser el santo bienaventurado
juzga cualquier cosilla que relumbra,
y entonces acontecen a la gente
cosas que después ríen grandemente.

Pues yo vi cierta noche de aguaceros
llena la mar de alta destemplanza,
hincarse de rodillas marineros
a San Telmo según común usanza;
y vimos claramente compañeros
reverenciar el hierro de una lanza,
que en popa del navío se traía,
y con la escuridad resplandecía.

Otra noche decían ser venido
cuerpo santo, y así lo saludaban,
más bien puede juraros quien lo vido,
ser gotas de la mar que relumbraban,
encima de un estrenque recogido
acia la proa donde señalaban,
y conocieron ser juicio vano
por los desengañar mi propia mano.

En daros destas cosas larga cuenta
pudiéramos gastar algunos días,

y echáramos algunos en afrenta
contando semejantes boberías;
pero volvámonos a la tormenta
que llevan estas nuestras compañías,
cuyo furor a todos espantable
la noche y otro día fue durable.

Cesando pues los bravos movimientos,
y estando ya la mar muy sosegada,
tornaron a hacer ayuntamientos
las principales gentes de la armada;
hicieron al Colón requerimiento
con furia de respetos olvidada;
perplejo no sabía qué hacerse,
ni si perseverar ni si volverse.

Temíase de alguno gran revuelta,
y en ella los peligros de su vida,
la casa de razón andaba suelta,
y sola voluntad obedecida;
los pensamientos son de darla vuelta;
apresurar querían la partida;
hubo también diversas opiniones,
y fue la principal de los Pinzones.

Porque Vicente Yáñez el anciano,
que entre los navegantes de su era,
en todo lo sabido de Oceano
había bien corrido la carrera,

en esta confusion tomó la mano,
y a todos les habló desta manera,
y por sus canas y merecimientos
tienen todos por bien de estar atentos.

«Si con razón las cosas son pesadas,
veréis que son injustas las querellas
de aquel que se buscó las cuchilladas,
si tuvo gran temor de padecellas;
y desatino ya después de dadas
el no querer sufrir la cura dellas,
y débiles las fuerzas y denuedo
de aquel que de su sombra tiene miedo.

«Y así de los trabajos padecidos,
que no quiero tener por muy pesados,
seréis, si tenéis sanos los sentidos,
vosotros de vosotros agraviados;
pues todos los que sois aquí venidos
no fuistes compelidos ni forzados,
antes las fuerzas fueron voluntades
dispuestas a sufrir calamidades.

«Pues en hacer la gente vez alguna
no fuimos importunos ni molestos,
e infinitas veces, que no una,
dijistes que veníades dispuestos
a cualesquier desmanes de fortuna,
y entrastes con aquestos presupuestos,

de los pechos poner a cualquier plaga.
Diga, señores, pues barba que haga.

«¿Pensábades hallar fijos cimientos
en medio de las aguas turbulentas?
¿Pensábades tener los aposentos
según que por mesones o por ventas?
¿Pensábades tratando con los vientos
poderos escapar de sus tormentas?
Con estas condiciones arrendamos
los que las altas ondas navegamos.

«Quien dellas suele ser más confiado
a trances rigurosos se convierte;
que el ímprobo furor del mar airado
no suele respetar flaco ni fuerte;
mas antes el que va más apartado
está sólo tres dedos de la muerte,
y casos al vivir tan importantes
es mucho menester mirallos antes.

«De hombres sabios es y de prudentes
vivir por este peso y esta tasa;
pero llegados los inconvenientes,
el cuerdo como puede se los pasa,
sin intentar remedios indecentes
estando ya las manos en la masa,
y sin considerar el paradero
dejar la sogá ir tras el caldero.

«Porque en venceros tal desconfianza
perdéis honores y ganáis afrenta,
mayormente gozando de bonanza
y habiéndose pasado la tormenta;
y a trueco de bien poco más tardanza
hacer de alegre vida descontenta,
causada y engendrada de la pena
de sospechas que queda cosa buena.

«Y es por cierto torpísima manera
de duros y robustos labradores,
estando de sazón la sementera
dejalla de coger por los calores,
huyendo los sudores, como quiera
que estaban ya pasados los mayores,
y no gozar los frutos y gasajo
por ahorrar un poco de trabajo.

«Pues si hemos de medir estas verdades
con esto que tratamos y que vemos,
grandes serían nuestras poquedades,
e yerros insufribles cometemos,
si ya vencidas las dificultades,
del arte que venimos nos volvemos;
¿qué cuenta demás desto se daría.
Al rey nuestro señor que nos envía?

«Decide, ¿qué disculpas o razones
podemos dalle siendo preguntados?

¿Qué juzgarán de nuestras intenciones
los sabios y los bien intencionados?
Podrán dar sus disculpas los Colones;
nosotros no, seyendo tan culpados,
que para perfección de sus intentos
ponemos siempre mil impedimentos.

«No conocéis, señores, otros males
por no juzgar el cielo de colores,
que no todos los tiempos son iguales,
pues tienen sus templanzas y rigores;
y así, huyendo destes temporales,
habemos de hallar otros peores,
cometiendo navíos al gobierno
en costa de Castilla por invierno.

«El escorpión agora mentiroso
imprime desmedidas frialdades;
los nimbos del orino proceloso
levantan rigurosas tempestades,
impiden a las ondas el reposo
las hiadas lluviosas y pleyades;
el más seguro puerto y acogida
promete grandes riesgos de la vida.

«¿Qué sentiréis volviendo tan a sordas
al tiempo que llegades al paraje,
y no serviros áncoras ni cordas
con la soberbia grande del olaje;

y naufragar en las arenas gordas,
dando tan malos fines al viaje,
y que viendo los pueblos deseados
quedéis en sus riberas ahogados?

«¿A qué varón tan fuerte no desmaya
pensar que vemos ir aquel nadando,
el otro ya no ver adónde vaya
con las bebidas aguas arqueando;
otros al rebalaje por la playa,
otros con la resaca peleando
otros que veréis ir de mar en fuera,
asidos a pedazos de madera?

«¿Ansí que, por no vernos en estrecho
con otros riesgos más particulares,
debemos esperar un tiempo hecho
primero que partamos destes mares;
ya que no reparáis en el provecho
de islas, tierras nuevas y lugares,
que pienso de ver antes de dos días,
y no serán fingidas profecías?

«Porque en aquel nublado que se cierra
adonde reverberan arreboles,
tengo por imposible faltar tierra,
montañas, promontorios y peñoles,
supremas cumbres, gran altor de sierra
que tienen de hollar los españoles;

y no quiero decir más cerca desto,
pues todo cuanto digo veréis presto».

Colón de ver tan buen razonamiento,
y que fue tan a gusto como quiso,
quedó lleno de gran contentamiento,
los otros cada cual muy arrepiso,
y como ya mentaba manso viento,
mandóles navegar con gran aviso,
y ansí continuó la compañía
su carrera de mar y larga vía.

Alguna vela llevan abatida,
aunque la mar estaba bonancible;
a medio mástil otra recogida
pareciéndoles ser cosa posible,
que la prolija tierra prometida
otro día podría ser visible;
mas dejémoslos ir con su recuesta,
que yo diré después lo que me resta.

▪ CANTO CUARTO

Donde se trata cómo hallaron tierra, y descubrieron la grandeza deste nuevo mundo con grandes muestras de riquezas. Y lo demás que les aconteció con las primeras gentes que vieron.

No puede la verdad jamás ser muerta,
y cuando por malicia se escurece,
en tal escuridad, es cosa cierta,
que nunca para siempre permanece;
antes por muchas vías abre puerta
por donde como rayo resplandece;
mas agora volviérales la cara,
faltando quien aquí perseverara.

Pero Colón, insine navegante,
aunque desmayan otros, él no cesa,
al cual para pasar más adelante
tardía se le hace toda priesa,
diciéndoles: «Señores, Dios mediante,
mañana cumpliré con mi promesa».
Burlaban de negocio tan prolijo,
pero salió verdad lo que les dijo.

Pues cuando con justo movimiento
venía por sus cursos el Aurora,
y tenía Titán el aposento
octavo de los doce donde mora,
quiso Dios enviar el cumplimiento
de los deseos santos desta hora,
porque tan gran grandeza como esta
a los humanos fuese manifiesta.

Habiendo pues rompido la mañana
aquel velo que nuestra vista cierra,
el grumete Rodrigo de Triana
a grandes voces dice *tierra, tierra*;
oyeron esto tan de buena gana
que toda pesadumbre se destierra,
sale para mirar toda la gente
y conocieron sello claramente.

Alégranse con tierra los terrenos,
danle vital aliento sus olores,
Te Deum laudamus cantan, y no menos
tocaban en las naves atambores,
en las cuales los bordos iban llenos
de regocijadísimos clamores,
y do cualquiera dellos se volvía
sonaba regocijo y alegría.

Oían infinitas bendiciones,
capitanes, soldados, marineros,

todos decían: «Vivan los Colones,
vivan tan valerosos caballeros;
vivan dichosos años los Pinzones,
sus buenos y leales compañeros,
vivan los marineros y soldados,
y Dios los haga bienaventurados.

«Cristóbal, pues por ti Cristo nos vale,
válgate Dios, el rey y tu cuidado;
con grandes señoríos te señale
aquel que te formó tan señalado,
con gloria de los cielos te regale,
pues has el mundo todo regalado;
hereden señoríos prepotentes
los hijos que ternás y descendientes.

«Sea tu fama con eternos cantos
por todas cinco zonas estendida,
tu nombre solenicen todos cuantos
hoy viven y después tuvieren vida;
déte su bendición Dios y sus santos
con premios no sujetos a caída;
goces de tus trabajos años largos
con más insines y mayores cargos».

Sonaban por las naos panderetes
con sonajas que hacen maravillas,
besábanles las manos los grumetes,
y las demás personas no sencillas;

los lejanos quitaban los bonetes
hincando por las naves las rodillas,
y cada cual con fuso y afrentado
le pedía perdon por lo pasado.

Diciendo van aquello que veían
haciendo con las manos dulces señas,
los árboles sus ramos descubrían,
víanse las montañas y las breñas,
sonaban ya las hondas que herían
los cóncavos y huecos de las peñas.
Ven prados y frescuras ser amenas,
ven blanquear las playas con arenas.

Ven cómo sus descansos adereza
puerto que divisaban atalayas,
y ven desde los pies a la cabeza
andar hombres desnudos por las playas,
mujeres do la vista se endereza
sin arreos de mantos ni de sayas,
por ser sus policías y conciertos
andar galán y dama descubiertos.

Salían a mirar nuestros navíos,
volvían a los bosques espantados,
huían en canoas por los ríos,
no saben qué hacerse de turbados;
entraban y salían de buhíos,
jamás de estraña gente visitados;

ningún entendimiento suyo lleva
poder adivinar cosa tan nueva.

Ansimismo de nuestros castellanos
decían, viéndolos con tal arreo,
si son sátiros estos, o silvanos,
y ellas aquellas ninfas de Aristeo:
o son faunos lascivos y lozanos,
o las nereides, hijas de Nereo,
o driades que llaman, o nayades,
de quien trataron las antigüedades.

Ansí todas las ninfas como ellos
son bien proporcionados y bien hechos,
sacados son de hombros y de cuellos,
y más pecan de anchos que de estrechos:
¡cuán luenga hermosura de cabellos!
¡Qué gran tabla de espaldas y de pechos!
Los galanes, las damas y los pajes
jamás deben mudar ropa ni trajes.

Por cierto todos ellos son dispuestos,
y ellas por consiguiente bien dispuestas;
pero los trajes son muy deshonestos,
aun para las mujeres deshonestas,
pues los unos y otros andan prestos
para solenizar venéreas fiestas;
ellos no rozarán las agujetas,
y ellas no romperán muchas faldetas.

No debe remordelles la conciencia,
ni quieren evitar inconvenientes,
pues tan sin empachosa reverencia
incitan empachosos accidentes;
pues no son en estado de inocencia,
que hijos son de Adán y descendientes;
estas cosas y otras van diciendo,
las islas de Lucayo descubriendo.

No hace destas islas Fenescíes
la valerosa gente que camina,
porque dejando va Guanahaníes
y otras de más momento determina;
descúbrese la isla de Haitíes,
y Cuba que llamaron Fernandina,
en gracia y honor del rey Fernando,
cuyas partes seguía nuestro bando.

Navegaron la parte que pudieron
los dinos de preciosa laureola,
y a estas dichas islas se volvieron,
y no tomaron dellas la más sola;
porque la de Haitíes escogieron
a quien por nombre dieron Española,
porque su nombre dé por cosa cierta
que fue por españoles descubierta.

Puestos pues en buen orden y concierto,
a tierra determinan de llegarse,

mirando si conocen algún puerto
donde puedan surgirse y repararse,
y descubrir en tierra lo cubierto
para poder mejor desengañarse,
y saber quién serán estas naciones,
sus ritos, sus costumbres y opiniones.

Buscando, como digo, puerto bueno,
de vientos desabridos amparado
ofrecióse delante cierto seno
de frescas arboledas rodeado;
el circuito dél de casas lleno
y por todas sus partes cultivado;
llegáronse las naos a la boca
que entrambos lados ciñe dura roca.

Adentro contenía gran anchura,
con playa limpia bien acomodada,
y por todas las playas hay fondura
donde puede surgir nave cargada;
no tienen las entradas angostura
pero bajíos hay en el entrada.
Y en ciertas partes hay limpias canales,
mas entonces no vieron las señales.

Colgaban de las rocas ornamentos
de yerbas diferentes en verdores,
dulces aguas y claros nacimientos
que formaban murmurios y clamores,

de tofos, socarrenas y aposentos,
descanso de los indios labradores,
con otras cosas más de gentileza,
según quiso pintar naturaleza.

Muchas ninfas andaban por las aguas,
nadando, los cabellos esparcidos,
e indios en canoas y piraguas
se sus arcos y flechas proveídos;
pintados con el jugo de las aguas,
que son sus ornamentos más pulidos;
de narices y orejas dependían
algunas joyas que resplandecían.

Por gran contentamiento se tenía
mirar tales verduras y decoro,
mas fue mucho mayor el alegría
de ver que descubrían joyas de oro;
porque cualquiera de ellos entendía
ser muestras de riquezas y tesoro,
y así luego embocó la capitana
que siguen las demás de buena gana.

Yendo por allí con buen avío
con sonda y el timón bien atentado,
dio Cristóbal Colón en un bajío
o piedra do lo vieron encallado;
huyeron los demás deste navío
asegurándose por otro lado,

acudiendo bateles prestamente
para sacar las ropas y la gente.

Todos de ver aquellos perdimientos,
a su vuelta y salud perjudiciales,
quedaron por extremo descontentos
y con sospecha de mayores males;
echan juicios varios, dicen cuentos
pronosticando mal de las señales,
llorando muchos de ellos y diciendo
que su ganar entraban ya perdiendo.

Colón, puesto que pena recibía,
con un raro valor disimulaba,
y con aquel calor que convenía
a los desconsolados consolaba,
dando reprehensión al que temía
y al que por mal anuncio la juzgaba.
Diciéndoles: «Yo puedo dar razones
con que confunda vuestras opiniones;

«pues tengo por suceso placentero
aqueste que tenéis por lamentable,
y lo que sospecháis ser mal agüero
aqueso juzgo yo por favorable;
cuya declaración y paradero
después lo contaréis por admirable;
porque nave quedar en este suelo
no fue sin provisión del alto cielo.

«Desto daré razon no mal fundada,
sino mejor zanjada que la vuestra,
pues la nave que vemos encallada
quiere decir que con felice diestra
hemos de tener aquí plantada
la nave de la Iglesia madre nuestra,
y queda sobre piedra por indicio
de que es lo principal del edificio.

«De manera, que si para lo visto
católicos sentidos dan la llave,
diremos ser la piedra Jesucristo
y el reino de la Iglesia ser la llave;
y así será pesar con placer misto
o por mejor decir todo süave,
pues se pierde navío de madera
y se gana la nave verdadera.

«A la cual con la lumbre recebida
veremos acudir en nuestros días
aquesta gente bruta, divertida
en diabólicas idolatrías;
y acá no la veremos combatida
Con las olas de falsas herejías,
por caer estas tierras en las manos
de reyes fidelísimos cristianos.

«Que bien pudiera Dios dar estas gentes
a muchos otros reyes y señores

de los pasados siglos o presentes;
mas escogió los nuestros por mejores:
queriendo dellos y sus descendientes
hacer para su Iglesia protetores,
porque la suerte del primer talento
vaya sin reparar en crecimiento.

«Aquí tendrán riquísimos reinados
y gozarán amplísimos imperios,
donde sus capitanes y soldados
ternán do bien usar sus ministerios;
habrá también por tiempos obispados
católicos y santos monasterios;
la fe del Redentor y su manada
aquí tiene de ser muy ampliada.

«También habrá civiles competencias
contenciones, bandos y porfias,
que debajo de falsas apariencias
sus maldades dirán ser obras pías;
pero verán júeces con audiencias
por freno de las tales tiranías,
porque las tales son congregaciones
presta a deshacer rebeliones.

«Ansí que, si miráis con vigilancia
lo sucedido, hallaréis por cierto,
que pérdida no fue sino ganancia
la nave que dejamos en el puerto,

y negocio de muy gran importancia
el orbe que tenemos descubierto;
por tanto todos nos aderecemos
y sepamos quién son estos que vemos».

Dijo: y a ver navíos tan potentes,
cuales jamás tuvieron por vecinos,
acudía tal número de gentes
que cubrían las playas y caminos;
miran con atención y paran mientes
si son hombres humanos o divinos,
contemplan las espadas, las adargas,
y espántanse de ver barbas tan largas.

Venían los más dellos embijados
desde los bajos pies a los cabellos;
de plumas de colores estampados
acudían también algunos dellos;
joyeles de oro fino mal labrados
pendientes de narices y de cuellos,
otros con brazaletes y con petos
que fueron a la vista más acetos.

Tocaban unos grandes atambores,
caramillos y flautas imperfectas,
sonaban por encima los altores
caracoles a modo de cornetas;
dan otros alaridos y clamores,
otros hacían gestos y pernetas:

según lo que se ve cada cual piensa
ser todas amenazas de defensa.

Van nuestras gentes pues encaminadas
a estas, más mejor apercebidas,
pues iban con escudos y celadas
y asimismo banderas estendidas;
relumbran grandemente las espadas
de los rayos del sol siendo heridas;
saltaron con valor en la ribera
donde la gente de indios los espera.

Delante de los cuales se mostraba
un indio sobre todos eminente,
que Goaga Canari se llamaba,
según después se supo claramente,
el cual a pelear los animaba
y a defender sus tierras y su gente,
y a todos los soldados que tenía
semejantes palabras les decía:

«Por causas evidentes conocemos,
amigos, compañeros y soldados,
haber necesidad de que velemos
y no vivamos punto descuidados,
pues no sabemos quién son los que vemos,
ni de parte de quién son enviados,
si son hombres marinos o terrenos,
si son varones malos o son buenos.

«Si tienen de caribes propiedades,
o condiciones otras más horrendas;
si quieren con nosotros amistades,
o vienen para guerras y contiendas;
si son tan grandes sus necesidades
que quieren que les demos las haciendas;
de qué tierras podrán haber venido,
en qué lejanos reinos han nacido.

«Si son gentes de buenos pensamientos
a bien es recibillos; si son gratas,
si vienen fatigados de hambrientos,
darémosles comidas bien baratas;
darémosles de nuestros alimentos
guamas, auyamas, yucas y batatas,
darémosles cazabis y maíces,
con otros panes hechos de raíces.

«Darémosles huitias con agíes,
darémosles pescados de los ríos,
darémosles de gruesos manatíes
las ollas y los platos no vacíos;
también guaraquinajes y coríes,
de que tenemos llenos los buhíos,
y curaremos bien a los que enferman,
colgándoles hamacas en que duerman.

«Y conocidos ya sus pareceres,
seyendo con nosotros residentes,

darémosles las hijas por mujeres
para hacellos deudos y parientes;
haríamos comunes los placeres
de campos y de ríos y de fuentes,
de cazas y de pescas las usanzas,
y de las sementeras y labranzas.

«¿Quién pudiera saber lo que desean
con certidumbre de su pensamiento,
con qué fines agora se menean?
Pues bien no juzgo deste movimiento;
deseo finalmente que no sean
causa total de nuestro perdimiento,
que no por ser campaña tan estrecha
dejaré de tener mala sospecha.

«El número que vemos es pequeño
aunque vengan mejor aderezados,
mas no por ser tan pocos los desdeño
con yo tener millones de soldados;
porque quiero dar cuenta de mi sueño,
según que lo soñé días pasados,
o cosas sustanciales del historia,
si quiere socorrerme la memoria.

«Al tiempo que las gentes de dormidas
están de sus trabajos olvidadas,
vía volar dos águilas asidas
con diademas de oro coronadas;

las alas aunque no muy estendidas,
mares y tierras tienen abrazadas,
y por crecida que su presa fuese
faltaba quien las uñas les hinchese.

«Parecióme volar al alto cielo,
y al tiempo que las alas estendían,
de sólo ver aquel umbroso velo,
hasta las bestias fieras les temían:
reales aves de subido vuelo
a estas respetaban y servían,
y muchos gavilanes diligentes
eran sus adalides y sirvientes.

«Aquestos sus ministros o falcones
andaban con las alas levantadas,
escudriñando reinos y regiones
de sus tierras remotas y apartadas;
y deshaciendo cuantas religiones
están a nuestros dioses dedicadas,
haciendo ser por todo lo criado
un solo Dios creído y adorado.

«Entre sueños oí mil aullidos
que dábamos por campos y collados,
por ver los santuarios encendidos,
y todos nuestros ídolos quemados;
aquestos naturales destruidos,
sus poderosos pueblos asolados,

y no paraban nuestras compañías
sirviéndoles las noches y los días.

«Las águilas asidas coronadas,
que yo vía volar desta manera,
allí las traen estos dibujadas
por parte principal de su bandera;
los tiempos y las horas son llegadas
si mi revelación es verdadera;
conviene pues que cada cual defienda
sus hijos, sus mujeres y hacienda».

Dan grita como gente de albornoces:
resuenan increíbles alaridos,
a vuelta de los gritos y las voces
empúñanse los arcos encogidos;
todos iban lozanos y feroces,
de jáculos agudos prevenidos;
la briosa postura y el denuedo
a muchos españoles puso miedo.

Viendo pues tan inmensa compañía
por no ponelles el estorbo tarde,
por alto tiran el artillería
la cual hizo que nadie los aguarde;
antes quien de la mar menos huía
era tenido por el más cobarde,
metiéndose por bosques y por breñas
y por concavidades de las peñas.

Como nube que grande crecimiento,
de pluvias a los ojos representa,
pero la fuerza seca de algún viento
sus oscuros vapores ahuyenta,
dejando sin aquel impedimento
los campos con el sol que los calienta,
así la batería de los truenos
ahuyentaron indios destos senos.

Fue la rústica gente divertida,
sin que su rey pudiese detenellos;
y los nuestros siguiendo la huida
para poder tomar alguno dellos,
mujer ven en el monte detenida,
cuyas prisiones fueron los cabellos,
que siendo por los aires esparcidos
fueron de ciertas ramas detenidos.

Metióse por el monte más cerrado
destos inconvenientes escondidos,
como vivace ciervo fatigado
de la rapace fiera perseguido;
y fue por espesuras emboscado
de sus ramosos cuernos detenido,
así que su decoro y ornamento
la causa fue de su detenimiento.

Clamores grandes daba la doncella
en balde, que no deben ser oídos,

o si la oyen, para socorrella
por ventura no son tan atrevidos;
al fin los españoles asen della,
y entonces dio mayores alaridos,
no haciendo ya cuenta de su vida
por ver gente de barba tan crecida.

Colón, que de la presa se holgaba,
y dio de buena gana las albricias,
con señas de amistad la halagaba
haciéndole regalos y caricias,
como quien grandemente deseaba
hacer con estas gentes amicicias;
en efeto, cesaron los clamores,
aunque no totalmente los temores.

Diéronle de comer como convino,
sacando de su buen matalotaje
frutas secas, cecinas y tocino,
y otros regalos más de su viaje;
hiciéronle beber de nuestro vino,
que no le parecía mal brevaje,
y en ciertos ademanes representa
el alegría del que se calienta.

Después de la comida halagóla
con señas a los ojos aplacientes,
vistiéndola de blanca camisola,
de más de dalle dijes transparentes;

y hechas estas cosas, envióla
a que llamase deudos y parientes;
ella correspondiendo con las señas
emboscóse por medio de las breñas.

A grandes voces dice por la senda:
«Venid, parientes míos, nadie huya;
pues no vienen a guerra ni contienda,
ni quieren que la tierra se destruya;
y no sólo no piden la hacienda,
mas antes quieren darnos de la suya;
perded recelo de cualesquier males
que honestos hombres son, y liberales».

¿Qué vas, mujer liviana, pregonando,
juzgando solamente lo presente?
Mira que con las nuevas dese bando
engañas a los tuyos malamente;
el dicho vas agora publicando,
mas tú verás el hecho diferente,
verás gran sinrazón y desafuero,
y el sueño de tu rey ser verdadero.

Verás incendios grandes de ciudades
en las partes que menos convenía:
verás abuso grande de crueldades
en el que mal ninguno merecía;
verás talar labranzas y heredades
que el bárbaro sincero poseía,

y en su reinado y propio señorío
guardarse de decir es esto mío.

Y así fue que los hombres que vinieron
en los primeros años fueron tales,
que sin refrenamiento consumieron
innumerables indios naturales:
tan grande fue la prisa que les dieron
en usos de labranzas y metales,
y eran tan escesivos los tormentos
que se mataban ellos por momentos.

Lamentan los más duros corazones,
en islas tan *ad plenum* abastadas,
de ver que de millones de millones
ya no se hallan rastros ni pisadas;
y que tan conocidas poblaciones
estén todas barridas y asoladas,
y destos no quedar hombre viviente
que como cosa propia lo lamente.

Los pocos baquianos que vivimos
todas aquestas cosas contemplamos,
y recordándonos de lo que vimos,
y cómo nada queda que veamos,
con gran dolor lloramos y gemimos
con gran dolor gemimos y lloramos;
miramos la maldad entonces hecha
cuando mirar en ella no aprovecha.

Pudiera de lo visto y entendido
entrar en laberinto de maldades,
indinos del varón bien instruido
en nuestras evangélicas verdades;
mas no serán razón ir divertido
contando semejantes crüeldades:
volvamos prosiguiendo la carrera
desde donde dejé la mensajera.

Todas aquellas gentes escondidas,
temblando con temores de su vida,
acuden a las voces conocidas
de quien ya sospechaban ser comida;
el rey que la contó con las perdidas
holgó de su salud y su venida.
Y ella trató fiel y buenamente
aquello que entendió de nuestra gente.

Los nuestros recogieron estandartes
por ya no parecer inconveniente,
y con resguardo de guerreras artes
se refrescó la fatigada gente;
tomaron posesión de todas partes
llamándoles las Indias de occidente,
once de Octubre, años cuatrocientos
con más noventa y dos y dos quinientos.

Pues como luz de Febo ya hacía
ausencia natural de luz humana,

y por medidos cursos se venía
la menos clara lumbre de Diana,
cada cual a su nao resolvía,
hasta ver resplandor de la mañana,
donde Colón estuvo vigilante;
y lo demás diremos adelante.



ELEGÍA IV

MUERTE DE CRISTÓBAL COLÓN, DONDE SE CUENTA
LO QUE DESCUBRIÓ EN EL POSTRERO VIAJE.

▪ EN UN SOLO CANTO

Quien hizo cosas dignas de memoria
poniendo su vivir en detrimento,
en multitud de riesgos tan notoria
cuantos pare la guerra, mar y viento,
añade grandes colmos a su gloria
gozar después de buen acabamiento,
mayormente si en riesgos persevera
el espacio que dura su carrera.

Lo cual hizo Colón el almirante,
pues aunque con vejez y fatigado,
siempre quiso llevar más adelante
aquel descubrimiento comenzado;
sin que mal tropezón fuese bastante
a lo volver atrás de su cuidado,
y de tantas fatigas en ninguna
se consintió vencer en la fortuna.

Agora pues conclusa las procelas,
y la soberbia grande del olaje,
al manso viento hizo dar las velas
con prevención de buen matalotaje;
y en cuatro bien fornidas carabelas
a tierra firme hizo su viaje,
para ver sus ancones y riberas,
e illa costeando más de veras.

Y porque brevedad fue necesaria
en una variedad tan infinita,
su tercera venida fue sumaria;
pues casi por semejas se recita
de cómo descubrió costa de Paria
La Trinidad, Cubagua, Margarita,
hasta llegar al mar de Venezuela,
y agora van al cabo de la Vela.

De allí con mar bonanza, larga escota,
por puertos, por bahías, por ancones,
la costa bajo llevan su derrota,
comunicando varias naciones,
que salían a ver la breve flota,
holgándose de sus contrataciones;
y en este tiempo ya se halló muestra
de habellos visitado gente nuestra.

Pues cuando la salida se le veda
a Colón, por las causas repetidas,

el capitán Alonso de Hojeda
recorría también estas partidas:
después del cual en blanco no se queda
el capitán Rodrigo de Bastidas,
que siendo Colón preso vino aposta
a descubrir riquezas por la costa.

Añaden nuevas tieras a la carta,
no juntos sino cada cual distinto,
descubren el ancón de Santa Marta,
de Chengue, de Naguanje con Chacinto;
rescataron de oro copia harta,
la cual por no sabella no la pinto;
pasan el río de la Magdalena
y el puerto que llamaron Cartagena.

Un poco navegaron más avante,
pues de Urabá sacaron gran provecho;
mas Cristóbal Colón el almirante,
que no se contentaba con lo hecho,
llevó sus velas muy más adelante,
pensando de hallar algún estrecho
que para mar del sur le diese vía
aunque para navíos no le había.

Para tomar la costa más de veras
a Jamaica van atravesando,
y conocida punta de Higueras,
fueron la costa arriba navegando:

ven playas, ven ancones, ven riberas,
la tierra de Veraguas costeando,
y en estas dilaciones y desvíos
perdieron de los cuatro dos navíos.

Lo visto por los pasos ya contados
por gran prolijidad no se replica,
mas vistos sus navíos abromados
del tiempo que bajó la Costa-Rica,
determinaron él y sus soldados
de volver a la isla de Jamaica,
faltos ya de salud y bastimentos,
y por otros respetos descontentos.

Salen de Cativá las compañías
dejando ya las bocas de los ríos,
y aquellas ensenadas y bahías
con puntas peligrosas y bajíos;
y habiendo navegado muchos días
en Jamaica meten los navíos,
y porque no podían sostenellos,
en tierra y al través dieron con ellos.

Allí por ser menor inconveniente
hicieron los Colones su salida;
tratáronlos los indios blandamente
y diéronles socorros de comida:
adoleció gran parte de la gente,
y toda se juzgaba por perdida;

Colón investigaba muchos modos,
buscando su remedio y el de todos.

Aquel congojosísimo cuidado
con ningunos descuidos interpola,
y de vacilaciones rodeado
se quiso resumir en una sola,
que fue rogar a Méndez su criado
intente de pasar a la Española,
en canoa de un palo que tomasen,
e indios de esta isla que bogasen.

Méndez, con fidelísimos respetos,
loables en los siglos venideros,
tuvo tan grandes riesgos por acetos
y truco de salvar sus compañeros;
fiose de los mares inquietos
y de los infieles marineros;
muchos desconfiaban de su vida,
mas él no rehusaba la partida.

Metió seis indios, pues, gente salvaje,
en navío de una sola planta,
meten agua, y algún matalotaje
para quien del peligro no se espanta;
favorézcale Dios en el viaje,
que bien ha menester ayuda santa;
partióse finalmente con bonanza
debajo de divina confianza.

Los que quedaron libres de dolencia,
por imitar aquesta maravilla,
a Colón le negaron obediencia,
apartándose dél cierta cuadrilla:
siendo caudillos desta competencia
los dos hermanos Porras de Sevilla,
que por ir a la isla ya nombrada
hicieron de canoas un armada.

Aderezados pues desta manera
embarcóse gran copia de soldados,
y al tiempo que iban ya de mar en fuera
algunos dellos fueron anegados;
tornaron a volver a la ribera,
del inquieto mar siendo forzados,
espadas y rodelas en las manos
con temor de Colón y sus hermanos.

Imaginando pues aquel que yerra
las cosas que el contrario suyo piensa,
después que estos saltaron a la tierra
tenían el castigo de la ofensa;
y así los ven poner en son de guerra
dispuestos a morir por su defensa;
alteráronse mucho los Colones,
reconocidas estas intenciones.

Armaron luego todos sus tullidos
con espadas, rodelas o con lanzas;

los rebelados son acometidos
que de vencer tenían esperanzas;
mas con facilidad fueron vencidos
sin usarse con ellos de venganzas,
puesto que en los primeros desconciertos
cuatro por defenderse fueron muertos.

Pues también se rompió la fuerte malla
de golpes que se dieron inhumanos;
fue poco más sangrienta la batalla
después que ya vinieron a las manos;
y es esta la primera que se halla
en Indias de cristianos con cristianos;
los indios, por los ver tan diferentes,
ya tenían un poco nuestras gentes.

Cumplían antes bien sus mandamientos,
y eran sus voluntades ya contrarias,
pues no venían a los aposentos
a los ver y servir en cosas varias;
tampoco les traían alimentos
ni cosa de las cosas necesarias,
y para los volver más a su mano
un remedio pensó que no fue vano.

El astucia que digo fue pues esta,
la cual salió tan bien como quería:
entendía por regla manifiesta
que la luna, según astrología,

por la sombra del globo contrapuesta
se había de eclipsar en cierto día,
y por ser el eclipse por entero,
rabia de ser algo duradero.

Llamó los indios pues a su presencia,
y dijo: «Por no darnos alimento,
verná sobre vosotros pestilencia,
la luna hará grande sentimiento;
y aquesta no será vana sentencia,
pues tal día veréis el cumplimiento;
por tanto si quereis salud y vida,
mirá que no nos falte la comida».

Los indios estuvieron muy alerta;
y, el tiempo señalado ya venido,
pudieron conocer por cosa cierta
lo que Colón había conocido;
la luna dicen todos estar muerta,
de cuya causa dan gran alarido,
y según otras muchas veces vemos,
comienzan a hacer grandes estremos.

Pidiéronles perdón a los Colones,
del pasado rigor arrepentidos;
acuden con preseas y con dones
como si fueran dioses conocidos;
y ansí, pasadas estas turbaciones,
fueron bastantemente proveídos,

dándoles de comer sin interese,
entre tanto que Dios los proveyese.

El mozo Diego Méndez sus intentos
por las ondosas aguas proseguía,
sin ver zozobras dellas ni de vientos,
que fuesen turbadores de su vía;
los indios muy alegres y contentos,
sin se cansar de noche ni de día,
hasta que ya hicieron su llegada
a la tierra que tienen deseada.

Saltaron en un río descubierto
adonde se estuvieron refrescando,
y luego por buen orden y concierto
se fueron por la costa navegando,
hasta tanto que dieron en el puerto
adonde estaba Nicolás de Ovando,
al cual con la debida cortesía
dio Méndez los recados que traía.

Como bueno, fiel y vigilante,
en contalle trabajos se desvela;
mas no sintiendo bien del almirante,
Ovando concebía ser novela;
todavía, debajo buen semblante,
mandó llevarles una carabela;
mas dicen que no fue con intenciones
de traer a la isla los Colones.

El Méndez, sospechando tal desvío,
como bien comedido y avisado,
compró de sus dineros un navío,
de cosas convinientes pertrechado:
el cual les envió con buen avío,
y la razón de todo lo pasado;
y despachado con matalotaje,
él hizo para España su viaje.

Libre de sinsabores de tormenta,
con próspero suceso tomó puerto,
su prolijo viaje representa
escrito por buen orden y concierto,
ante los reyes, dando larga cuenta
de lo mucho que habían descubierto,
el riesgo que corrieron sus vasallos,
y lo que hizo él para librallos.

Dadas sus relaciones por entero,
como dicen acá de popa a proa,
por parecelle bien al rey guerrero
aquella lealtad digna de loa,
al Diego Méndez hizo caballero
con rentas, y por armas la canoa;
que suelen reyes dar honores tales
a los vasallos buenos y leales.

Las carabelas pues apercebidas
que para los Colones enviaban,

tomaron las riberas conocidas
por los indios que dentro se tornaban:
fueron con gran contento recibidas
de los que sus socorros esperaban,
y por estar el mar todo quieto
la partida pusieron en efeto.

Levan las anclas, guindan las entenas,
ayudados de vientos principales,
apártanse del puerto no sin penas
de aquellos moradores naturales,
que los tenían ya por gentes buenas,
y casi que por hombres celestiales;
por la derrota pues de claro tino
a la Española hacen su camino.

En el puerto de Ozama conocido
metió Colón su gente destrozada,
fue con aplauso grande recibido
de toda la ciudad conmemorada,
y el buen comendador de comedido
lo quiso regalar con su posada;
vió sus haciendas, minas y cuadrilla,
y luego se partió para Castilla.

Embarcóse con gracia del Ovando,
guió las velas acia la Saona,
llegaron a Castilla, y en llegando
fue donde estaba la real corona;

recebiólo muy bien el rey Fernando,
y hizo gran caudal de su persona;
procuró de hacer su causa blanda
con pío de volver a su demanda.

Mas como ya de tan prolijas vías
de salud se sintiese no bien sano,
ocupó su vivir en obras pías
con pía, liberal y franca mano;
y dende a poco dio fin a sus días,
haciendo diligencia de cristiano;
y así se remató tan santamente
la vida de varón tan escelente.

A gran admiración, a gran espanto
pensando sus grandezas me provoco.
Y su mayor loor que cualquier canto
no se podrá decir esceso loco:
pues Castilla y León le debe tanto,
que cuanto puedo yo decir es poco;
no procuró deleites ni gasajos,
mas sufridor fue grande de trabajos.

De Nervi natural, lugar honesto,
que dicen descender de Lombardía
severo, rojo, de pecoso gesto,
feroz en muchas cosas que hacía;
alto de cuerpo, pero bien compuesto
en cuantas proporciones poseía,

varón en sus intentos fue notable,
y en el salir con ellos admirable.

Dejó dos hijos, dignos de su nombre:
don Fernando, que nunca fue casado,
en letras, en virtud, insigne hombre;
don Diego, sucesor en el estado,
de duque y almirante con renombre,
según después dirá nuestro tratado,
con quien casó la gran doña María
que de la casa de Alba descendía.

Los funerales desta maravilla
honraron valerosos caballeros;
y no tan solamente de Castilla,
pero también de reinos extranjeros;
y dentro de las cuevas de Sevilla
lo hacen sepultar sus herederos,
y dicen que en la parte do yacía
pusieron epigrama que decía³:

*Hic locus abscondit præclari membra Coloni,
cuius sacratum numen ad astra volat.
Non satis unus erat sibi mundus notus, et orbem
ignotum priscis omnibus ipse dedit.*

³ Con este epigrama el autor hace un resumen de la vida de Colón (Nota de la compiladora).

*Divitias summas terras dispersit in omnes.
Atque animas celo tradidit innumeras.
Invenit campos divinis legibus aptos,
regibus et nostris prospera regna dedit⁴.*

Este poco compás que ves encierra Dio riquezas inmensas a la tierra,
aquel varón que dio tan alto vuelo innumerables ánimas al cielo,
que no se contentó con nuestro suelo, halló donde plantar divinas leyes,
y por darnos un nuevo se destierra. y prósperas provincias a sus reyes.

**FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAS
«ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES DE INDIAS»,
POR JUAN DE CASTELLANOS**

⁴ Los cantos suprimidos corresponden al descubrimiento de Puerto Rico, otras islas del Caribe y Venezuela (Nota de la compiladora).



SEGUNDA PARTE

▪ DEDICATORIA⁵

▪ A LA MAJESTAD DEL REY DON FELIPE, NUESTRO SEÑOR

Columna de la religión cristiana,
de católica fe firme sustento,
aquestas mis elegías os presento,
monumentos de gente castellana.

La vena que es estéril poco mana,
pero como, Señor, le deis aliento,
podrá la poquedad de mi talento
servir a majestad tan soberana.

Esta segunda parte se publica,
la cual sobre real favor estriba

⁵ Con esta dedicatoria y la siguiente censura, Juan de Castellanos ubica al lector en la ideología de su época (Nota de la compiladora).

▪ Juan de Castellanos ▪

como cosa que tanto le conviene.
El don es pobre, la voluntad rica;
esta, Rey soberano, se reciba
por ser de quien ofrece cuanto tiene.

▪ CENSURA DE DON ALONSO DE ERCILLA

Yo he visto este libro, y en él no hallo cosa mal sonante ni contra buenas costumbres; y en lo que toca a la historia, la tengo por verdadera, por ver fielmente escritas muchas cosas y particularidades que yo vi y entendí en aquella tierra, al tiempo que pasé y estuve en ella: por donde infiero que va el autor muy arrimado a la verdad; y son guerras y acaecimientos que hasta ahora no las he visto escritas por otro autor, y que algunos holgarán de saberlas.

DON ALONSO DE ERCILLA



HISTORIA Y RELACIÓN

DE LAS COSAS ACONTECIDAS EN SANTA MARTA
DESDE SU PRIMERA POBLACIÓN. Y ESTA PRIMERA
ELEGÍA ES A LA MUERTE DE SU PRIMER GOBERNADOR,
QUE FUE DON RODRIGO DE BASTIDAS.

▪ CANTO PRIMERO

A Santa Marta llega ya mi pluma,
do tractaremos cosas principales,
mas no de tal manera que presuma
podellas esplicar por sus cabales;
pero haremos una breve suma
tocando las que fueron sustanciales,
porque ningún historiador pudo
contar todas las cosas por menudo.

Mas en prosecución de mis intentos
haremos relación con verdad pura
de casos varios y acontecimientos,
ya de ventura, ya de desventura,
los cuales me parece que son cuentos
dignos de se poner en escriptura,
e ya muy olvidados de la mano
de todo coronista castellano.

Provea de favor en la carrera
y aparte las obscuras pesadumbres
aquella luz y lumbré verdadera
que procede del Padre de las lumbres,
siendo la Virgen pura medianera,
a quien para subir tan altas cumbres
he suplicado que me dé la mano
porque no sea mi trabajo vano.

En aqueste favor pues confiados
diremos algo destas poblaciones,
las cuales estarán en once grados
o poco más, según hay opiniones:
a Gaira y Concha tienen a los lados,
con otros que llamamos los ancones,
y el puerto principal es de manera
que por bueno le llaman la Caldera:

que de todas tormentas está horro
por amparallo dos puntas o rocas,
en medio de las cuales hay un morro
que forma dos entradas o dos bocas;
y ansí de navegantes es socorro,
seguros bien de las borrascas locas:
es puerto limpio, de cabal fondura,
y contiene de dentro gran anchura.

Es aquesta marítima ribera
montaña de grandísima frescura,

y la continuada cordillera
allí levanta su mayor altura:
la gente natural desta frontera
ninguna para guerra fue más dura,
tanto, que pongo duda que el de Chile
las grandes fuerzas destos anihile.

Tienen flechas y arcos no pequeños,
gruesos, y mal labrada la madera,
mas por fuerza los hacen ser cimbreños
hasta hacer juntar el empulguera:
tanto mal hacen como duros leños
si a manteniendo dan en la mollera,
pues su golpe la hace dos pedazos
al tiempo que ya vienen a los brazos.

Tan terrible vigor su tiro lleva,
que fuera de guerreras confusiones
a uno le hicieron hacer prueba
sobre corazas armas de algodones,
y traspasólo todo como breva,
siendo de palo puro los arpones:
ponen arnés, por ver si lo pasaba,
mas en aquella flecha deslizaba.

El tiro del carcaj va siempre lleno,
cuando se ven en bélica porfia,
de pestilencialísimo veneno
que mata dentro de natural día,

algunos al trecero y al septeno,
con rabia que de seso los desvía,
y aun ellos se darían mala muerte
si los dejasen solos desta suerte.

Gente de gran vigor de su cosecha
es toda cuanta por allí confina,
y de mayor valor y más bien hecha
cuanto se acerca más a la marina:
arma común de todos es la flecha,
que pocas veces halla medicina;
tiran perdidas ciertas silbaderas
por emplear las otras más de veras.

Vístense de algodón de tela fina,
y muchos dellos tienen solamente
a las espaldas una mantellina,
y todo lo demás anda patente:
a más honestidad mujer inclina
la parte que llamamos impudente,
con manta de algodón por la cintura,
y otra de lo demás es cobertura.

Tienen las hembras buenos pareceres,
y por la mayor parte los varones
celan en gran manera las mujeres,
demás de ser malditos bujarrones:
entrellos hay algunos mercaderes
y sus maneras de contractaciones

con los que están muy dentro de la sierra,
que no pequeños términos encierra.

Usan en regocijo y en sus fiestas
de ricas y galanas vestiduras,
de plumas admirablemente puestas
que forman varias flores y figuras:
son gentes entre sí tan deshonestas
que las espaldas andan mal seguras,
y en cualquiera lugar claro y oculto
se hallan muchos Priapos de bulto.

Son cerimoniáticos algunos,
o todos en grandísima manera,
y tienen prolijísimos ayunos
por sus hijos o por su sementera;
y entonces solamente los alunos
a cosas necesarias salen fuera:
carne no comerán de ningún arte,
sino pescado por la mayor parte.

Hay en sus muertes un prolijo lloro,
do cuentan sus desastres o venturas:
entiérranse con muchas joyas de oro,
según vimos en muchas sepulturas
a las cuales le guardan su decoro
según sus ceremonias y locuras:
pues muchas de personas señaladas
entrellos suelen ser reverenciadas.

Adoran los planetas y los sinos
regocijándose por los oteros:
hay muchas adivinas y adivinos
y grande cantidad de hechiceros,
que dicen un millón de desatinos
acerca de los tiempos venideros:
dan al demonio lo que no merece
pintándolo del arte que parece.

De yucas y maíz es su comida,
de lo cual ansimismo hacen vinos:
de frutos es la tierra bastecida
silvestres, que no labran los vecinos:
es larga serranía y estendida
toda de fragosísimos caminos,
hay parras por los árboles tendidas,
de racimos de uvas proveídas,

aquestas son labruscas naturales,
cuyos gustos allí no son inicuos.
Racimillos pequeños, pero tales
que hacen pegajosos los hocicos,
los indios de la tierra principales
y aun todos los demás eran muy ricos,
pues solían hallar tiempo pasado
entrellos cantidad de oro labrado.

Y así con este cebo los varones
primeros en correr estas partidas,

rescataban de paz por los ancones
y volvían las bolsas proveídas:
fue principal en estas ocasiones
el capitán Rodrigo de Bastidas,
que en Haití, do tenía su reposo,
se hizo con los tractos caudaloso.

Sus principios no fueron tan profundos
cuanto los pintan otros que escribieron,
pues que nos consta ser de los segundos
que con el ínclito Colón vinieron,
y no del número de vagabundos,
mas uno de los que mejor sirvieron;
y así con los navíos y a su costa
descubrió mucha parte de la costa.

Encumbrándolo más en pensamiento
riquezas, según tienen de cosecha,
esto pidió por adelantamiento,
y por el rey le fue la merced hecha,
señalándole límite y asiento
la costa de la mar vía derecha
hasta llegar al Cabo de la Vela,
y norte sur lo que la tierra cела.

Año de veinte y seis sobre quinientos
llegó con buena copia de soldados,
tan escogidos para sus intentos
que fueron con razón solemnizados,

y en las entradas y descubrimientos
ningunos en valor más señalados:
día de Santa Marta tomó puerto,
y este nombre le dio común concierto.

Como quinientos hombres fue la gente
que para la conquista con él vino:
fue Juan de Villa-Fuerte su teniente,
y capitán Rodrigo Palomino;
Fernán Bermejo, mozo muy valiente,
Ortuño, Ortiz, Bazantes y Cansino,
un Montesinos y Cristóbal Sierra
con otros valerosos para guerra.

Celebró paz con indios comarcanos,
y para fundar pueblo, la montaña
talaban españoles con sus manos,
de que no se causó pequeña saña:
al fin en agradar a sus cristianos
el Bastidas se daba mala maña,
pues traían a cuestras la madera
de la montaña hasta la ribera.

Fue no querer mandar los naturales,
y fatigar la gente de quilates,
origen y principio de sus males
y causa de grandísimos dislates;
mas eran sus intentos principales
valerse de la paz y de rescates,

y así de ningún arte consentía
a los indios hacerse demasía.

Menos quiso prestar consentimiento,
habiendo ya de hambre grande plaga,
tomarse de los indios alimento
sin que por ello diesen justa paga;
mas él daba raciones al hambriento,
en descontento de la gente vaga,
por ser cazabi sólo con tasajos,
que mal satisfacían sus trabajos.

Comían todos pues carne salada,
y tal que por ventura ya hedía;
encharcaban en agua delicada
con los calores grandes que hacía:
cayó luego la gente regalada
y el que ningún regalo conocía:
morían con grandísima miseria
del mal de flujo dicho disenteria.

Pocos de los enfermos escapaban,
antes fue tan crüel la desventura,
que dos y tres y más cuerpos echaban
juntos en una misma sepultura:
a muchos cuasi no los enterraban,
a causa de hallar la tierra dura
y tener debilísimas las manos
los de mayor vigor y los más sanos.

Viendo la perdición de tantas vidas,
o con razones y con sin razones
en común se quejaban del Bastidas,
no sin gran multitud de maldiciones,
como suelen personas afligidas,
y más en semejantes aflicciones;
fue Villa-Fuerte más que duro guijo,
a quien Bastidas le llamaba hijo.

Pues en las ocasiones de que hablo,
habiéndolo nombrado por teniente,
y en su boca no ver menos vocablo
que hijo muy amado comúnmente,
de furor revestido del diablo,
determinó matallo malamente;
y no faltaron otros malos pechos
en las ejecuciones destes hechos.

Como Pedro de Porras y Bazantes
con el dicho teniente conjurados,
y estos llevaron otros ignorantes
del yerro para que fueron llamados;
mas conocieron bien de sus semblantes
como debían ir apasionados,
sin poder en aquella coyuntura
imaginar tan pérfida locura.

A las ejecuciones del intento
corren los tejedores de la trama;

los dos entraron en el aposento,
hallaron al Bastidas en la cama
sin sospechar tan gran atrevimiento,
aunque se rezumaba ya la fama,
y con palabras muy descatadas
Villa-Fuerte le dio tres puñaladas.

A las voces y gritos del mezquino,
que llamaba criados y parientes.
acude con presteza Palomino
y los más alentados destas gentes;
luego por la montaña sin camino
se metieron los dichos delincuentes,
y por entonces no se fueron lejos,
hasta ver bien de su maldad los dejos.

Estando pues aquestos alterados
por arcabucos y cañaverales,
parece ser que fueron avisados
no mostrar las heridas ser mortales,
y así volvieron más determinados
de cortar los espíritus vitales:
sabido su furor luciferino,
tomó luego la puerta Palomino.

Por estar el más número doliente
acudir no pudieron al instante,
mas él no sin extremo de valiente,
tan fuerte se mostró con un montante,

que de la compañía delinciente
nadie pudo pasar más adelante,
antes confusa y en temor resuelta
para los arcabucos dio la vuelta.

Metieronse muy dentro de la sierra
viendo tan mal parada ya la cosa.
Con ser populosísima la tierra
de gente por extremo belicosa,
y ninguna de paz, sino de guerra,
y de cristiana sangre cudiciosa:
serían estos doce compañeros
valientes, esforzados y lijeros.

Nunca pasaban, sino de corrida,
por selvas y montañas sin camino:
de noche recogían la comida
de rocas o labranzas del vecino,
no con pequeños riesgos de la vida.
Anejos a su grande desatino,
otras algunas veces dan de día,
pero no siempre bien les sucedía.

El más que miserable Villa-Fuerte
reconocía ya sus desconciertos,
porque peregrinando desta suerte
por los indios habían de ser muertos:
promételes también infame muerte
volver a Santa Marta y a sus puertos,

y habían ya de los soldados buenos
los indios hecho tres o cuatro menos,

en algunas refriegas bien reñidas:
pero dejallos hemos por agora,
a causa de volvernlos al Bastidas,
que por la mala cura no mejora;
antes le dicen que con más heridas
ha de dar cabo dél gente traidora,
los cuales esperaban coyuntura
metidos en el monte y espesura.

Y que no sanará como no haya
cirujano que sea suficiente;
y así le dicen todos que se vaya
y salga de una tierra tan doliente,
pues que tiene navíos en la playa,
sin faltalle recado conviniente,
y un Alonso Miguel, diestro piloto,
el cual con todos era deste voto.

Al fin en general todo su bando
en este parecer malo consiente,
y Palomino, más duro que blando,
también le persuade grandemente,
a trueco de quedarse con el mando
por estar ya nombrado por teniente:
quel ambición convierte muchas veces
las loables costumbres en soeces.

Y ansí quieren decir que Palomino
al Alonso Miguel le dio cohecho,
a fin de que torciese su camino
y a la Española no fuese derecho:
y no fue la sospecha desatino,
según se vido claro por lo hecho,
pues para ser patente su concierto,
en la isla de Cuba tomó puerto.

Donde Gonzalo de Guzmán tenía
gobierno por Colón, el almirante,
y entrel Bastidas y el Guzmán había
enojos y rencor no bien sonante,
por ocasión de cierta niñería
usada por Bastidas poco ante;
y para que se sepa la querella,
quiero decir aquí la causa della.

En aquella sazón y tiempo, cuando
el Bastidas tomó las posesiones
de su gobernación y de su mando,
parece ser que fue por los ancones
un Gonzalo de Vides rescatando
esclavos, oro, mantas y otros dones
por parte del Guzmán, que dio navío,
rescate, armas, tiros y atavío.

Bastidas, sin mirar por quién venía,
quebró del amistad el noble gonce,

tomando los rescates que traía,
armas y dos o tres versos de bronce:
demás desto prendió la compañía
y al dicho Vides y un Antonio Ponce,
de que Guzmán estaba muy corrido,
y más por ser amigo conocido.

Pero como lo vio de tal manera,
condoliéndose del suceso malo,
lo recibió con voluntad sincera
y en su casa le hizo gran regalo;
el Bastidas buscó posada fuera,
rindiéndole las gracias al Gonzalo
de Guzmán, por la gran magnificencia,
y él se curó con suma diligencia.

Mas como por malicia de los guías
aquel viaje fue de mucha dura,
las medicinas fueron tan baldías,
que por ninguna vía tuvo cura;
y así, después de diez o doce días
le dieron honorosa sepultura;
en la Española tuvo mucha mano
con obras de católico cristiano.

Según los que más saben deste cuento,
fue principio y origen de sus males
no consentir hacer mal tractamiento
ni robos en aquellos naturales;

honró Guzmán aquel enterramiento
con otros muchos hombres principales;
y encima de la losa por él puesta
dejaron una letra, que fue esta:

*Hic tumulus condit Bastidæ saucia membra
quæ fixit gladio nuper acerba manus.
Ipse quia dives virtute et robore prestans,
dux Sanctæ Martæ primus in orbe fuit.*

Aquí hace su manida
donde Rodrigo de Bastidas
que con crüeles heridas
acabó la dulce vida.

Tuvo pujanza y valor,
de riquezas copia harta,
y así fue gobernador
primero de Santa Marta.

Pues dio Bastidas fin a su camino
por poca lealtad de su compañía,
bueno será volver a Palomino,
el cual con su valor y buena maña
hizo de paz a Gaira y al Dorsino,
y el confin de la costa que el mar baña,
a Concha y a Nenguanje, Chengue, Cinto,
y a Gairaca con otros que no pinto.

El bárbaro su gente le sustenta
bastantísimamente de comida;
a todos los anima y los alienta,
y a su provecho y honra los convida:

toda la gente tiene tan contenta
que cada cual porná por él la vida,
y para más aumento de su fama
con los indios de paz los otros llama.

A los que vienen érales guardada
la paz y el amistad no sin recatos;
a los rebeldes daba trasnochada
aunque se padeciesen malos ratos,
tomando la más gente descuidada
de tales sobresaltos y rebatos;
tuvo para sus guerras y sus lides
dos grandes y admirables adalides.

Un Fernán Váez y un Fernán Bermejo,
soldados que hicieron grandes hechos,
muy diestros en sacar un rastro viejo
por las selvas ocultas y desechos,
sagaces en astucias y en consejo,
por extremo sutiles en asechos,
puestos con arcos, flechas y plumajes,
posturas y meneos de salvajes.

Llegaban con obscuro desta suerte
al pueblo que tomar se pretendía,
tácitamente porque no dispierte
el morador incauto si dormía:
acechaban del pueblo lo mas fuerte,
cuántas casas, y cómo las tenía,

volvían por su gente hecho esto,
y a cada capitán daban su puesto.

La gente dividida y ordenada,
cuando la dama de Titón venía
hacen señal, y dan el alborada
sobre la descuidada compañía:
ensangrientan la lanza y el espada
si la contraria parte resistía;
mas siempre por allí menester era,
por ser gente de suyo muy guerrera.

Encima de un caballo Palomino,
el cual tenía tal conocimiento
que ya no parecía de rocino
sino de racional entendimiento,
corría por el áspero camino,
como si fuera hijo de algún viento,
de noche tacitísimo su huella,
sin ruido, relincho ni resuello.

El rocín Matamoros se decía,
del Palomino más que rica prenda,
pues por instinto natural hacía
lo que pide razón en la contienda,
y a las necesidades acudía
sin meneo de espuela ni de rienda:
tordillo fue no grande, más bien hecho
desde la baja cola hasta el pecho.

Puso los indios en tan gran cuidado
con las insignes suertes que hacía
que muchos lo tenían retratado
de bulto de la suerte que venía
encima del caballo, bien armado,
con el adarga y lanza que blandía,
y cantidad de indios a los lados
del riguroso yerro traspasados.

Hizo venir al yugo los de Zaca,
abatió la soberbia Chairama,
quebró las fuerzas de Mamalazaca
y las ínmites gentes de Irotama:
por las riberas verdes de Guachaca
tiemblan grandes caciques de su fama;
temen los moradores en Origua,
y no fal tan temores en Bondigua.

Subyectó muchos otros deste modo
soberbios, ferocísimos y bravos;
temblaba dél aquel terreno todo,
que en guerra no supieron ser ignavos:
todos el oro ya traen a rodo
y muy crecido número de esclavos,
que llevan a las islas los navíos
para traer comidas y atavíos.

Y como ya bullía la moneda,
veríades mil damas y galanes

con ropas costosísimas de seda,
granas, veinte y cuatrenes, perpiñanes:
no se halla soldado que no pueda
comprar ricas holandas y rüanes,
pues antes la coleta y el anjeo
solía ser el principal arreo.

Aunque venían ya de a la redonda
indios de paz con joyas y presentes,
la gran ferocidad de los de Bonda
huye del amistad de nuestras gentes,
donde todas las noches hacen ronda,
asegurando los inconvenientes
que habían padecido sus vecinos
por no velar entradas y caminos.

Diciendo, que las tales amistades
traían mayor daño que provecho;
y ansí hablaban mil bravosidades
vaciando por la boca lo del pecho:
mas no fueron tan faltas de verdades
que no las confirmasen con el hecho,
como podrían ser testigos ciertos
gran muchedumbre de españoles muertos.

Pensando pues tomallos de improviso,
quebrantar su furor y castigallos,
el valeroso Palomino quiso
con el nocturno velo salteallos:

mandó con gran secreto dar aviso
a los peones y a los de caballos;
Fernán Bermejo fue como solía
adelante de todos por espía.

Tiene Bonda zavanoas ampliadas
que cercan el compás de su frontera,
pero para llegar a sus moradas
habían de subir por escalera
de losas bien compuestas y fijadas,
según que muestra la presente era:
subir no puede quien caballo trajo,
y así siempre se quedan en lo bajo.

Subió Bermejo con el apariencia
de indio por lugares encubiertos:
el sitio mira con el advertencia
que suelen adalides muy espertos;
mas aunque tuvo suma diligencia,
no pudo ver las velas de los puertos,
bajó donde quedaban de presente,
y llevó los peones desta gente.

Acaso vieron encendida mecha
indios que velan en un altozano,
y teniendo por cierta la sospecha
en que debía ser algún cristiano,
apuntan a la lumbre con la flecha,
clavándole la mecha con la mano;

y como se quejó, sienten ruido,
y así dieron gran grita y alarido.

Sale luego la gente que dormía,
no sin algún temor de tal asalto;
por una y otra parte se tendía
ocupando de pasos lo más alto:
vuela la venenosa flechería,
de que ninguno dellos iba falto;
tantas descienden y con tanta priesa
como gotas de lluvia muy espesa.

El español al fin se desatenta
viendo la muchedumbre que acomete,
y nadie dellos tiene por afrenta
revolver en demanda del jinete:
hirieron del primer encuentro treinta,
de los cuales murieron veinte y siete:
suenan escudos y armas de peones,
que van rodando por los escalones.

Bien como las ovejas caminando
por alta y asperísima ladera,
que del mejor camino resbalando
aquella que llevó la delantera,
todas ellas se van precipitando
por do se precipita la primera,
sin advertir ninguna del rebaño
ser su camino para mayor daño.

Ansí los españoles, revolviendo
tras las pisadas del que fue primero,
unos sobre los otros van cayendo
rodando por aquel despeñadero.
Sonaba de bocinas gran estruendo
por todas partes del compás frontero;
ansimismo se hunden los altores
con el ruido de sus atambores.

Huyen pues los heridos y los sanos
por escaparse de que no los hieran,
persiguiéndolos bárbaros villanos
con intenciones de que todos mueran;
hasta que ya bajaron a los llanos
donde los de caballo los esperan,
los cuales les salieron al camino
y el águila con voz de Palomino.

Ya planetas y signos celestiales
perdían resplandores de sus lumbres,
por se manifestar rayos febles
dorando las alturas de las cumbres,
y la solicitud de los mortales
repetía sus usos y costumbres
en tal manera, que cualquiera vía
el bien o el mal de dónde le venía.

Y a este tiempo bárbaros lozanos
seguían con grandísima pujanza

el escuadrón por lo tomar a manos,
con sed insaciable de venganza;
pero como bajaron a los llanos,
el Palomino meneó la lanza
vertiendo por aquellos escuadrones
sangre de los humanos corazones.

Y como nunca vieron otro tanto,
sino tan solamente por la fama,
cayó sobre los indios tal espanto
que el fuego de los mas perdió la llama,
y de la mayor fuerza por un canto
gran parte con temores se derrama,
causándoles confuso desatino
la priesa y el valor de Palomino.

Bien como plumas en lugar exento
por ocasión alguna recogidas,
que las saltea repentino viento
con furias en sus soplos estendidas,
derramándose todas al momento
por diferentes partes estendidas;
o ya como montón de seca hoja
que vuela sin haber quién la recoja.

De todos los que tienen llana tierra
se hizo division desta manera,
huyendo las borrascas de la guerra
y aquel atropellar de bestia fiera,

unos por los peñoles de la sierra,
otros por el andén del escalera,
quedando sin espíritu de vida
no poca gente por allí tendida.

Recogió Palomino sus soldados,
así los sanos como los heridos,
los cuales según lances atrasados
deste quedaron todos muy corridos:
a Santa Marta van encaminados,
donde con lloro fueron recibidos,
porque de conocidos por ser buenos
quedaron luego veinte y siete menos.

Dejemos estas cosas desta suerte,
y demos fin a los del mal intento,
porque Porras con Joan de Villa-Fuerte
tuvo palabras de desabrimiento,
y por faltar allí quien los concierte,
hicieron division y apartamiento:
la demás gente cada cual seguía
la parte que mejor le parecía.

El Porras se fue acia la Ramada,
al otro pareció que le convino
hacer a Santa Marta su jornada
por ver en qué paró su desatino:
entró siendo la noche ya cerrada,
pero tuvo noticia Palomino,

y dióse tan buen cobro con su gente
que prendieron al dicho delincuente.

Y a causa de poder hacer ausencia,
por no tener en tierra buen avío,
luego con la posible diligencia
le dio segura cárcel un navío,
que para ir a la real audiencia
de Santa Marta hizo su desvío;
y después hecho cuartos tuvo muerte
el miserable Juan de Villa-Fuerte.

Paga de su maldad y su locura,
que de tal romería tal venera;
y en aquella sazón y coyuntura,
que fue del español dichosa era,
un caso sucedió de gran ventura
si para su remedio le valiera,
pero no mereció su maleficio
gozar de tan insigne beneficio.

Entonces pues nació rey soberano
de las generosísimas entrañas
de la hija del gran rey lusitano,
mujer del que fue suma de hazañas,
y el heredero fue Filipo Magno,
hoy rey universal de las Españas,
por cuyo nacimiento malhechores
alcanzaron perdón de sus errores.

Vistas las alegrías y perdones,
procuró luego Juan de Villa-Fuerte
aprovechase destas ocasiones
para poder librarse de la muerte;
mas importunidad y exclamaciones
de los Bastidas fueron de tal suerte,
que los doctos señores del audiencia
mandan llevar al cabo su sentencia.

Pedro de Porras y Martín de Roa
con otra gente desta camarada,
de ceiba hacen una gran canoa
en la costa que dicen la Ramada:
entran los navegantes, y la proa
para Santo Domingo fue guiada;
van, por huir de muerte merecida,
en grandísimo riesgo de la vida.

El mar en gran aprieto los ponía,
combátelos el inconstante viento;
mas con fuerza de brazos y porfia
pudieron todos ir en salvamento:
quizá nuestro Señor lo permitía
para morir con más conocimiento.
Libres pues de las aguas de Neptuno
procuró su remedio cada uno.

Por ingenios y hatos de ganado
cada cual de por sí va divertido,

y el Porras por ser hombre señalado
fue de cierto vaquero conocido;
sábenlo los señores del senado,
y fue por los Bastidas perseguido:
en efecto, según el justo fuero,
pasó por do pasó su compañero.

Otras cosas que sean sustanciales
memoria cierta no me representa,
porque muertos aquestos principales
de los demás hicieron poca cuenta;
y así quiero volver a los anales
de Palomino, que valor aumenta,
pues para sus designos tuvo ronda
y se vengó muy bien de los de Bonda.

Domeñó la cerviz y duro cuerno
de la mayor pujanza de la sierra;
ningún rigor jamás lo halló tierno
de cuantos ofreció la dura guerra:
un año duraría su gobierno;
y para lo tener en esta tierra
envió con probanza copiosa
al tesorero Pedro de Espinosa.

Llegó con sus poderes en España
pidió lo que su parte pretendía,
gastó dineros, dióse buena maña,
pero su diligencia fue baldía;

pues al mayor pastor desta cabaña
este dicho gobierno se pedía
para García de Lerma, varón lleno
de lo que puede merecer un bueno.

Mas cierta nao para tomar puerto
a Santa Marta fue vía derecha,
y al Palomino dijo por muy cierto
habelle sido ya la merced hecha:
no recibió las nuevas hombre muerto,
sino quien ocasiones aprovecha
creyendo las novelas del navío,
y ansí mostró mayor valor y brío.

Entonces ansímismo por ausencia
del muerto, procurando de suplillo,
los señores de la real audiencia
determinaron de nombrar caudillo,
y por tener en cargos esperiencia
enviaron a Pedro de Vadillo,
primo del oidor que residía
en aquella real chancillería.

A Santa Marta fue con tres navíos,
ciento y ochenta buenos compañeros,
adonde si llevaba buenos bríos
no creo que halló menos aceros,
pues hubo repiquetes y desvíos:
y cierto, si no fuera por terceros

tales que perturbaron el intento,
vinieran en muy grande rompimiento.

Porque con tanta furia se destierra
Rodrigo Palomino de razones,
que nadie consintió saltar en tierra,
menos quiso cumplir las provisiones
y en la playa se puso para guerra
cargando tiros y otras municiones,
con gran solicitud y vigilancia,
sin desarmarse mínima distancia.

Algunos de los de su compañía
usaban en el caso tracto doble,
y al Fernán Vaez, con quien él había
tenido siempre término muy noble,
porque supo que todo lo movía,
lo hizo suspender en verde roble,
luego con hierro líquido redondo
tentó meter las naos en el fondo.

Pero Vadillo viendo tal embargo
y aquellas muestras de varón insano,
hacerse con sus naos a lo largo
le parecía ser consejo sano;
y así con los que vienen a su cargo
a Concha se pasó, puerto cercano,
adonde para buena o mala suerte
en tierra y en la mar se hizo fuerte.

Sabido dónde estaban rancheados,
el Palomino fue para buscarlos
con doscientos destrísimos soldados,
los treinta y cinco dellos en caballos,
con armas de algodón encubertados,
personas que sabían meneallos;
y los demás que no calzan espuelas
llevaban sus espadas y rodelas.

La voluntad de todos era harta
de se probar en este rompimiento;
pero cuando salió de Santa Marta,
deseando ponelles más aliento,
el dicho Palomino los aparta
para hacelles un razonamiento,
fuera del pueblo ya la gente presta,
y la substancia dél dicen ser esta:

«Señores, nunca hizo mano blanda
buenos lances en bélica porfía,
y aquesta pretensión y esta demanda,
que quiero llamar vuestra más que mía,
es porque sepa la contraria banda
que no tenemos menos osadía:
y pues que por vos va correa y cueros
conviene que pongáis por defenderos.

«Porque si los que veis son poseores
de provincias y pueblos conquistados,

siervos seréis adonde sois señores,
y do podéis mandar seréis mandados:
los que vienen serán antecesores,
y vosotros seréis preposterados,
porque con tal promesa hacen cebo
los que traen algún gobierno nuevo.

«Y si quererme bien también os mueve
por respetos que buenos engrandecen,
a mi gran voluntad mucho se debe
y mis obras que todo lo merecen;
pues que no faltará con quien compruebe
ser más que las palabras os ofrecen,
do hallaréis pospuesto mi contento
a vuestro gozo y aprovechamiento.

«Nunca me vistes triste ni severo,
nunca supe tener mala crianza;
en los trabajos fui buen compañero,
en riesgo la primera fue mi lanza:
si os quisistes valer de mi dinero,
ninguno tuvo vana confianza;
pues según mis deseos y mis mañas
quisiera daros hasta mis entrañas.

«Quien estos beneficios considera
con la sinceridad que se requiere,
debe, si su amistad es verdadera,
no rehusar morir do yo muriere:

cuanto más que no tiene mi bandera
hombre que de victoria desespere,
pues con dificultad son rebatidos
los que nunca supieron ser vencidos.

«Huya temor de los ocultos senos,
pues vais contra cuadrilla mal compuesta:
nosotros somos más, ellos son menos
y fatigados de la mar molesta;
ellos enfermos, y nosotros buenos,
y tenemos las piedras y la cuesta;
ellos un escuadrón flojo, confuso,
nosotros en la guerra mayor uso.

«Y pues en los recuentros que he tenido
todos en general fuerdes cabales,
en el presente solamente pido
que me seáis fieles y leales:
el gobierno me está ya proveído,
según dicen personas principales;
si viniere, tendréis ilustre pago,
y cada cual verá lo que yo hago».

Como por estos españoles fuesen
palabras semejantes entendidas,
respóndele que no se detuviesen,
porque todos pornán por él las vidas,
y setecientas vidas que tuviesen,
pues serían por él muy bien perdidas;

y ansí luego se fueron acercando
do los otros estaban esperando.

Puestos en el lugar que se refiere,
por una parte mar, por otra sierra,
al Pedro de Vadillo se requiere
procure de dejar luego la tierra,
y que si pone dientes y no quiere,
apareje las manos a la guerra;
pues en el día que presente era
había de quedar o dentro o fuera.

Diciendo Palomino ser teniente,
nombrado por Rodrigo de Bastidas;
Vadillo les responde claramente
ser tales tiranías conocidas,
y que no piensa de volver la frente
a fanfarronerías ni heridas:
antes dice que rijan el alarde,
pues para comenzar era ya tarde.

Viendo tan sin razón y tan contrario
al dicho Palomino con Vadillo,
y ser aquel un caso temerario,
procuran por mil vías impedillo
un fray Joan Pérez, fraile mercenario,
y un muy honrado clérigo Castillo:
corren entrambas partes por los puertos
tractándolos de medios y conciertos.

Hubo tan eficaces persuasiones
y tan sagaces importunidades,
que compelieron a los dos varones
a los efectos destas amistades
debajo de honorosas condiciones,
y fueron estas las conformidades:
que mandasen entrambos juntamente
hasta venir recado más patente.

Los dos gobernadores se abrazaron,
hecha solemnidad de juramento;
oyeron misa, y ambos comulgaron,
parten la hostia deste sacramento:
unos y otros se regocijaron
al parecer, sin otro mal intento,
mas ninguno vivía descuidado
y uno de otro siempre recatado.

Y el vulgo muchas cosas sospechaba
que por ventura fueron vanidades,
viendo que cada uno procuraba
ganar las principales voluntades;
y atrás en este caso se quedaba
Vadillo, por faltar las cualidades
de liberalidad, que es alcahueta
con que la gente mucho se subyeta.

El Palomino muy más compañero,
más liberal, más mozo, más afable,

en todos los peligros el primero,
sin se le conocer vicio notable:
Vadillo ya mayor y más artero,
y en su conversación menos tractable,
para hacer mercedes duro seno,
antes lo proveía de lo ajeno.

Vadillo por tener mayor pericia
en aquello que ley civil encierra,
guiaba los negocios de justicia;
y porque de los negocios de la tierra
Palomino tenía mas noticia,
tractaba los negocios de la guerra:
trabajo también Vadillo por teniente
hombre no menos sabio que valiente.

Que mucho con su buen seso remedia
en lo que ve confuso y alterado:
aqueste se llamó Pedro de Heredia,
siempre valerosísimo soldado:
adelante diré de su tragedia,
y cómo fue después adelantado
de Cartagena, do si tengo vida
le daremos historia más cumplida.

Siendo los dos que digo pretendientes
de salir cada cual con sus intentos,
tenían ya buen número de gentes,
que con deseo de descubrimientos

de partes y lugares diferentes
se recogieron más de setecientos;
y así con muchos dellos Palomino
hizo para la ciénaga camino.

Cuyos términos son al mediodía
la costa abajo acia Cartagena,
recodo de crecida pesquería
cerca del río de la Magdalena,
y de tan gran valor la granjería
que al morador le da la bolsa llena;
y el compás que la ciénaga rodea
contiene mucha gente de pelea.

Posigueyca la cerca por un canto,
provincia que contiene gran altura,
de nuestros españoles tal espanto,
que nunca se vengó la sepultura
de los que solemniza tierno llanto,
muertos a manos desta gente dura;
y es hasta hoy allí cosa notoria
que ningún español cantó victoria.

Llegada pues la gente y estandarte
de los cristianos al ancón que digo,
tomaron indios la contraria parte
do no pudo pasar el enemigo:
los nuestros los llamaron de buen arte,
mas ellos amenazan con castigo,

tirando flechas y haciendo fieros
y aun hirieron algunos compañeros.

Por pelear los indios con desvío,
viose desesperado Palomino,
y porque carecía de navío
para hacer por agua su camino:
con el orgullo grande de su brío
a tal furor y a tal demencia vino,
que encima del caballo bien armado
intentó solo de pasar a nado.

Y así por lo fondable fue nadando
en Matamoros su caballo bueno,
que va saladas ondas apartando
como veloz delfín en ancho seno;
mas como lo más fondo fue faltando,
detiénele los pies limoso cieno,
sin que su gran vigor fuese bastante
para poder pasar más adelante.

Como los indios vieren deste modo
al valido rocín y a quien lo guía,
y que de las primeras deste lodo
ir atrás ni adelante no podía,
con grita que se hunde el valle todo
descargan increíble flechería
en el caballo y en el caballero,
bien así como suelen en terrero.

Nunca para matar a bestia fiera
con armas se juntaron tantas manos;
no tantas puyas echa talanquera
a toro rodeado de villanos;
no viendo levantó de la ribera
del arena menuda tantos granos:
cuantas flechas venían con veneno
contra los detenidos en el cieno.

Aunque ya traspasados los ijares,
el buen caballo sin perder aliento
forcejó por salir de los lugares
que causaron tan grave detrimento,
y vuelve por lo fondo destos mares
a poner su señor en salvamiento;
e ya llega dos a seguro puerto,
el ilustre caballo cayó muerto.

Fue muy grande al lástima que hizo
en ser tan sin remedio la fortuna,
aunque primera mente satisfizo
al amo que sacó de la laguna;
cuyo cuerpo de flechas un herizo
salió también, sin lo herir alguna,
ni jamás a su cuerpo dio herida
recuento ni batalla muy rompida,

con ser en los peligros el primero
y en osadía más aventajado,

y herir uno y otro compañero
conjuntos y pegados a su lado,
aunque los otros fuesen con acero
cubiertos y él el cuerpo desarmado:
lo cual a gente sabia y a sencilla
no causaba pequeña maravilla.

En no le penetrar flechas sutiles
había sido su ventura tanta,
que si confabularon hoy gentiles
como los que la musa vieja canta,
también dijieran ser según Aquiles,
que no podía sino por la planta
recibir detrimento ni herida
que pudiese privallo de la vida.

Viendo pues la malicia destes senos,
y cómo de los indios los aparta
agua de ríos, mar y muchos cienos,
el Palomino con congoja harta,
con seis heridos y el caballo menos,
determinó volver a Santa Marta,
donde le dio Vadillo ya venido
el pésame del daño recibido.

Quisiera revolver incontinente
con gente de pertrechos reformada:
dio parecer Vadillo diferente
diciendo ser mejor hacer jornada

donde fuesen entrambos juntamente,
la costa arriba acia la Ramada;
pues antigua noticia les publica
ser grande población y gente rica.

Aquel es un compás de tierras llanas,
de largo veinte leguas, y de anchura
no menos, a las sierras comarcanas,
aunque por partes hay más angostura:
contiene grandes montes y zavanoas,
y es tierra de grandísima cultura,
entre el mar y sierras de Herrera
y el río de la Hacha por frontera.

De pueblos do la mar está cercana,
algunos será justo que declare:
dos Guaymaros, Debuya, Coriana,
Tapí, Paraguanil, Biriburare,
Caborder, Macoir, Proceliana,
Maracarote, Ormio, Caraubare,
con otros infinitos separados,
que callo por no ser tan señalados.

Poblaciones cercanas a los ríos,
con sus calles bien puestas y ordenadas
fuertes y potentísimos buhíos,
y las puertas grandísimas ramadas
para gozar del fresco de los fríos
vientos, en las calores destempladas;

y por ser general aqueste uso
el nombre de Ramada se le puso.

Y a causa de cortar con gran trabajo
con hachuelas de piedra la madera,
el árbol escavaban a buen tajo,
e ya teniendo las raíces fuera,
lo hincaban, arriba las raíces.
Tiraban y arracábanlo de cuajo,
antes de tener hacha forastera;
y el tronco limpio ya de sus cervices,

puestos así por orden admirable,
para siempre, según que se presume,
por ser esta madera tan durable
que sólo vivo fuego la consume,
en dulces ríos y en la mar fondable
tan grave peso tiene que se sume,
y los que cortan hoy viejo madero
trescientas veces mellan el acero.

Es esto que decimos hoy visible
a quien asientos viejos ver procura;
cuya madera es incorruptible,
pues mucha hasta nuestro tiempo dura
y no ternía yo por imposible
ser antiquísima su compostura:
y en lo futuro puede ser testigo
si no le toca fuego como digo.

Si la madera vieja ves cortando
con segurón o hacha castellana,
un sutil polvo verde va volando
que toca la persona más cercana,
y la camisa del que está sudando
la pone de color de fina grana;
y es este colorado tan perfecto
que no hará Brasil tan buen efecto.

Antes de sus desdichas y desmanes,
solían poseer aqueste suelo
los indios tairos y guanebucanes,
por otro nombre del Calabazuelo:
los tairos son vestidos y galanes;
los otros han por bien andar en pelo,
solamente la parte vergonzosa
con oro cubren con otra cosa.

En un calabazuelo comúnmente;
y estos señoreaban más la tierra
y los vestidos tairos eran gente
que procedía de los de la sierra;
mas puesto que de casta diferente
nunca jamás entrellos hubo guerra,
llamamos tairos a los de Tairona
y tierras que confinan con Marona.

Son los guanebucanes bien dispuestos,
y ansimismo las hembras bien dispuestas,

y si los hombres andan deshonestos,
no menos las mujeres deshonestas:
los tairos con sus mantas van compuestos,
las tairas bien cubiertas y compuestas;
mas la gente desnuda poseía
mejor dispusición y gallardía.

Gente de gran valor y valentía,
graciosa, de sinceras voluntades,
liberal en partir lo que tenía,
debajo de ser buenas amistades,
cada cual parte destas poseía
de oro no pequeñas cantidades
innumerables joyas y chagualas
para sus ornamentos y sus galas.

No parecían mal los blancos dientes
y el torcido mirar con ojos bellos
de las desnudas ninfas destas gentes,
y las peinadas crenchas de cabellos,
con las preseas ricas que pendientes
van de nariz, orejas y de cuellos,
muñecas y molledos rodeados
de brazaletes de oro mal labrados.

A fama de nación tan opulenta,
el Pedro de Vadillo y Palomino
recogieron trescientos y cincuenta
soldados, y el pertrecho que convino:

serían de caballo los setenta;
con los cuales se ponen en camino,
el Vadillo salió primeramente,
y con él cuasi que toda la gente.

El otro con algunos del armada
quedóse ciertas cosas ordenando;
el Vadillo prosigue la jornada
con paz y con amor acaudillando:
asentó su real en la Ramada
por puntos y momentos esperando;
el Palomino fue por alcanzallo
con solos diez o doce de caballo.

A los cuales él dio muy buen avío;
y sin que cosa turbe su persona
a Guachaca pasaron y al gran río
que sale de los valles de Tairona,
el paso suben áspero, sombrío,
que hacen las montañas de Marona;
ven, al bajar, un río de quien siento
ser menester pasallo con gran tiento.

Mis ojos pueden ser buenos jueces,
pues lo pasaron sin ninguna guía,
no una sola, pero muchas veces,
y aun solo sin ninguna compañía,
e ya me vi revuelto con las heces
y lama que la mala playa cría;

escapéme también de tigre fiera
por llevar buen caballo de carrera.

Perplejo pues cualquiera caballero
de los que van con él en seguimiento,
el Palomino quiso ser primero
y entró, no sin algún detenimiento
de su caballo de color overo,
que visto no pasar con buen aliento
volvió, no viendo cosa que le cuadre,
diciendo: «Ya no pare más mi madre».

Pero vista la poca diligencia
que para lo tentar muestra su gente,
faltó con el orgullo la paciencia,
y entró segunda vez en la corriente,
no sé con qué rigor o violencia
el buen overo trastornó la frente:
caballo solo ven volver al puerto,
y el amo nunca más vivo ni muerto.

Van todos en aquel mismo momento
a lo favorecer si parecía,
a todas partes cada cual atento,
mas por ninguna dellas respondía:
conocieron su mal acabamiento
y ser aquel su postrimero día:
revientan corazones de tristura
llorando tan acerba desventura.

No voz hercúlea por el alto cielo,
ni grito por los aires esparcido,
sonó tanto, llamando su mozuelo
Hylas, en fondas aguas sumergido,
cuanto sonó la voz y desconsuelo
de los que lo llamaban sin sentido,
pues con ser una cosa tan creíble
no podían creer fuese posible.

De Hylas cuentan las antigüedades,
según tienen poetas por estilo,
que dél enamoradas las Nayades
lo recogieron en profundo silo:
de Palomino son ciertas verdades
sumergillo caimán o cocodrilo,
pues por los ríos desta circunstancia
hay destas bestias fieras abundancia.

Y todos los que corren allí juntos,
al caminante hacen ir confuso
con tantos; mas volviéndonos al punto
del íntimo dolor dicho de suso,
desde entonces el nombre del difunto
al sobre dicho río se le puso,
y con aqueste son y nombradía
vemos que permanece todavía.

No viendo pues remedio de la falta
que hizo capitán tan señalado,

tomó la mano Sancho de Peralta
para buscar el paso comenzado:
y más arriba por la parte alta
hallaron todos ellos muy buen vado,
y así llegó la gente sin caudillo
adonde estaba Pedro de Vadillo.

El cual supo la nueva desta gente,
cuyos ojos venían no sin jugo;
mostró pesalle della grandemente,
y maliciosos dicen que le plugo:
luego miró con más rugosa frente
y procuró poner más grave yugo:
dicen llevar en estas ocasiones
el Palomino malas intenciones.

Y aun yo creo correr a las iguales
en intenciones de la paz ajenas,
porque si el uno las llevaba malas,
el otro las tenía no muy buenas;
pero favoreció la diosa Palas
a aquel que merecía menos penas,
pues en los medios y concierto hecho
el Vadillo perdió de su derecho.

Por todos los soldados se comprueba
su cargo, sin poner escusaciones,
porque Vadillo del poder que lleva
notificó de nuevo provisiones;

y a Santa Marta se llevó la nueva,
que fue causa de grandes turbaciones,
mayormeme sabiendo su vecino
la muerte de Rodrigo Palomino.

Pues no sin confusión y gran espanto
se divulgan las nuevas al momento:
comienza luego doloroso llanto
y un caos sin ningún orden ni tiento,
y así la viril capa como manto
manifestaban tierno sentimiento;
todos lamentan, cada cual se duele,
sin haber de por medio quien consuele.

En blanquísimos pechos hay destrozo;
despedazábanse rubios cabellos;
dolor quita la toca y el rebozo
que suelen encubrir cándidos cuellos,
como si de la vida de aquel mozo
pendiera la salud de todos ellos:
y así con mil renombres que le daban
el padre de la patria le llamaban.

Flojos un poco los extremos tales,
y el pueblo de su llanto más quieto,
determinaron hombres principales.
Reducidos a término discreto,
de le hacer honrosos funerales,
los cuales se pusieron en efeto:

sácense lutos, hacése gran gasto
para pompa cabal y mayor fasto.

Luego se congregó la clerecía
para solemnizar estos oficios;
acude soldadesca compañía
con tristes ceremonias y ejercicios:
que del difunto cada cual había
recibido muy grandes beneficios;
y ansí chico ni grande desta gente
dejó de se hallar allí presente.

Endurecido pecho se quebranta
llorando tan acerba desventura;
la música y el canto que se canta
también representaba gran tristura;
túmulo generoso se levanta,
y no sin curiosa compostura,
en torno dél retratos de la muerte
y letra que decía desta suerte:

*Non Palominus habet tumultum quo morte quiescat.
Ast dignus magni laudibus ingenii:
Nam si cuncta satis quæ fecit gesta canuntur,
hispanos inter grandis et esse potest.*

No reposa Palomino en sepultura notoria, mas cierto fue varón dino que levante su memoria algún ingenio divino:	porque las cosas estrañas de sus hechos y hazañas, dichas en particular, bien pueden tener lugar con buenos de las Españas.
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Pues ya precipitó la falsa rueda
la fuerza de virtud tan señalada,
volvamos a Vadillo donde queda
robando y asolando la Ramada,
donde sacó gran suma de moneda,
y más adentro fue con el armada,
pues con guía que tuvo conviniente
en el valle de Upar metió su gente.

Reposaron las gentes castellanas,
por hallar abundantes las comidas,
campos muy estendidos y zavanas
de venados y puercos proveídas,
y ríos de las sierras comarcanas,
con aguas en color esclarecidas,
y todos estos ríos abastados
de grandes diferencias de pescados.

Tierra no de calores ni de frío
que con esceso no podáis sufrillo:
asentó ranchos luego par del río
que de su nombre se llamó Vadillo;

y de Fernán Bermejo por su brío
fingióse ser grandísimo carillo,
aunque con él estaba muy mohíno
por ser siempre parcial a Palomino.

Este corrió las sierras y los llanos,
por ser gran adalid a maravilla,
prendió muchos caciques comarcanos
que dieron harto para la vajilla;
fue cebando Vadillo bien las manos
hasta llegar al río Carrancilla,
dicho Guataporí por otro nombre,
y el otro por morir allí tal hombre.

Corren bajos y altos de la sierra
prendiendo y rescatando muchos reyes:
muchos vienen de paz y hallan guerra
contra divinas y aun humanas leyes,
prosiguen adelante por la tierra
hasta venir a dar a Pacabueyes,
donde hallaron pueblos prepotentes,
hombres desnudos, pero ricas gentes.

Argollones y joyas muy mejores
en ley que las demás deste camino;
ansimismo tenían atambores
aforrados en hoja de oro fino,
grandes culturas, ricos labradores,
templos dicados al honor divino,

según su parecer y testimonio,
mas eran engañados del demonio.

Metió Vadillo pues hasta los codos
las manos, y los de su compañía
procuraban por los posibles modos
absconder cada cual lo que podía,
reconociendo dél que lo de todos
para sí solamente lo quería;
y ansí con su riqueza, que fue harta,
determinó volver a Santa Marta.

De los términos sale deste suelo,
debajo del ya dicho presupuesto,
y según se decía, con recelo
de que vernía con el cargo puesto
de Castilla gobernador novelo
que le pidiese larga cuenta desto:
y por irse con mando como vino
abrevió lo posible su camino.

Vio las ondas del mar con su cuadrilla,
habiendo recogido buena pella:
entraron todos pues en esta villa
después un año que salieron della.
Ocasiones buscaba de rencilla
Vadillo, sin tener justa querella,
y ansí quiso por el enojo viejo
poner prisiones a Fernán Bermejo,

el cual, certificado del intento,
al templo se retrajo bien armado,
engañado del falso pensamiento
y de muchos amigos confiado;
mas el Vadillo dio su mandamiento
para sacallo del lugar sagrado,
y ansí Pedro de Heredia su teniente
lo sacó convocando mucha gente.

Luego, sin aflojar el interese,
era Fernán Bermejo maltratado
con diversos tormentos, porque diese
todo lo que traía rancheado;
respóndele: «No tengo que confiese,
porque vos lo tenéis a buen recado,
yo os entregué cuanto me dio fortuna,
tomando para mí cosa ninguna».

Y no se contentó con desmembrallo,
sino que concibió peor motivo,
teniendo por mejor el acaballo
porque no hable, que dejallo vivo:
fueron pues los efectos ahorcallo,
rigor que pareció ser escesivo,
contra derecho y a razón contrario,
y más siendo varón tan necesario.

Contar sus desatinos y pasiones
sería trabajoso labirinto,

y a vueltas de cien mil murmuraciones,
que particularmente yo no pinto,
decían que hacía fundiciones
dentro de casa sin pagar el quinto;
murmuraban también los oficiales
a cuyo cargo son rentas reales.

El uno de los cuales fue Grajeda,
varón del hábito de Santiago,
al cual con los demás también enreda
con falsedades por le dar el pago,
y así pasó con otros por la rueda
de la garrucha dura sin halago,
sin valelle razón ni hidalguía,
ni el autoridad grande que tenía.

Otros muchos pagaron el escote,
según vi su crüel condición plugo,
con público pregón y con azote
librado de la mano del verdugo;
y hizo dar a dos o tres garrote,
otros huyeron del pesado yugo,
a lo menos aquel que fue contino
en fe y en amistad a Palomino.

Había ya venido por prelado
un fray Tomás Ortiz, dominicano,
docto varón y bien intencionado,
el cual viendo su término tirano

procuró por un orden moderado
Ille por todas vías a la mano,
diciéndole ser ya Lerma vecino,
porque los dos venían un camino.

Ya temeroso de su desconcierto,
por no ver ocupar otro su silla,
ante quien le pidiesen el gran tuerto
de los insultos hechos en la villa,
determinó salir del dicho puerto,
y así se fue la vuelta de Castilla,
dentro de pipas de agua su provecho,
por más disimular el hurto hecho.

Mas como se ganó con falsa maña,
por malas vías, por inicuo modo,
en las arenas gordas, en España,
aquel rico caudal se perdió todo
dentro de las riberas que el mar baña,
y el Vadillo quedó puesto del lodo
en otra carabela diferente,
do se escapeó de aquel inconveniente.

No le quedó caudal para que pueda
solapar su maldad y atrevimiento,
pues suele muchas veces la moneda
ser de delictos gran medicamento:
el comendador pues dicho Grajeda
luego partó tras él en seguimiento:

trájole la persona tan corrida
que con prisiones acabó la vida.

Aqueste fue su fin bien merecido,
y aun ayudáronle según entiendo,
y pues con él habemos concluido,
y Lerma llega ya con gran estruendo.
Quiero dejar pasar este rüido
de trompas que los aires van rompiendo:
notemos el entrada, y entre tanto
daremos orden al segundo canto.

▪ CANTO SEGUNDO

Donde se trata de la llegada de García de Lerma a Santa Marta, el gran fausto y pompa que trajo, con otras cosas dignas de escriptura.

No pocas veces hace harto daño
al que de nuevo viene por regente,
del modo del gobierno ser estraño
y querer regulallo por su frente
pudiendo libertarse del engaño
siendo su desengaño ya presente;
mas muchos destos hay tan obstinado
que no consienten ser desengañados.

Y a mí paréceme que menos yerra
quien reconoce tractos diferente
de los quél sabe, para paz o guerra,
si se va por do fueron otras gentes
que para gobernar aquella tierra
previnieron a los inconvenientes,
conociéndolos ya por esperiencia,
y rehuyendo dellos con prudencia.

Pues para que se hagan sufrideros
trabajos insufribles de pesados,
mas saben todavía los primeros.
Como hombres más rompidos y cursados;
y así suelen decir que los arteros
se hacen de los bien escarmentados,
y aun primero que hagan esta prueba
ha perecido harta gente nueva.

Al fin el uso hace gente diestra
y a los futuros trances advertida,
porque necesidad, como maestra,
aconseja que cada cual se mida
con el posible que la tierra muestra,
sin fausto que le haga dar caída:
que gran confusión es para los buenos
por se poner en más venir a menos.

Y así los capitanes atrasados,
aunque fueron primeros en el pasto,
vivían recogidos y atentados
en su casa, familia y en su gasto,
por no se ver después menoscabados;
pero Lerma traía tan gran fasto,
como si fueran infalibles cuentas
haberse prometido grandes rentas.

Cumplidos eran pues los tres quinientos
con otros veinte y ocho de la era,

cuando con sus soldados ochocientos
vido de Santa Marta la ribera:
todos traen costosos ornamentos,
bizarros y follones; salen fuera
calzas, jubones, varios en colores,
y cueros de grandísimos primores.

Los casados con capas y con sayos,
ricamente vestidas sus zagalas;
hacen reverberar solares rayos
los plumajes con pumas y otras galas;
orden luengo de pajes y lacayos,
mayordomos, trinchantes, maestresalas,
con todos los restantes oficiales
que tienen los señores principales.

Pensaban viejos, viejas, mozos, mozas,
ser población de ricos aposentos;
y como dan hechas ciertas rozas
que desmontaron para los asientos,
y en ellos poco más de treinta chozas
comunes a las aguas y a los vientos,
imaginaban ser más adelante
otro lugar que fuese muy pujante.

Mas como los remates y los dejos
de su viaje fueron de manera
que sin se divertir más a lo lejos
los hacen alojar en la ribera,

quedaron muy confusos y perplejos,
viendo que la ciudad aquello era,
do para descansar miembros humanos
han de hacer los ranchos por sus manos.

Luego Lerma saltó con sus gentiles
hombres y las personas más acetas,
con otras invenciones más sutiles,
más ricas, más costosas, más perfetas:
suenan altos y bajos ministriles,
húndese la ribera con trompetas:
un día de juicio parecía
a nuestra baquiana compañía.

Los cuales, como ven tanta devisa,
tantas y tan costosas invenciones,
estando los más dellos sin camisa,
y apenas camisetas y calzones,
no podían disimular la risa,
hablando con algunos chapetones,
y cuando baquianos se topaban,
cocando desta suerte murmuraban:

«¿Qué debe de comer aquel de sopas
que trae los carrillos tembladeros?».
Otro dice: «Descargarán las popas,
quedarán los navíos más lijeros».
Otro decía: «Para guardar ropas
han de servir de cajas los gargueros;

pues faltando ración del que gobierna
las han de rematar en la taberna.

«Gallardísimos van amos y pajes,
derechas y bien puestas las braguetas,
acabaránse los matalotajes,
el lujo de picheles y limetas,
veréis después caídos los plumajes,
callar las cherimías y trompetas,
pues para remojar el intestino
agua delgada servirá de vino.

«Vos veréis antes que la Pascua venga
mozos en cantidad y pajes horros,
porque los amos con la hambre lengua
irán a mariscar por esos morros,
y les dirán: Busca quién os mantenga,
que ya no es tiempo de criar cachorros,
ni mis dientes consienten decir *toma*,
si no que cada puta hile y coma».

Aqueste pasatiempo se tenía
entre personas necias y aun discretas
de los antiguos desta compañía,
gente de solamente camisetas;
y mucho más al tiempo que comía
Lerma con cherimías y trompetas,
riquísimo repuesto, muchas sillas
y ostentaciones grandes de vajillas.

Juzgaba por ventura que le toca
y le cumple lo tal en su comarca,
pues era gentil-hombre de la boca
del César, invictísimo monarca:
su hacienda gastó, que no fue poca,
sin reservar dineros en el arca,
no por lo ya sabido destas sierras,
sino con esperanza de otras tierras.

Por ser gobernación muy ampliada,
y aunque por asperezas insufrible,
esperaban que siendo más calada
la hallarían ser más apacible;
y así vino con él gente granada,
dejando sus haciendas y posible;
algunos nombraremos en la historia,
y agora los que diere la memoria.

Pedro de Lerma, mozo cuyo brío
de rayas igualaba la más alta,
Escobar, Villalobos y Berrío,
Juan de Montemayor, Muñoz, Peralta,
Fernando de la Feria, que yo fío
que para capitán no tuvo falta,
ansimismo Francisco de Arbolancha,
cuyo valor tampoco tuvo mancha.

Lorenzo de las Casas y el de Aldana,
que después en Pirú tuvo gran mano,

Céspedes y Fernando de Santana,
y Antón Santana, su menor hermano,
un Pedro de Sanlúcar, un Lizana,
Bueso, Juan de Ribera, Juan Toscano,
con otros valerosos, de los cuales
a tiempos nombraré los principales.

Entonces pues do quiera que se vaya
estaba toda la ribera llena:
el costoso jubón, la rica saya,
tendidos por descanso de su pena
de noche por aquella santa playa,
sirviendo de colchones el arena,
hasta que ya hicieron pobres ranchos,
no tampoco pulidos ni muy anchos.

Después que reposaron algún día,
faltó ración de castellanos trigos,
y luego se cumplió la profecía
que les pronosticaron los antiguos,
porque la gente toda perecía,
y andaban muchos pobres y mendigos,
tanto que muchos de los más gentiles
los vían abatir a cosas viles.

Reconociendo los inconvenientes
que nacían de las necesidades,
y cómo ya caían muchas gentes
con pesadísimas enfermedades,

dejando quien curase los dolientes,
que fueron no pequeñas cantidades,
determinó de visitar la tierra,
pues estaba de paz y no de guerra,

porque los bárbaros desta frontera,
con los ancones del compás marino
sustentaban la paz de la manera
que les mandó Rodrigo Palomino,
cuyo valor entre los indios era
tenido por no menos que divino;
y así Lerma quería por presencia
hacer ostentación de su potencia.

Pareciéndole bien estos intentos
a la gente que estaba descontenta,
aprestando guerreros ornamentos
cada cual a la lista se presenta:
juntáronse soldados cuatrocientos,
y fueron de caballo los ochenta;
con ellos y con gran fausto que saca
se fue Lerma la vuelta de Guachaca.

Allí llegó con orden diferente
de los pretéritos gobernadores,
cama de campo, silla de gran frente,
rica vajilla, muchos servidores;
con Betanzos, gran lengua desta gente,
llamaba los caciques y señores,

de los cuales algunos acudían,
y otros con un «no quiero» respondían.

Muchos dellos también hacían fieros,
y así Lerma por atemorizallos
envió cantidad de macheteros,
en cuyas manos no faltaban callos,
para hacer por ásperos oteros
camino por do fuesen los caballos,
que iban con grandísimos trabajos
sirviendo solamente de espantajos;

pues si supieran lo que de presente,
que reconocen bien usos y modos,
sin poder defendellos nuestra gente,
en ásperas quebradas y recodos
pudieran estos indios fácilmente
hacer que los perdieran allí todos,
porque la sierra es tan salebrosa
que no se vido semejante cosa.

Al fin se mandan ellos por escalas,
que desechadas con algún relance
todas las otras partes de muy malas,
siempre prometen peligroso trance,
y son bien menester ligeras alas
para dar a los indios un alcance,
que corren a su salvo por la cumbre
dando sin recebilla pesadumbre.

Y agora sin guerreros movimientos,
siendo gente de suyo muy sangrienta,
solamente quitaban alimentos,
sin perseguir la nuestra macilenta,
los cuales, según iban de hambrientos,
pudieran padecer mortal afrenta,
mas gran rüido va por los altores
de flautas, de cornetas y tambores.

Viendo la gente bárbara revuelta
y en grandes confusiones y alboroto,
por medio de la sierra dan la vuelta
en todo defraudados de su voto:
llegan caballos y la gente suelta
donde llaman allí valle de Coto,
seis leguas poco más de Santa Marta,
donde volvieron con congoja harta.

Porque nunca, después que se corría
la tierra por aquel la circunstancia,
nadie hizo jornada tan baldía
ni camino de menos importancia,
pues del remedio que se pretendía
fue menos que ninguna la ganancia;
y así los pobres y necesitados
se volvieron más pobres y cansados.

Grande murmuración invalecía
en se volver a Santa Marta luego,

porque necesidad los compelia
a no tener allí mucho sosiego;
y así para salir por otra vía
al Lerma combatía común ruego.
Al cual le pareció ser conviniente
entrar en Pocigueyca con su gente,

A causa de tener ya relaciones
de los antiguos con quien él practica,
ser aquellas insignes poblaciones,
y ansimismo la gente dellas rica:
demás desto tenían ocasiones
por paz, cuyo principio certifica
la ciénaga que ciñe su frontera,
porque ya sustentaba paz sincera.

Y a todos parecía buen empiezao
para poder entrar en su terreno,
quererles allanar el estrompiezo
primero, los vecinos deste seno;
también su principal, dicho Tocuezo,
se profirió traellos a lo bueno,
debajo cuyas prendas y promesa
para llegar allá se dieron priesa.

Salieron cuatrocientos escogidos,
serían de caballo más de ciento,
del seco pan de yuca proveídos,
que fue lo principal de su sustento:

que los trabajos antes padecidos
pusieron a los más en escarmiento,
y es el cazabi pan que si se moja
de toda sus substancia se despoja.

Pues el alforja siendo remojada
por ciénagas o pluvias o creciente,
quien piensa llevar algo lleva nada,
y puede ver comer y estar a diente;
y quien lo come tenga preparada
bebida con que pase buenamente,
pues si se retardasen los bocados
podríanse burlar los convidados.

Llevaba Lerma pues sus fuerzas todas,
vajillas y larguísimos repuestos,
como si fueran a solemnes bodas
y no para peligros manifiestos:
van azadones, barras, van escodas
para hacelle llanos los recuestos;
va Tocuezo también muy diligente
para llamar de paz aquella gente.

Llegaron a las faldas de la sierra
donde tenían muchas sementeras;
pobladísima ven toda la tierra,
insuperables todas las laderas;
mándanse ya de paz o ya de guerra
por enhiestas y largas escaleras

de grandes lajas puestas de buen arte,
por no poder subir por otra parte.

Subió Tocuezo la cercana loma
llamando los propincuos moradores:
sobresaltáronse, mas él los doma,
y hizo que perdiesen los temores;
salió luego de paz su gran naoma
con algunos caciques y señores;
Lerma los recibió con buena maña
dándoles cosas hechas en España.

Subieron pues al pueblo más cercano,
que de gran cantidad de casas era
por orden repartidas en un llano
o hoya bien así como caldera,
a causa de tener a cada mano
muy alta y asperísima ladera:
hay en torno labranzas y frutales,
regalos grandes destos naturales.

Desampararon indios el asiento,
o por ir a lugares más seguros,
o porque de su propio nacimiento
son todos intractables y hombres duros;
cada cual escogió buen aposento,
y sin adivinar males futuros
usaba Lerma siempre de sus pompas
con son de cheremías y de trompas.

Esperimentó luego rica silla
la majestad de Lerma cuánto pesa:
ostenta repostero la vajilla,
los pajes diligentes ponen mesa;
mas no ternía yo por maravilla
los bárbaros hacer en todo presa,
viendo la destrucción y destemplanzas
en sus casas, frutales y labranzas.

Y así los indios por las demasías
ajenas de su poco sufrimiento,
se detuvieron más de treinta días
sin acudir con reconocimiento;
pero salieron ciertas compañías
a quien el Lerma dio su mandamiento
para que los caciques vengan luego,
o donde no, sus casas queme fuego.

Iba por capitán Juan de Berrío,
varón cuya virtud fue muy entera,
y con él cien soldados de buen brío;
como Mateo Sánchez y Ribera,
Fernando de Santana, Juan del Río,
Antón Martínez, Pedro de Herrera,
y otros algunos, gente conocida,
que hasta hoy alguno tiene vida.

Suben con el valor que convenía
como dos o tres leguas de distancia;

llaman de paz aquella compañía
que hallaban por esta circunstancia,
Tocuezo les habló lo que sabía
ser para su quietud de más substancia;
mas ellos ya dispuestos a la guerra
le responden que salgan de su tierra.

Juntamente por muchos se comienza
un no sé qué de mal comedimiento:
los nuestros viendo tanta desvergüenza
a fin de los poner en escarmiento,
quebrantaron los hilos de la trenza
que solía tejer buen sufrimiento;
y ansí subieron por aquellas cuestas
a punto las rodelas y ballestas.

Era de tal altor esta frontera,
que para la subir, forzosamente
habían de pasar por escalera,
donde no vían defensor patente:
el Berrío llevó la delantera,
y todos van con brío diligente;
mas parecieron luego tantas manos
que hacen reparar a los cristianos.

Y si para subir se daban priesa,
para bajar no tienen menos ganas,
porque sobrellos llueve muy espesa
aguda flecha, golpe de macana,

pedra de todas partes, que no cesa
de lastimar la gente castellana:
unos saltaban dos, tres escalones,
otros bajando van a trompicones.

Bien como cuando carga mucha gente
a ver algunas fiestas en tablado,
que se quiebran las vigas de repente
y unos sobre otros van mal de su grado,
este se quiebra pie y aquel la frente
otro de pies ajenos es hollado,
y el que pudo saltar más y primero,
ese libró mejor si fue lijero:

ansí también la misma pesadumbre
tuvieron los soldados deste bando,
pues cuando vieron tanta muchedumbre
que venía sobrellos descargando,
a su pesar bajaron de la cumbre
unos sobre los otros trompicando,
y el que saltar podía por encima
ese se tuvo por de más estima.

Tiénese por rüin el más tardío,
por de mayor valor el menos flojo,
por seguro quien hace más desvío,
quien huye por valiente y ortodojo:
a muchos hieren, hieren a Berrío,
de tal suerte que siempre quedó cojo;

y aun fue bien venturosa la herida,
pues no fue perdidoso de la vida.

Porque del número de los heridos
escaparon muy pocos o ningunos,
y a ser con más instancia perseguidos,
no volvieron de males tan ayunos;
mas con vellos los indios divertidos,
no curaron de ser más importunos,
satisfaciéndose con lo ya hecho
y con manifestalles su mal pecho.

Pues indios que tenían un cabezo
y estaban a la parte más cercana,
a voces dicen: «Húyete, Tocuezo,
si no quieres morir muerte temprana,
porque te torceremos el pescuezo
si acaso te halláremos mañana;
y a Lerma dirás luego que se salga,
si hallare guarida que le valga».

El amenaza que se le hacía
por sus propios amigos y parientes,
solamente Tocuezo percibía,
y dio declaracion a muchas gentes.
Berrío recogió su compañía,
así los sanos como los dolientes,
y con gran priesa bajan la ladera
hasta llegar do Lerma los espera.

El cual de ver negocio tan confuso
mostró gran sinsabor y sentimiento;
la venganza del hecho se propuso,
según pedía tal atrevimiento,
sin creer a la gente de más uso,
que por ventura fue su perdimiento:
también Tocuezo dijo ser aviso
salirse luego Lerma, mas no quiso.

Antes al indio dijo que volviese,
pues era de cristianos tan amigo,
y a todos los caciques les dijese
que lo tuviesen ya por enemigo,
porque verían antes que saliese
un más que crudelísimo castigo,
y hasta lo más alto de la sierra
había de quemar toda la tierra.

El indio, no queriendo dalles cebo
y ser mejor vivir a mira y anda,
le respondió: «Yo hice lo que debo
para tornar aquesta gente blanda;
mas agora no puedo, ni me atrevo
a les notificar esa demanda,
porque descargarán unos y otros
en mí lo que desean en vosotros.

«Y si tenéis acaso presupuesto
de ir a castigar estos salvajes,

no sudes en subir algún recuesto,
pues, sin que tú los busques ni trabajos,
yo sé que te vernan a buscar presto,
cargados de macanas y carcajes;
mas yo no quiero ver tan mala cosa,
sino poner los pies en polvorosa».

Lerma dijo: «Podrás estar seguro
que no querrán tomar tan mal consejo».
Pero Tocuezo como ya maduro
y con las esperiencias de hombre viejo,
la tierra ya cubierta con obscuro,
arrebato las armas del conejo,
teniendo por mejor salto de mata,
que la seguridad de que se trata.

Ido Tocuezo, luego se procura
velar por el compás a la redonda,
y a causa de la noche ser obscura
peones y caballos hacen ronda,
con la solicitud de que segura
quiere hacer su nave con la sonda,
a fin de descubrir aquel engaño
de donde le podría venir daño.

Y al tiempo ya que la nevada cumbre
sus cándidos colores descubría,
tocados y heridos de la lumbre
quel hijo de Latona les envía,

apartada la ciega pesadumbre
con la presencia del presente día,
dejan los que dormían sus cubiles
al son de sonoros ministriles.

También del soporífero sosiego
el confiado Lerma se levanta:
de sus ropas le hacen el entrego
desde los altos hombros a la planta;
un capellán le dijo misa luego,
y no mucho después también ayanta
con vajilla de plata bien labrada
y con la majestad acostumbrada.

Y al tiempo que se hacen ya pequeñas
las sombras todas de los vejetales,
y huyen del calor a frescas breñas
los unos y los otros animales,
parecieron por riscos y altas peñas
inmensa cantidad de naturales,
con tales gritas, voces y gobierno,
que parecían furias del infierno.

Bien como lo que cuentan del ruido
de ciertos montes septentrionales,
que no lo puede comportar oído
de todos cuantos hay de los mortales,
antes con tanta voz, tanto bramido
han perecido gentes principales:

así también aquí se desatina
el español con grita tan continua.

Porque las gentes a furor subyetas
se convocan, animan y se llaman,
tocando sobre más de mil cornetas
que parece tocándolas que braman:
innumerable copia de saetas
por una y otra parte se derraman,
galgas lapídeas, infinito canto,
que al más fuerte causaban gran espanto.

No falta gran rüido de atambores
que tocaban en una y otra loma,
con los pesados gritos y clamores
que suelen los secuaces de Mahoma:
quince caciques son, grandes señores,
subyectos a los mandos del naoma,
llamado, según dicen, Marocando,
sus gentes cada cual acaudillando.

Serían más de veinte mil salvajes
inflados con guerreras apostemas,
y con aquellas furias y corajes
de gentes renegadas y blasfemas:
menéase gran suma de plumajes,
ricas coronas, lucias diademas,
resplandecientes pectos y chagualas,
lúcidos brazaletes y otras galas.

No venían con orden mal digesto,
sino con un compás bien concertado,
acomodado cada cual al puesto
que por su capitán fue señalado,
sin que las asperezas del recuesto
efecto haga desproporcionado,
porque venían estas gentes juntas
en dos prolijas alas o dos puntas.

El un cacique, dicho Macopira,
gobierna con Macorpes el un ala;
no con menos furor ni menos ira,
a la siniestra va Toronomala;
en este mismo puesto Doromira,
el cual en gran destreza les iguala,
y Marocando, principal regente,
va con otros caciques en la frente.

Guiando van así los escuadrones
por recoger en medio los cristianos,
entre los cuales hay dispusiciones
más para sueltos pies que para manos
pues no menores son sus turbaciones
que de confusa junta de villanos;
y así para guardar la dulce vida
piensan que su salud es la huida.

A gran priesa pidió Lerma Polanco
arnés escogidísimo que lleva,

queriéndose con él armar en blanco
de lo superior hasta la greva;
más bien pudieran dalle toque franco
los indios, si hicieran en él prueba,
porque para la guerra destas gentes
las tales armas son impertinentes.

También las asperezas de la sierra
para caballos son inaccesibles:
hay muchos aguaceros en la tierra,
y en ella los calores insufribles;
a venenosas flechas desta guerra
menos parecen armas invencibles,
pues por poco que quede descubierto
por allí sin errar puede ser muerto.

Y así para las tales ocasiones
son más acomodados y lijeros
los sayos estofados de algodones
que usan baquianos compañeros,
y sirven en las noches de colchones:
son defensa de grandes aguaceros;
si durmiendo rebato lo recuerda
vestida tiene ya la mano izquierda.

No se turba tomándolo dormido,
por ya tener allí sin que se mude
con qué poder salir apercebido,
y a la mano halló con qué se escude,

de sus industrias propias socorrido,
no con mozo ni paje que le ayude,
según agora Lerma, y aun no puede,
porque ningún lugar se le concede,

a causa de llegar el terremoto
de flechas que no van sin yerba fina,
y tan grande la grito y alboroto
quel buen gobernador se desatina;
y ansí sin esperar ajeno voto
aprieta las espuelas y camina:
siguiólo mucha gente de caballo
tomando por achaque no dejallo.

El peón, que no puede más, espera
y al ímpetu terrible que venía
hizo rostro la gente más guerrera
con el mejor concierto que podía:
Juan de Céspedes y Juan de Ribera,
un Pedro de Sanlúcar, un Mejía,
Fernando de Santana, Antón de Palma,
queriéndola ganar, o dar el alma.

Ejercítanse bien ambas escuelas,
cada cual según uso de su Marte;
no duermen las espadas y rodelas,
las macanas se juegan de buen arte,
derríbanse narices, dientes, muelas,
mortales golpes hay de cada parte:

unos caen los cascos ya deshechos,
otros rotos los vientres y los pechos.

Un gentil indio viene dando carga,
que gran estrago por los nuestros hizo:
era de nariz corva, barba larga,
y tal que se creía ser mestizo;
todo por donde va lo desembarga
por poderse hacer encontradizo
con Pedro de Sanlúcar, cuya espada
más que las otras era señalada.

Luego como llegó donde desea,
juega la pesadísima macana;
como lijero tigre se menea
a vista de la gente castellana:
comiézase la singular pelea,
a la cual el Sanlúcar fue de gana;
los golpes insufribles del desnudo
atormentan el brazo del escudo.

Queriendo segundar el indio fiero,
el Sanlúcar, al tiempo del amago,
el cuerpo le hurtó como lijero:
dio la macana del gandul en vago;
llegó luego la mano del acero
para que no se vaya sin su pago,
y antes que le pusiesen embarazos
le llevó de revés entrambos brazos.

Puestos en el hervor desta porfía,
que ya contra los nuestros iba prona,
un vizcaíno, Sancho de Murguía,
procuró de tomar una corona
de cierto principal, a quien había
muerto con gran valor de su persona:
tomóla, mas teniéndola cogida
dejóla juntamente con la vida.

Desque Murguía dio postrer aliento,
con muerte castigada su demencia,
cargó tan invencible movimiento
que fue flaca cristiana resistencia;
y de los españoles más de ciento
del humano vivir hacen ausencia:
el resto no pudiendo defenderse,
tuvo por buen consejo retraerse.

Mas el alférez dicho Benavides,
no sé si por quitar algún despojo,
se quiso señalar en estas lides
con golpes llenos de mortal enojo;
pero poco duraron sus ardides,
por acertalle flecha por un ojo:
perdió la luz, y fue por la herida
el ánima del cuerpo despedida.

Aparejóse para la venganza
un hombre de caballo poco diestro:

contraria le salió su confianza,
y el hado que la dio le fue siniestro,
porque Marcopes le tomó la lanza,
asiendo muchos indios del cabestro,
y tantos apuntaron al terrero,
quel caballo murió y el caballero.

Y sin soltar la lanza de las manos
Marcopes ocupó cierto camino
angosto, por do huyen pies livianos
de los que temen este torbellino,
y con ella mató cuatro cristianos,
y muchos más matara, pero vino
Pablo Fernández en aquel instante,
poniendo la rodela por delante.

Marcopes usa de su destemplanza;
pero fuele la punta rebatida,
y al tiempo que de veras se abalanza,
el asta más compuesta y estendida,
Pablo Fernández le ganó la lanza
y juntamente le quitó la vida;
y así se libertó del detrimento
y a muchos que le van en seguimiento.

Muñoz y Juan Gutiérrez y Zevallos,
procurando llegar a tierra llana
e yendo todos tres en sus caballos,
topan a Delgadillo y a Santana

en gran confusión, y por librallos
de la muerte que al ojo ven cercana,
como personas comedidas, francas,
los dos peones toman a las ancas.

Mas antes de pasar los reventones
por adonde pasaron los primeros,
llegaron otros nuevos escuadrones
que mataron aquestos caballeros
y los caballos, mas los dos peones,
escaparon allí por ser lijeros:
así lo cuenta como yo lo escribo
el Antón de Santana, que es hoy vivo.

Céspedes y Fernando de Santana
y Pedro de Sanlúcar y otra gente
que por acá llamamos baquiana,
recogen los que pueden buenamente
de la recién venida castellana,
cuya salud está dellos pendiente;
e ya haciendo rostro, ya huyendo,
se fueron a la playa retrayendo.

Finalmente, de sanos y heridos
formaron escuadrón por tal concierto,
que nunca más pudieron ser rompidos,
menos alguno destes quedó muerto,
con pelear y ser acometidos
en cada reventón y en cada puerto,

poniendo corazón al que desmaya,
hasta que ya salieron a la playa.

Do García de Lerma luego puso
la mano con dolor en la mejilla,
cercado de congojas y confuso
de ver tan cercenada su cuadrilla;
y sin sacar provecho dalles uso
a bárbaras naciones de vajilla,
quedando juntamente por rehenes
cama de campo y otros muchos bienes.

A quien se daba poco que se rompa
cualquier presea rica y estimada;
mas él no comerá con dulce trompa,
sino con trampa más acomodada,
y habrá por bueno de dejar la pompa,
en semejantes guerras escusada;
pues el buen capitán acá no usa
llevar sino las cosas que no escusa.

Llegados pues los que salieron buenos,
con él a Santa Marta se volvieron,
pero de cuatrocientos ciento menos,
sin otros quince que después murieron,
no de rabiosos términos ajenos,
porque rabiando todos perecieron,
y de piernas, molledos y de brazos
se caían las carnes a pedazos.

Lerma también constó sacar herida
de sus armadas piernas la derecha,
llevándola tan torpe y entumida
que sospechó ser venenosa flecha;
mas a la gente vil, descomedida,
no dejó de ocupar falsa sospecha,
diciendo que se dio con un espuela,
mas fue maliciosísima novela.

Pues se supo de cierto ser saeta
o flecha, no con yerba, sino pura,
y en ocasión a ella tan subyeta
a pocos ha cabido tal ventura;
gran número de días tuvo dieta,
sin que faltase diligente cura,
y por ser flecha limpia de veneno
a los cuarenta días quedó bueno.

Teniendo pues de vida confianza,
hizo congregación de sus soldados
para comunicalles la venganza
que desean los hombres lastimados:
manifestóles con gentil crianza
sus trazas, sus intentos y cuidados;
y las palabras del razonamiento
en substancia son estas que yo cuento:

«Señores, en guerrera competencia,
al teórico más aventajado,

si práctica le falta y experiencia,
las menos veces es bien atinado,
y el uso y ejercicio sin prudencia
efecto no promete concertado;
mas quien sin estas faltas hace suerte
por imposible tengo que no acierte.

«Yo conozco que traje buenas gentes
de capitanes y soldados viejos,
y en negocios de guerra tan prudentes
que de muchos podrían ser espejos;
mas acá son las cosas diferentes,
y ansí cumple seguir nuevos consejos:
que nuevas reglas, nuevas prevenciones,
piden también las nuevas ocasiones.

«De presente querríamos enmiendas
de los pasados daños recibidos,
y procurar poner algunas riendas
a bárbaros tan sueltos y atrevidos;
y no será hacer malas haciendas
tomar consejos de los más curtidos;
pues en los semejantes menesteres
más lumbré tienen viejos pareces.

«A mí del mismo yerro redarguyo,
y el enmienda será la que ya nuestro:
seguir a los antiguos hombres, cuyo
parecer servirá de buen maestro,

para que corriamos con el suyo
el yerro cometido por el nuestro;
mas antes que hagamos movimiento
quiero decir también lo que yo siento.

«Del valor de los indios sois testigos,
y aun hoy con la victoria más lozanos;
a la mira tenéis indios amigos
cuyos intentos no pueden ser sanos,
si no damos calor a los castigos,
y vieren que tenemos buenas manos;
pues sus deseos son y voluntades
gozar de sus antiguas libertades.

«Por tanto, si reciente dolor arde,
que de venganzas es buen alcahuate,
lo dicho con secreto se reguarde
y el buen efecto dello se decrete:
pues cuanto lo hiciéremos más tarde
tanto mayor peligro nos promete,
y al abreviar en cosa semejante
podémoslo tener por importante.

«Bien veo que sus flechas son nocivas,
asperísima sierra, y ellos duros;
pero no tienen armas defensivas
ni pelean detrás de fuertes muros,
y en su flaco pajar con llamas vivas
los podrían quemar sobre seguros;

pues a nacion tan vil, crüel y perra,
a fuego y sangre cumple dalles guerra.

«Esta necesarísima jornada,
sin la cual no ternéis hora segura,
para que vaya bien encaminada
tenía por grandísima cordura
dalles una terrible trasnochada
cuando la noche fuere más obscura;
pues que sabéis que aquella serranía
nadie la salteó por esta vía.

«Para mejor pasar esta carrera
y salirnos en salvo con el hecho,
ninguno de caballo vaya fuera,
pues causará más daño que provecho:
peones han de ser, gente lijera,
que salga libre de cualquier estrecho,
y han de dar en los indios a tal punto,
quel golpe y el tronido llegue junto.

«Según aquello que la tierra muestra,
este parece orden conveniente,
si por jüicio de la gente diestra
otro no se hallare más factible,
pues experiencia, próvida maestra,
imposibilidad hace posible;
y ansí deseo que mayor prudencia
sobre mi parecer dé su sentencia».

Oída la razón, dijeron todos
los que podían autorizar plaza,
que para ir por ásperos recodos,
que gente de contrarios embaraza,
eran los dichos los mejores modos,
la más segura y acertada traza;
porque yendo callados y secretos
se podrían hacer buenos efetos.

Hízose lista pues de los cabales
hombres que allí tenía nuestra Hesperia:
son doscientos y diez, de cuyos males
nos da desdicha larga la materia;
y fueron los caudillos principales
Escobar y Fernando de la Feria,
soldados valerosos, principales,
pero no para mandos tan cabales.

Al tiempo pues que nubló vespertino
encubría los ricos y mendigos,
todos ellos se ponen en camino,
sin quererse fiar de indios amigos
para que no tuviesen adevino
ni de su pretensión otros testigos;
y los nocturnos nublos apartados,
en un monte estuvieron emboscados,

hasta se despedir febea lumbre
y volver las tinieblas a su juro,

vistiendo como tienen de costumbre
todas las cosas de color obscuro;
y entonces caminaron a la cumbre
por do les parecía mas seguro:
subieron asperezas a porfía,
pero no por el orden que cumplía.

Porque sin esperar los diligentes
a los más tardos y de menos tinos,
y sin examinar inconvenientes
que de diestras consultas eran dinos,
se partieron en partes diferentes
como dieron en copia de caminos
puesto que cada cual tuvo creído
ir juntos y ninguno dividido.

Pero llegados a las poblaciones
do pudieron subir sin ser sentidos,
los capitanes sin sus escuadrones
confusos se hallaron y perdidos,
contando solos veinte y seis peones,
del cuerpo de la gente divididos,
sin poder atinar por qué ladera
caminan los demás de su bandera.

Habían de subir a lo más alto
en las obscuras horas del sosiego,
antes que dieran el primer asalto,
y a los demás venir bajando luego;

pero Juan de Escobar, viéndose falto,
en el pueblo más bajo puso fuego,
porque los divertidos acudiesen
a do la claridad del fuego viesen.

La viva llama su furor estiende
y por los altos de las casas vuela:
caneyes potentísimos enciende,
aviva grande viento la candela;
salía quien el fuego comprehende,
no barruntando dolo ni cautela,
mas todavía sin haber sospechas,
en las manos los arcos y las flechas.

A las voces y gritos del despierto
el que estaba dormido se despierta,
y en el salir tenían tal concierto
que ningún español los desconcierta:
ninguno de los indios quedó muerto
de cuantos acudían a la puerta,
por salir cada cual tan a recado
como si fuera sobre muy pensado.

Reverbera la luz por los altares;
suenan voces de gentes alteradas;
levántanse cercanos moradores,
y acuden a las llamas levantadas:
claramente se ven los malhechores;
resplandecen los yelmos y celadas;

y ansí los indios como los cristianos
aderezan las armas y las manos.

Los españoles otros, que gran trecho
estaban apartados deste puesto,
por la lumbre que ven juzgan lo hecho;
mas no pudieron acudir tan presto
por la gran aspereza del repecho
que por delante tienen contrapuesto;
pero ya resbalando, ya cayendo,
la derecha ladera van subiendo.

Los otros que pusieron la candela
y no salieron bien con el insulto,
cumplíales hacer buena rodela
para no dar las flechas en el bulto;
y el más valiente dellos se recela
por oír de gandules gran tumulto,
sonando por los altos y peñoles
cornetas de marinos caracoles.

Llenos de confusion, llegó la hora
cuando mostraba ya por el altura
sus dorados cabellos el aurora,
cuya lumbre les fue menos segura,
pues aunque cumbres de los montes dora,
sus corazones viste de tristura,
viendo la multitud que los rodea
sin poder escusarse de pelea.

Bien como cuando de las dulces venas
salen nuevos enjambres en verano,
que para no volver a las colmenas
ocupan el espacio comarcano:
así de indios ven laderas llenas
que vienen al ejército cristiano,
con tal braveza que de sólo vellos
se ponen erizados los cabellos.

Llegados al conflicto y al aprieto,
cada cual de sus armas aprovecha,
declarando por obras su conceto,
pues ponen su salud en su derecha;
mas el arma que hace más efeto
es la mortal y venenosa flecha,
cuya menor y más leve herida
quita las esperanzas de la vida.

Animan sus soldados los caudillos
de nuestros fatigados castellanos,
cuyo cansancio les ponía grillos,
porque los indios sueltos y lozanos
no sólo no se hartan de herillos,
mas quiérenlos tomar vivos a manos,
con un recuento tan impetüoso
que no les daban punto de reposo.

Como toros a quien gente lijera
va con agudas puntas enclavando,

que como nunca para su carrera,
y aquí y allí y allá suenan gritando,
la lengua con sudor echan de fuera
y están con los ijares arqueando:
así tienen a nuestros españoles
los bárbaros y los ardientes soles.

Como la gente y el que los gobierna
andaban más sin huelgo que con bazo,
mataron a Francisco de la Serna,
que peleaba con heroico brazo;
hirieron a Escobar en una pierna,
de la cual luego se cortó un pedazo,
por librarse con esta diligencia
de aquella venenosa pestilencia.

Y un indio desde el alto de un cabezo,
con una piedra dio golpe tan lleno
que dél cayó Mateo de Burruezo,
soldado conocido por muy bueno;
al Escobar pasaron el pescuezo,
aunque con flecha limpia de veneno,
que si no mal pudieran socorrello,
pues no cumplía cercenar el cuello.

Dos veces mal herido tuvo vida,
con no poder tener a mano fuego,
la demás gente desta dividida
no traía menor desasosiego:

con golpe de mortífera herida
Fernando de la Feria cayó luego;
al fin el español ya sin remedio
tierra determinó poner en medio.

Visto huir la gente peregrina,
sin esperar el sano por el cojo,
el bárbaro sus pasos encamina,
no con hervor de flacos ni de flojo,
y de la sierra hasta la marina
el campo con la sangre dejan rojo;
pues ya con flecha, ya pechos abiertos,
quedaron sobre cien cristianos muertos.

Los bárbaros crüeles y nocivos
por escudos y por espadas huellan,
con las cuales a todos los captivos
traspasan, hieren, matan y degüellan;
y a los cristianos muertos y a los vivos
las caras con las barbas les desuellan,
que vista cada cual de paja llena,
espectáculo fue de harta pena.

Aquellos que libró su lijereza
a Santa Marta fueron mal parados,
mostrando las angustias y tristeza
que nacen de sucesos desdichados;
y había de presente tal flaqueza
y número tan poco de soldados,

quel gobernador tuvo por incierto
poderse sustentar en aquel puerto.

Por ser como doscientos castellanos,
o pocos más de nuestros peregrinos,
y de los naturales comarcanos
sobre noventa mil los más vecinos,
que con arcos y flechas en las manos
son peores que espíritus malinos;
pero con todas estas turbaciones
estuvieron quietos los ancones.

No para que jamás les fuesen gratos
los rostros de las gentes extranjeras,
mas por los vinos caros o baratos
que solían venir a sus riberas,
y por rescates otros y contratos
de herramientas para sementeras;
y lo más cierto es, a lo que siento,
quitalles Dios aquel atrevimiento.

Pero la gente nuestra temerosa,
aunque velaba como convenía,
pues el más descuidado no reposa
y de la lengua noche hace día,
pensaba si rugía cualquier cosa,
ser multitud de indios que venía,
hasta que deshacían sus antojos
con claridad y examen de los ojos.

Mas cuando se recela rompimiento,
considerando que los indios suelen
enalmagrarse con aquel unguento
de bija que con trementina muelen,
los que tienen algún conocimiento
de lejos los barruntan y los huelen;
el cual olor también tienen las ramas
del árbol bija puestas en las llamas.

En este tiempo pues que se recela
la venida de los alderredores,
encendieron con bija la candela
en casa de uno destos pobladores
las narices de los que hacen vela
al punto percibieron los olores;
fue cosa por entonces creedera
estar sobrellos toda la frontera.

Tocaron arma los que tienen voto,
pareciéndoles ser verdad patente:
levántase rüido y alboroto;
en confusión se ve quien menos siente,
así como si fuera terremoto
que viene con obscuro de repente;
finalmente, la gente castellana
veló hasta que vino la mañana,

después del sobresalto, que fue sumo,
llegada ya la luz del claro día,

aquella turbamulta se fue en humo
viendo cómo de humo procedía;
mas pues en este canto yo consumo
más espacio de tiempo que debería,
y quedo cuasi sin aliento, quiero
cobrallo para el canto venidero.

▪ CANTO TERCERO

Donde se cuentan varios acontecimientos de cosas durante el gobierno de García de Lerma.

No cuantos tienen nombres de soldados
son dignos de por tales ser tenidos,
así como son muchos los llamados
y de los muchos pocos escogidos:
señálanse los hombres esforzados
en animar a los que ven caídos,
porque en la haz del bélico tumulto
muchos veréis que son como de bulto.

Y así también en las calamidades
en aquella sazón acontecidas,
había muchos destas vecindades
que no hacían cuenta de sus vidas,
y otros tenían las dificultades
a sus buenos esfuerzos sometidas,
prestando a los demás, porque no penen,
el ánimo y el brazo aquellos tienen.

Y el Lerma con aquestas turbaciones
también se consumía con tristeza,
y quiso por las tales ocasiones
desamparar aquella fortaleza,
habidas muchas consideraciones
cerca de los peligros y pobreza;
pero viejos en estos menesteres
estaban de contrarios pareceres.

Destos antiguos era compañero
un Alonso Martín, hombre famoso,
varón en sus consejos muy entero
y en los trances de guerra venturoso,
único y admirable ballestero:
aqueste, como cuerdo y animoso,
a solas, sin testigos circunstantes,
al Lerma dijo cosas semejantes:

«Pena tengo, señor, del mal suceso,
mas no me maravillo que lo haya;
pues en el caso próspero y avieso
nunca fortuna va por una raya:
mil coces suele dar, mas no por eso
el valeroso capitán desmaya,
antes cuanto más flaco y abatido
menos se reconoce por vencido.

«Este mismo valor quiero que siga
varón que tiene tan ilustres prendas,

y que no desmaye la fatiga
causada del rigor destas contiendas,
por no dar ocasion a que se diga
que con miedo queréis volver las riendas;
pues tal murmuracion el varón fuerte
procura de huir más que de la muerte.

«Las obras y palabras de constante
anejas son a vuestro nacimiento;
y ansí conviene que para adelante
conozcamos en vos tan buen aliento,
que visto vuestro brío, se levante
el más acobardado pensamiento;
pues los soldados en cualquier demanda
andan con el calor del que los manda.

«Demás desto, señor, no tengáis pena
por padecer pobreza de presente;
pues os daré también la bolsa llena,
si vuestra merced quiere darme gente:
prefiérome tener maña tan buena,
quel más frío soldado se caliente,
porque ya conocéis ser el dinero
para los calentar gentil brasero.

«Si concebís acaso pensamiento
de no cumplir agora salir fuera,
por padecer el pueblo detrimento,
estando de mal arte la frontera,

ningún temor tengáis de movimiento,
que no se mueven tan a la lijera,
mayormente do los caballos huellan
y rompen, desbaratan y atropellan.

«Lo dicho me parece medicina
para poder salir desta congoja,
y el remedio que hace más aína
fortísima la gente, de muy floja:
quien al os aconseja desatina,
y es lo demás andar de mula coja;
tengo mi parecer no por siniestro,
salva la corrección del mejor vuestro».

El Lerma procuró de estar atento,
como varón sagaz y bien compuesto,
y prometióle, no sin juramento,
habiéndole cuadrado lo propuesto,
de le dar todo buen aviamiento,
y quel despacho dél seria presto,
por parecer consejos de discreto
y convenir ponellos en efeto.

Luego con instrumentos musicales
se mandó pregonar un mandamiento,
por el cual capitanes, oficiales
y soldados vinieron al momento;
y hechas de silencio las señales,
declaró Lerma con razonamiento

que hizo, pretender perseverancia,
del cual aquí ponemos la sustancia.

«Caballeros y amigos, el deseo
que para remediaras he tenido,
si no ciegan pasiones, yo bien creo
que cada cual lo tiene conocido;
pero, como sabéis, ningún empleo
hecimos que bien haya sucedido,
y ansí mi voluntad no hizo muestra
de las obras debidas a la vuestra.

«Mas tras tormenta viene la bonanza,
que no viento contrario siempre vienta;
y ansí si nuestro mal hace mudanza,
y algún bien la fortuna nos aumenta,
de mí tenéis entera confianza,
no menos en honores que de renta,
habiendo cerca desta conveniencia
también de vuestra parte diligencia.

«Pues mal triunfará quien no pelea,
y el mancebo galán o viejo cano
menos alcanzará lo que desea
estando siempre mano sobre mano:
ejemplos vivos son los del aldea,
do quien no siembra, nunca coge grano,
y allí son los placeres y gasajos
donde nunca se huyen los trabajos.

«Todo peligro vencen los despiertos:
sueño y ociosidad es el que daña;
y así para borrar los desconciertos
pasados cumple darnos buena maña,
porque desamparar aquestos puestos,
sepa quien lo pensare que se engaña,
pues a todos será muy mal contado
perder lo que los otros han ganado.

«Y así quiero que luego salga fuera
un escuadrón de hasta cien soldados,
que vayan recorriendo la frontera
de los pueblos que están muy sosegados,
con cuerdo capitán, de quien se espera
que todos volverán aprovechados,
y es Alonso Martín, amigo vuestro,
en cualesquiera cargos hombre diestro.

«Para más alentaros al camino
y averiguar alguna diferencia,
irá Pedro de Lerma, mi sobrino,
de cuyo valor hay gran experiencia,
no sólo con el bárbaro vecino,
mas en otra cualquiera competencia:
es Fernando Pizarro buen testigo,
que huelga de tenello por amigo.

«Y así juró después de la rencilla
que le vistes tener con el Fernando,

que si Dios lo volvía de Castilla,
de le dar en Pirú general mando;
la cual promesa fue para cumplilla,
pues, según piensan uno y otro bando,
el Almagro y Pizarro llevan viento
que los ha de traer a rompimiento.

«Pero dejemos amistad enferma;
volvamos al negocio más urgente:
digo que tiene de ir Pedro de Lerma
con Alonso Martín, que está presente,
al cual encargo yo que no se duerma,
sino que luego salga con la gente,
pues entendemos quel efecto desto
tanto mejor será cuanto más presto».

Dada declaración de sus intentos,
contrarios a cobardes pareceres,
cobraron los antiguos sus alientos
y los que allí tenían sus mujeres;
no menos fueron ledos y contentos
aquellos cudiciosos mercaderes,
que con el esperanza de rancheos
les habían fiado sus empleos.

Cálzanse luego de lijeras suelas,
que de caballos todos iban faltos:
anjeos y coletas son las telas
que cubren a los bajos y a los altos;

caminan como diestras alcavelas
de lobos cuando van a hacer saltos,
más o menos en fuerzas, pero tales,
que en la destreza todos son iguales.

Van Juan de Céspedes, varón famoso,
dignísimo de historia más entera;
van Pedro de Sanlúcar y Moscoso,
Bueso y el capitán Juan de Ribera,
Luis de Manjarés el animoso,
mancebo que después en otra era
fue de aquella ciudad el ornamento,
su vida, su salud y su sustento.

Pedro de San Martín y Cascajales,
Santana, San Millán, Martín de Frías,
Blasco, Martín Monroy, Andrés González,
y Lorenzo Martín, cuyas poesías
no fueron de las menos principales:
los cuales yo tracté por muchos días,
o los más dellos, cuyos hechos buenos
elogios merecían muy más llenos.

Y Domingo de Aguirre, vizcaíno,
que fue tal cual conviene que hombre sea,
en el tiempo de paz varón benino,
fortísimo león en la pelea;
el cual al rematar de su camino
a mí me señaló por albacea,

y soy su capellán en este día,
y mi morada es la quél tenía.

Soldado principal desta conquista
y gran descubridor de sus rincones;
y como quien testigo fue de vista,
también en escribir gastó renglones,
porque de cosas varias hizo lista
y me dejó cumplidas relaciones,
las cuales tengo yo por escriptura
tan buena, que contiene verdad pura.

Salieron pues, y el amistad antigua
sustenta Mamatoco, que los ama;
pasando van por Zaca y por Origua;
bien recibidos son en Irotama;
saliéronles de paz los de Bondigua,
y lo mismo hicieron en Chairama:
todos ellos traían manos llenas
de los dones que dan doradas venas.

Van a los siete pueblos comarcanos
en torno de brevísima distancia,
donde fueron señores siete hermanos,
cada cual dellos hombre de sustancia:
allí les presentaron ricos granos
de oro y otras joyas de importancia;
por otros pueblos van desta manera
corriendo faldas de la cordillera.

Mas por consejo del que los regía,
nunca jamás la gente castellana
en el lugar do les anohecía
esperaban la luz de la mañana:
en diferente parte ven el día,
porque si la canalla, como vana,
usase de las suyas en asechos,
los hallaren de allí prolijos trechos.

Por otros pueblos pasan por la posta,
mas siempre su caudal se perficiona
de ricos dones; y con ser angosta
y de pocos soldados la corona
dejaron estos pueblos de la costa
y entraron en el valle de Tairona,
de cuya boca fueron centinelas
los del pueblo llamado las Pijüelas.

Es valle de profundas angosturas,
que rápida corriente lo reparte;
pero las mesas dél y sus alturas
bien pobladas en una y otra parte
de gente, curiosas las culturas,
casas pajizas, pero de buen arte,
y su grandeza y latitud es tanta,
que de caneyes grandes es la planta.

El caudal destes indios fue solene
entre tanto que por aquel asiento

codicia no llegó que lo cercene
de los que suelen ir en seguimiento:
hay auríferas venas, y allí tiene
el río de Don Diego nacimiento,
el cual, por muerte deste caballero,
del nombre lo hicieron heredero.

Sus vados grandemente peligrosos
para los naturales y extranjeros,
porque sus cursos van impetuosos,
y de grandísimos despeñaderos:
hay puentes de bejucos correosos
asidos a los árboles fronteros,
donde son menester sólidas sienes,
porque quien pasa da muchos vaivenes.

Entrando por el valle la bandera
del español, que fue de breve lista,
alborotáronse sobremanera
los indios, recelando su conquista,
y también porque fue la vez primera
que se desayunaban con su vista:
cubre los altos cantidad inmensa
apercebidos para su defensa.

Mas Alonso Martín, con lengua diestra
y en aquella de tairos instruida,
con señas y palabras hizo muestra
no ser a mal efecto su venida,

diciendo: «Si queréis amistad nuestra,
la vuestra no será mal recibida,
pues deseamos ser vuestros hermanos,
sin que jamás vengamos a las manos.

«No trae para furias de peleas
ninguno de nosotros intenciones,
ni colleras ni duras arropas,
ni hierros que semejen a prisiones:
antes traemos joyas y preseas
a fin de celebrar contractaciones,
para que deis vosotros y acá demos
las cosas de más precio que tenemos.

«Daremos cantidad de herramientas
con que podéis talar estas liberas,
y sin sudor hacellas opulentas,
engrandeciendo vuestras sementeras:
traemos demás desto muchas cuentas,
muchos peines, cuchillos y tijeras,
sombrosos y bonetes colorados,
y camisas con cuellos bien labrados.

«A los indios que están a las vertientes
de la mar, y aun distantes buenos ratos,
tenemos por amigos y parientes,
y todos ellos se nos muestran gratos,
holgándose de ver cristianas gentes
y de tener sus tractos y contractos;

de cosas que tenemos que proveen,
y ellos nos dan el oro que poseen.

«Si hacéis esto con los peregrinos
que de presente veis en vuestras cumbres,
seguros podéis ir por los caminos
a vuestros tractos, usos y costumbres:
mas si no, de los términos marinos
vernán aquí crecidas muchedumbres
y tantos escuadrones de cristianos
que todos estos cerros hagan llanos.

«Aunque, si no huís inconvenientes
y estáis en vuestro mal perseverantes,
los poquitos que veis aquí presentes
para cosas mayores son bastantes:
Por tanto cesen vanos accidentes,
volved al buen sosiego como antes,
porque la buena paz a nadie daña
y a muchos destruyó la ciega saña».

A las palabras y comedimientos
de quietud, amor y de templanza,
estuvieron los bárbaros atentos,
admirados de ver la confianza
que tenían los pocos y hambrientos,
innumerable siendo su pujanza;
y el indio principal Gairacimonde
estas palabras breves les responde:

«Bien vemos que fastidian y empalagan
rencillas y guerreras disensiones,
y que de los contractos que se pagan
redunda bien a todas las naciones,
como los tales sean y se hagan
con el peso de sanas intenciones;
y ansí debajo destas cualidades
quiero y acepto vuestras amistades».

Luego de las alturas bajó gente
con ledo rostro, sin minace brazo:
Gairacimonde con alegre frente
al Alonso Martín dio gran abrazo,
y los más principales en presente
ofrecieron de joyas buen pedazo,
y en los rescates el que más ayuno
abalanzaba más de mil por uno.

Acudió menos de lo que pensaron,
por no tener el oro valor lleno;
y en tres o cuatro días que tardaron
en sus contractos por aquel terreno,
en patente y oculto rescataron
más de noventa mil pesos de bueno.
Con la cual granjería que fue cierta
resucitó la gente cuasi muerta.

Dijo pues a los indios que estaría
allí para buscar más interese

hasta ya concluir quinceno día,
a fin de que más oro se le diese;
mas esa misma noche hizo vía
y salió sin que nadie lo sintiese,
de la manera dicha proveído,
sin quedar hombre muerto ni herido.

Llegaron a los puertos deseados,
do con aplauso fueron recibidos
y del gobernador fueron honrados,
acariciados y favorecidos,
aunque quedaron no pocos soldados
acerca de sus partes desabridos,
y es porque pretendía mayor parte
el más inútil en el estandarte.

Y estas son por acá querellas viejas,
pues que los más rüines y más bastos
quieren correr con todos las parejas,
y de lo que no tienen hacen fastos:
de modo que el rehús de las ovejas
no se contenta con medianos pastos,
y no deja de dar al bueno pena
el ver cómo se meten en docena.

Pero dejémoslos con sus locuras
y verbos en que hacen gran instancia,
digo que por aquellas espesuras
del puerto y fuera dél poca distancia,

se descubrieron muchas sepulturas
de donde resultó harta ganancia,
porque todos los indios principales
se entierran con sus joyas y caudales.

Un hoyo se cavaba que a buen sondo
de la profundidad que contenía
un estado sería lo más fondo,
el cual derechamente descendía:
bien así como pozo muy redondo,
y en lo más bajo deste se hacía
un grande socabón con partes anchas
losado todo él de lisas lanchas.

Puestos los edificios en su punto,
aunque no por artífice romano,
en un dúho sentaban al difunto,
con sus arcos y flechas en la mano,
vasos de sus bebidas allí junto,
y bollos y tortillas de su grano,
compuesta y adornada la persona
con joyas de oro, cuentas y cacona.

Hallaron muchos en aquellos puertos
no poca cantidad destes archivos,
por el industria de los más espertos,
a quien no defraudaron sus motivos;
y ansí desenterrando cuerpos muertos,
resucitaron muchos hombres vivos,

pues el que mejoró la camiseta
hablaba como dicen de la oseta.

Mas el gobernador luego procura
con toda la posible diligencia
que ninguno sacase sepultura
si no fuese mediante su licencia:
parecióles a todos cosa dura,
y renegaban ya de la paciencia;
y más que se tomaba las mejores
quitándolas a los descubridores.

Quedaron, ansimismo descontentos
porque de pueblos más acomodados
señaló suertes o repartimientos
dándoles lo mejor a sus criados;
y ansí los hombres de merecimientos
quejosos se mostraron y agraviados,
y la demora no se señalaba,
sino quien más podía más sacaba.

Pues cierta cosa es y averiguada,
que cuando la tal renta se pedía,
el cacique menor de la Ramada
les daba todo el oro que cabía
en una caja grande ensayalada
que de piezas labradas se henchía,
y aun aquel hueco que juntar no pudo
rehenchían de oro más menudo.

Cobrado gran caudal en oro puro,
fingían irse con aquel carguío,
y al tiempo que dormía más seguro
el indio que les dio tan buen avío,
el español volvía con obscuro
a saltar el resto del buhío,
privándolo de todos sus haberes
y de queridas hijas y mujeres.

Con estas desvergüenzas y solturas
estos indios se fueron despoblando,
metiéndose por grandes espesuras,
potente población anihilando,
y aun hicieron algunas travesuras
con los que los andaban salteando,
pues mataban personas españolas
cuando las encontraban a sus solas.

En aquesta sazón y en esta parte
humedeció su faz el duro suelo
con la sangre de Antonio de Yusarte,
hermano de Hierónimo de Melo,
que para la bandera y estandarte
fue grave turbación y desconsuelo,
por ser de gran valor estos hermanos,
y de los principales lusitanos.

Y así fue que buscando cierto día
en una pequeñuela carabela

perlas de que noticia se tenía
en la costa del Cabo de la Vela,
en la Ramada vieron ranchería
y cerca de la playa gran candela:
Antonio de Yusarte salió fuera
creyendo ser de paz como antes era.

Con solos diez y seis soldados llega
a fin de les pedir mantenimiento:
recibiéronlo bien, y él se sosiega
como vido su buen comedimiento;
mas luego sobrevino la refriega
que fue su destrucción y acabamiento
con tan impetüosos desconciertos,
que en breve tiempo todos fueron muertos.

El barco como viese hecha sarta
de cabezas de cuerpos divididas,
antes que contra él la furia parta
al viento dio las velas estendidas:
llegó con dos o tres a Santa Marta
llorando las desgracias sucedidas;
los principales vístense de duelo,
sin lo saber Hierónimo de Melo.

Desto fue la razón estar absente
y andar la costa abajo descubriendo
en una carabela con la gente
que como capitán iba rigiendo;

el cual por ser sagaz y diligente
en gracia y en honor iba subiendo,
y este Melo halló la boca llena
del río grande de la Magdalena.

Y como los designos en que estriba
era sacar a luz no vistas sillas,
determinó subir por él arriba
a ver lo que contienen sus orillas:
mandó pues que su gente se aperciba
armando las espaldas y ternillas,
y toldando también de dura tela
aquel espacio de la carabela.

Hechas estas y otras prevenciones,
subieron sin que viento los resista,
y con la cantidad de poblaciones
hincheron los deseos y la vista;
pero tan deshonestas las naciones,
que no tienen cubierta que los vista:
oro labrado traen ellas y ellos
en orejas, narices y en los cuellos.

Tomó del inventor el nombramiento
la primera ciudad en aquel suelo,
y aun hasta hoy le llaman al asiento
el pueblo de Hierónimo de Melo,
no para que durase con aumento,
pues no parece ya hueso ni pelo,

solamente nos queda la memoria
de grandeza tan grande y tan notoria.

Con recato guiaba su carrera
el Melo con la gente de Castilla:
no va por la corriente muy afuera,
ni tampoco pegado con la orilla;
cubríase de indios la ribera
a ver la nunca vista maravilla;
un indio que llevaban los entiende,
y les pregunta lo que se pretende.

Rogándoles que no hagan bullicio
por ver el espectáculo presente,
pues los que ven no tienen por oficio
damnificar al bueno y obediente:
sólo quieren traellos al servicio
de un gran señor, monarca prepotente,
a quien por su virtud, valor, clemencia,
todos los hombres deben obediencia.

Que de ninguno recibirán daño
si fuesen sus vasallos y subyentos,
y deste verdadero desengaño
resultarán también otros efetos:
que vernán al católico rebaño
do vivirán seguros y quietos,
con la noticia y el conocimiento
de aquel que les dio ser, vida y sustento.

Respondiéronle ciertos capitanes
que parecían ser allí mayores:
«Andad para bellacos, haraganes,
infames, mentirosos, burladores,
que pretendéis comer ajenos panes
donde no derramáis vuestros sudores;
pues Pocigueica ya nos dio noticia
de vuestras propiedades y cudicia,

«si venís a cobrar algún tributo,
águilas de oro, petos y celadas,
luego como pongáis pies en enjuto
las hallaréis tan bien aderezadas,
que nunca volveréis sin aquel fruto
que sacastes de aquellas cabalgadas».
Esto decían y otras muchas cosas,
y disparaban flechas venenosas.

Mas arriba de allí suben atoas,
por no les ayudar viento bastante,
mas luego sobre más de mil canoas
vieron llenas de indios por delante,
que con todo favor guían las proas
para tentar al nuevo navegante,
el cual por escapar de la revuelta
a la mar procuró de dar la vuelta.

Al ímpetu se van de las corrientes
las velas a los aires estendiendo:

los muchos y atrevidos combatientes
no con priesa menor los van siguiendo;
innumerables flechas van pendientes
del toldo del bajel que va huyendo,
porque fuera notable desatino
no huir tan terrible torbellino.

Y cuanto más duraba la carrera,
iba la tempestad en más aumento,
hasta tanto que ya salieron fuera
a las ondas del mar y largo viento:
los indios vuelta dan a su ribera
por no podellos ir en seguimiento.
Ansí que consta ser este navío
el primero que entró por este río.

Metió todos sus hombres en el puerto,
ninguno mal parado, sino sano,
y por lo que dejaba descubierto
alegre se mostró y algo lozano;
pero como dijeron ya ser muerto
a manos de los indios el hermano,
la pena que tomó fue tan crecida
que le quitó los días de la vida.

No menos esta muerte fue llorada,
de todos por tenello por amigo,
y para que también fuese vengada
la de Antonio Yusarte que ya digo,

determinaron ir a la Ramada
para hacer un ejemplar castigo;
y así se tomó dello tal venganza
que todo fue rigor y destemplanza.

Luego se caminó por las salinas
y por zavanoas secas y arenosas,
hasta venir a dar a los cocinas,
gentes desesperadas y animosas,
con quien entre cardones y entre espinas
tuvieron competencias rigurosas,
y después de vencidos, en su villa
hallaron ropa fresca de Castilla.

Admiráronse todos de repente
viendo mercadería sin mercado,
mas luego conocieron claramente
ser de gente que había naufragado,
sin que lo declarase delincuente,
ni diese cuenta deste mal recado;
mas todos recogieron ropa harta
y se partieron para Santa Marta.

Al río de la Hacha caminando,
antes que se pasase su ribera,
por sus mismas pisadas agujijando
dos hombres ven venir a la lijera:
sabían bien que no son de su bando,
y así toda la gente los espera,

reconociendo con la vista sola
que debía de ser gente española.

Llegaron no sin grande desconsuelo,
el uno sacerdote y otro lego,
y hincan las rodillas en el suelo,
sin que tomasen punto de sosiego,
porque poner los ojos en el cielo
fue lo primero que hicieron luego,
dando gracias a Dios que les dio tino
para ver y tomar aquel camino.

Luego de su negocio dieron cuenta
con voz de mil suspiros entremete,
diciendo que corrieron gran tormenta
y dieron al través en el portete,
donde gente feroz, cruel, sangrienta,
despojaron de vida ciento y siete
de pasajeros y de mercaderes,
sin perdonar a niños ni mujeres.

Los seis dellos se habían abscondido
escabulléndose de la refriega,
y fueron por camino no sabido
el tiempo que duró la noche ciega:
cuatro dellos habían perecido
porque la sed a muerte los entrega;
y escapar ellos de inconveniente
fue milagro de Dios harto patente.

Pues caminando por una zavana
de noche, vieron rastros de caballos,
y allí durmieron hasta la mañana
para poder mejor certificarlos;
y con divina fuerza más que humana
grande priesa se dan por alcanzallos,
pues quiso Dios que sin merecimiento
tuviese su deseo cumplimiento.

Pesóles de tan áspero suceso;
y la fatiga destes remediada,
el náufrago soltero y el profeso
con los demás se van a la Ramada,
donde otra vez usaron el esceso
dándoles una buena trasnochada,
so color del castigo dicho antes
y causas que decían ser bastantes.

Pero demás de aquellos delincuentes
que fueron agresores y culpados,
algunos miserables inocentes
fueron contra justicia castigados
con penas y castigos insolentes,
a todas crüeldades arrojados,
y las cudicias grandes del injusto
ordenaban los cargos a su gusto.

Y aunque el gobernador no lo sabía,
antes refrenó siempre los rigores,

las malas intenciones todavía
criaron coronistas y escritores,
pues quien sabía menos, escribía
al gran emperador o a los oidores
que la Española tiene con audiencia,
pidiendo contra Lerma residencia.

El cual ya poseído deste miedo,
determinóse de enviar a España
a su criado Nuflo de Sagredo
en confianza de su buena maña,
y llevar en derecho de su dedo
probanzas hechas contra quien le daña;
pues nunca faltan a quien manda junta
mil testigos que hinchan la pregunta.

Fueron pues las probanzas gran embargo
para se despintar algunos daños
que resultaran del proceso largo
primero que probara ser engaños;
y así le vino luego de su cargo
prorrogación de tres o cuatro años,
y a los más flacos en sus amistades
procuró de ganar las voluntades.

Mayormente de hombres que tenían
algunas honorosas cualidades;
y porque muchos otros padecían
varias dolencias y necesidades,

hospital hizo do se recogían
y se curaban las enfermedades;
y estas espensas eran a su costa,
que cierto no podía ser angosta.

También socorrería con sustento
don fray Tomás Ortiz, sabio prelado,
a quien el Lerma dio repartimiento,
que fue Bondigua, pueblo celebrado,
donde hacía principal asiento,
y por esto no poco murmurado,
por ser allí las grandes fundiciones
de las más comarcanas poblaciones.

De manera que la común malicia
su vida religiosa maculaba,
diciendo muchos dellos que cudicia
a residir allí lo convidaba,
y con diestros ministros de avaricia
alguna joya más se le pegaba;
mas él decía ser intención sana
y por les enseñar la fe cristiana.

Solían pues soldados ir a obscuras
para sacar sepulcros acechados,
algunos solos a sus aventuras,
por causa de los mandos publicados;
y ansí fueron a muchas sepulturas
sin que fuesen en ellas sepultados,

pues por asechos en lugares ciertos
de los vecinos indios eran muertos.

De suerte que por muchas sinrazones
que se hicieron en aquella era,
conmutaron los indios condiciones
quitando paz a toda la frontera,
Dorsino, Gaira y los demás ancones,
el de la tierra dentro y el de fuera,
sin acudir a tracto ni contrato,
ni dalles grano caro ni barato.

Mas ya por otras tierras y partidos
iba volando la veloce fama
de los ricos sepulcros referidos,
con trompa de cudicia que los llama
y un son que deleitaba los oídos
del cupido galán y de la dama:
así que ya tenía Santa Marta
de los recién venidos gente harta.

Tanto, que de la mucha que venía
estaban llenos hasta los rincones,
y en la misma sazón también había
necesidad con indisposiciones,
que Lerma por su parte socorría
con algunos regalos y raciones,
no para ser cabal mantenimiento,
sino manera de entretenimiento.

Mas el soldado que salud tenía
quisiera navegar con otros vientos,
porque la causa por que se movía
eran conquistas y descubrimientos,
y andando rancheando todavía
hallaba sin dineros alimentos;
de suerte que la gente más granada
deseaba hacer algún entrada.

Allí Pedro de Lerma florecía
en el tiempo que desto se tractaba,
cuya buena presencia prometía
aquello que por obras ya mostraba:
en esfuerzo, valor y gallardía,
aviso y discreción se señalaba,
y en recuentros había dado muestra
cual lo podía dar persona diestra.

Joven, gallardo y en edad florida,
bien acondicionado, bien dispuesto,
la barba roja, llena, proveída,
y de gracioso y agradable gesto,
cualquiera proporción tan por medida
que no tenía miembro mal compuesto;
en la conversación era süave,
no muy regocijado ni muy grave.

Ofrécese también a la memoria
como decía dél alguna gente

su nombre propio ser Pedro de Soria,
y el Lerma no venille propriamente,
y aun afirmaban por cosa notoria
no ser deudo del Lerma ni pariente:
pero no sabré dar razón bastante
por qué decían cosa semejante.

Pues antes y después que con él vino,
a todos ellos era manifiesto
tratallo Lerma como su sobrino,
y cuasi semejaban en el gesto:
juzgamos pues de aquí ser desatino
los que creían lo contrario desto:
y así con ser el Pedro mozo tierno
lo hizo general de su gobierno.

Pues como general entonces era
con todas las anejas condiciones,
aderezóse para salir fuera
con doscientos destrísimos peones:
que caballos en ninguna manera
pueden subir aquellos reventones,
y más adonde van valles horribles
cuyas entradas son inaccesibles.

Bocarabuey le llaman al primero,
y Bongay es el nombre del segundo;
profundísimos son entrambos, pero
el de Bocarabuey es más profundo,

rodeado de tal despeñadero
que no puede ser más en este mundo;
están más adelante de Tairona
al paraje del paso de Marona.

En ellos entran por una angostura
áspera para gentes extranjeras:
de dentro no contienen gran anchura,
pero poblados van por las laderas;
de yuca y de maíz es la cultura;
son todas gentes ricas y guerreras,
y bien como venados van lijeros
por peñascos y por despeñaderos.

Pues por los pasos más acomodados
el general entró con los que lleva,
y para ser los indios avisados,
su propia vista les llevó la nueva:
fueron en breve tiempo convocados
para venir en fuerzas a la prueba,
mas un cacique dicho Sollozoca
con aquesta razón abrió la boca:

«Si conocemos términos discretos
no conviene que nos alborotemos,
pensando que hará malos efetos
la poca cantidad destes que vemos;
y ansí mi parecer es que quietos
y con paz y amistad los esperemos,

satisfaciendo bien sus intenciones
con alimentos y con ricos dones.

«Haremos al contrario descuidado,
viendo que se le da buen acogida,
y no reposará sobresaltado
y con su gente bien apercebida;
y ansí podremos darnos buen recado
en privarnos a todos de la vida,
cobrando sin ningun inconveniente
nuestro caudal y el suyo juntamente».

A todos pareció consejo bueno,
y se ciñeron desta confianza:
en quietud pusieron el terreno,
reduciendo sus gritos a templanza,
creyendo ver aquel efeto lleno
de los que les promete su esperanza,
midiendo todos ellos los efetos,
según sus pensamientos y concetos.

Entre tanto llegaron los cristianos,
hablándoles con lenguas convinientes
y haciéndoles señas con las manos
para más mitigar sus accidentes,
diciéndoles: «Queremos ser hermanos,
amigos vuestros, deudos y parientes,
y que tengáis por bien dar obediencia
a un rey de grandísima potencia.

«A cuya fuerza no hay opuestos muros,
ni rebelde que luego no despoje:
sobre potentes reyes tiene juro,
y a su dominio todos los recoge;
viven libres, quietos y seguros
los suyos, sin que nadie los enoje,
y desta libertad y beneficio
gozaréis si venís a su servicio.

«Si celebrades estas amistades,
serán a todas partes honorosas;
y porque nuestras buenas voluntades
conozcáis, os daremos muchas cosas
que para vuestras huertas y heredades
muy necesarias son y provechosas,
y vosotros daréis en pagamento
eso que sólo sirve de ornamento».

A do paró la gente castellana
bajaron luego muchos principales,
así mancebos como gente cana,
no sin ostentación de sus caudales:
arco no parecía ni macana,
antes de paz son todas las señales;
ven de joyas de oro tal aumento
que daban al deseo henchimiento.

Y recibidos los primeros dones
y presentes que fueron de sustancia,

se comenzaron las contractaciones
ricas y no de menos importancia,
porque las maliciosas intenciones
se holgaban en dar cualquier ganancia,
tanto que del caudal y venta hecha
cada cual concibió mala sospecha.

El sol iba sus carros recogiendo
al hemisferio del opuesto cielo,
la lumbre de sus rayos abscondiendo
a los habitadores deste suelo,
y el alegre color se va vistiendo
de la librea del nocturno velo,
cesando por aquel inconveniente
contractos y el concurso de la gente.

Y así dijeron a las compañías
que del lugar hacían mudamiento,
que no fuesen pesadas ni tardías
en acudir con reconocimiento,
pues habían de estar por muchos días
dentro del valle y en aquel asiento,
donde les convenía regalallos,
porque, si no, saldrán a castigallos.

Pero ya despedidos los postreros,
el general habló con sus soldados,
y en secreto les dijo: «Caballeros,
ya nosotros tenemos embolsados

cuantidad no pequeña de dineros
pues pasan de cincuenta mil ducados:
paréceme determinación cuerda
poner la presa donde no se pierda.

«Pues sospechosa es la buena gana
con que dan sus haciendas los escasos.
Y ansí querría que con obscurana
no fuesen nuestros pies flojos ni lasos,
porque cuando llegase la mañana
tuviésemos tomados malos pasos,
do sin riesgo podemos en la cumbre
defendernos de tanta muchedumbre.

A todos ellos en cabildo juntos
les pareció consejo de discreto,
y el parecer que daba ser trasunto
de lo más substancial y más perfeto;
y con sus joyas en el mismo punto
ya partida pusieron en efeto,
de manera que fueron con obscuro
hasta llegar a puerto más seguro.

Cuando llegaron, ya la bella dama
del antiguo Titón mostró la cara,
e ya salía de la dulce cama
adonde del cansancio se repara,
y en la misma sazón febea llama
volvía las tinieblas en luz clara,

de suerte que los ojos en su daño
ya no podían padecer engaño.

Apenas pues los nuestros poseían
los altos y postreros reventones,
cuando tras ellos vieron que venían
desnudos y atrevidos escuadrones,
que de diversas partes descendían
con armas y dañadas intenciones,
haciendo que con más furia se muevan
ver que se van y ver lo que les llevan.

Los que más dieron más se señalaban
en ánimo y en dar paso lijero,
para con fin de los que lo llevaban
cobrar por fuerza de armas el dinero;
pero para llegar adonde estaban
habían de subir por contadero,
porque el espacio desta serranía
por otra parte no les daba vía.

Nuestras gentes estaban descansadas,
puestos a punto tiros de ballesta,
y prestos los escudos y celadas,
hoja desnuda y en la mano presta,
luchas galgas de piedras allegadas
para soltallas por la baja cuesta,
y por tener el alto lugar fuerte
ningún temor tenían a la muerte.

Los indios a las faldas del altura
y congregado número sin cuento,
por las ásperas sendas se procura
subir, y suben con gentil aliento;
mas por perseverar en su locura
muchos dellos ovieron fin sangriento
con crecido peñasco que rodante
barría los opuestos por delante.

El cual con aquel ímpetu violento
rompió de tal manera cuanto halla,
que quedaron sin vida más de ciento
y derribada mucha más canalla:
al modo de terrible rompimiento
en grave y asperísima batalla,
donde caen los muertos y los sanos
y unos quedan sin pies y otros sin manos.

Visto su mal principio de contiendas
con gentes tan mañosas y atrevidas,
determinaron de volver las riendas
de seguir los alcances despedidas,
y más quisieron no cobrar haciendas
que perder las haciendas y las vidas:
de manera que nuestros peregrinos
prosiguen sin estorbo sus caminos.

Llegaron a Bongay y entraron dentro:
conocen ser la tierra más amena,

mas apercíbense para recuento,
por ver de gentes la zavana llena;
pero de paz salieron al encuentro,
escarmentados en cabeza ajena;
dieron presentes, y el recate hecho
fue de veinte mil pesos el provecho.

Vista la presa pues no ser angosta,
antes digno caudal de ser guardado,
del valle se partieron por la posta
a fin de lo poner a buen recado;
finalmente salieron a la costa,
y fueron a su puerto deseado,
donde la gente dél se hizo presta
para los recibir con grande fiesta.

Descansaron después en la marina
algún tiempo, que fueron pocos días;
pero cebados en la golosina
del oro que les daban rancherías,
el buen Pedro de Lerma determina
salir a descubrir por otras vías,
y con trecientos hombres y el bagaje
la costa abajo hacen su viaje.

Soldados de valor son todos ellos,
en guerra cada cual ejercitado;
acia Chinila van guiando huellas
por bosque que hallaban despoblado;

don fray Tomás Ortiz iba con ellos,
primer obispo ya conmemorado,
al cual ya parecían pasos malos
aquellos que carecen de regalos.

Demás de ser la tierra no bien sana,
antes de tal calor que los abrasa,
mas al fin fueron a provincia llana,
que llamaron Caribes, tierra rasa,
no porque allí comiesen carne humana,
mas porque defendían bien su casa;
y así hicieron diez caballos menos
y diez y seis soldados de los buenos.

Porque ponían cautelosamente
preseas a las puertas do moraban,
y al tiempo del tomar, incontinente
los que vivían dentro los flechaban;
y ansimismo mataron más de veinte
de los amigos indios que llevaban,
que para servir iban de Bonda
y otros pueblos que hay a la redonda.

Cuando tomaron la ciudad primera
desta provincia castellanas lanzas,
estaban muchos moradores fuera
ocupados en casas y labranzas;
mas son de viva voz los recupera,
volviendo los deseos de venganzas;

y viéronlos venir los peregrinos
que velaban entradas y caminos.

Tocaron arma para subyectuallos,
y suenan las trompetas con su canto;
salieron al encuentro los caballos
a los indios poniendo gran espanto,
dejándose caer por no mirallos,
a causa que no vieron otro tanto;
y así prendieron a cuarenta dellos,
poniéndoles prisiones en los cuellos.

Y destes uno para ser gigante
naturaleza no lo hizo falto,
en la ferocidad y en el semblante,
en miembros, lijereza y en el salto;
y en altor de los brazos adelante
era sobre los altos muy más alto,
y de los españoles los más hechos
apenas le llegaban a los pechos.

Aqueste solo hizo resistencia
y se mostraba ser lozano gallo;
mas volvió sus furores en paciencia,
viendo sobre sí tantos de caballo:
aprimaronlo con diligencia,
y muchos hombres fueron en guardallo;
y allí con voz que gran temor ponía
a los presos con él reprehendía.

Decíales así: «Flacos villanos,
a quien su propia cobardía daña,
tantos en escuadrón y a mí cercanos,
¿cómo nunca supistes daros maña
y me dejastes solo y entre manos
de gente que os constaba ser estraña?
Pues con uno que espaldas me hiciera
nadie me subyectara ni rindiera.

«Antes a no perder mi fuerte maza
por vuestra culpa, tales ocasiones
ella diera, tan buen orden y traza
en machucar cabezas de ladrones,
que de cuantos estaban en la plaza
solamente quedaron los troncones,
y todos sin tomar ningunos pesos
rociaran la tierra con sus sesos».

Los bárbaros amigos que lo vían
en enojo y furor tan encendido,
por algunos vocablos coligían
de las palabras dichas el sentido;
y como su venganza pretendían
por ocasión del daño recibido,
pidieron al gigante por su suerte,
para vengarse dándole la muerte.

Pedro de Lerma, por les dar contento,
mandóles entregar el indio luego,

muy fuera de cristiano sentimiento;
pues no dejó de estar en esto ciego:
asieron dél gandules más de ciento
a quien se hizo del gandul entrego,
y brazos, pies, molledos y garganta
amarraron a una gruesa planta.

Estas crüeles diligencias hechas,
atado por mil vías al madero,
aperciben los arcos y las flechas,
y el mísero servía de terrero,
donde sin desviar iban derechas
al beneplácito del ballestero,
estremeciéndose con los dolores,
y el árbol ansimismo da temblores.

Con esta crüeldad dicha de suso
le clavan pechos, brazos, coyunturas,
mas él con el dolor tal fuerza puso
que quebró las espesas ligaduras,
y a pelear con todos se dispuso,
sacando de sí mismo flechas duras,
con puntas de las cuales ansimismo
él envió contrarias al abismo.

Pues aunque ya traía traspasado
de heridas mortales mortal vaso,
tras ello iba tan encarnizado
como bravo león en campo raso,

al tiempo que se halla rodeado
de los que por allí pasan acaso,
y si le pican se desembaraza,
y a cualquiera que toma despedaza.

Desta manera fue rompiendo venas
de los que van huyendo del portento,
hasta que de las frágiles cadenas
hizo separación vital aliento,
para morar en las eternas penas,
llevando cuatro muertos al tormento,
a quien él antes desta su partida
hizo que se partiesen de la vida.

En la ciudad el resto de la gente
jamás quiso salir de sus moradas,
y defendían valerosamente
no ser de los estraños saqueadas,
hasta tanto que ruego más ardiente
se las hizo dejar desocupadas;
prendieron muchos en aquel estrecho,
sin que tomasen cosa de provecho.

Por mucha diligencia que se puso
en trastornar alhajas del vecino,
no se halló cerrado ni recluso
punta de oro bajo ni de fino,
por no tener aquestas gentes uso
de lo que causa tanto desatino:

solamente sus bienaventuranzas
eran las sementeras y labranzas.

Destas era provincia proveída
y por todos espacios bien poblada:
gente lozana, blanca, bien fornida
y a su defensa muy determinada;
y así la nuestra no fue recibida
de paz, ni puso miedos el espada,
ni de sus pueblos, vista su presencia,
determinaron de hacer ausencia.

Era para poblar de gran sustancia,
si cayeran entonces en aquesto;
mas como luego no viesen ganancia
y tuviesen el riesgo manifiesto,
salieron no con poca vigilancia
en busca de terreno más compuesto,
para que con aumento de despojos
se templasen los bélicos enojos.

Caminaron con orden conviniente,
sin que ninguno dellos se desmande,
y con deseo ya de ver la frente
de guía cierta que con ellos ande:
un día dieron repentinamente
en aquel que llamaron río Grande,
la distancia del cual de orilla a orilla
no les causó pequeña maravilla.

Holgáronse de ver en sus riberas
diversidad de árboles sombríos;
entretejidas grandes cañaveras,
que suelen ser ornatos de los ríos;
en partes estendidas sementeras,
por las aguas frecuencia de navíos,
que son, según dejimos, unos leños
cavados, palos grandes y pequeños.

No faltó población ni faltó puerto
que por allí les vino muy a pelo,
y no dejaron de tener por cierto
ser río que cubría tanto suelo,
el que por mar había descubierto
el portugués Hierónimo de Melo;
por cuyo curso, yendo bergantines,
descubrirían tierras muy insines.

Por orden del caudillo que los manda,
luego fueron en busca de buhíos,
y el cumplimiento ven de su demanda,
pues los hallaron, pero ya vacíos
de moradores, que por otra banda
apresurados van con sus navíos,
donde llevaban todos sus haberes
con prendas de hijuelos y mujeres.

Mas aunque no tenían indios presos,
todavía de lo que les restaba

olieron los ventosos y sabuesos
copia de oro fino que pesaba
en cantidad de más de diez mil pesos,
muestra que mucho más adivinaba:
con el cual cebo nuestras compañías
allí gastaron diez o doce días.

Entre tanto que allí se detenían
e guías de la tierra se tomaban,
muchos indios amigos que traían
en aquel amplio río se bañaban;
pero cuantos entraban no salían,
antes la mayor parte se quedaban,
con ser excelentes nadadores
siempre desaparecían los mejores.

Hallábase la gente descontenta,
así soldados como capitanes,
y a ningún español se representa
la causa ni razón destos desmanes,
hasta que ya cayeron en la cuenta
de voraces lagartos o caimanes,
fiero dragón y acuática serpiente,
que hasta hacer presa no se siente.

Esta bestia crüel parece muerta
en el agua y a modo de madero;
pero para hacer su presa cierta
no puede gavilán ser más lijero:

va por turbias orillas encubierta
adonde cogen agua o lavadero,
y aun sin sacar del agua la ventrecha
de los que suenan fuera se aprovecha.

Pues como huela que por la ribera
anda bárbara gente o española,
si no puede cazar de otra manera
procura hacer presa con la cola,
que con pesado golpe saca fuera,
y es tal, que bastara con ella sola
a llevar plantas gruesas arraigadas,
cuanto más a personas descuidadas.

Son en estas astucias tan continos,
que aunque viven con miedo del engaño
todos aquellos bárbaros vecinos
reciben destas bestias mucho daño;
pues son en se llevar cuervos marinos,
y las corrientes aguas en su baño,
y es su recreación y policía
lavarse muchas veces en el día.

Algunos indios por guarida cierta
hacen dentro del agua palizadas,
para que por allí no halle puerta,
y ellos tienen por tierra sus entradas;
mas natural instinto que despierta
al caimán en las noches más cerradas,

éntrase por la puerta que está fuera,
y cubierto con agua los espera.

No para que el entrada les defienda
el crüel alguacil, mas la salida
procura de estorbar, porque se entienda
ser su jurisdicción la tal guarida
y ansí cuando se bañan le dan prenda
que no les cuesta menos que la vida,
y él para confirmar sus malas mañas
les da por aposento sus entrañas.

Alguna destas bestias hay que tiene
a veinte y aun a treinta pies de largo:
a tierra sale cuando le conviene,
y un indio vide yo quedar amargo,
que por sacar cangrejos se detiene
en playa do le dimos este cargo;
el cual estaba tan embebecido
quel lagarto llegó sin ser sentido.

A los gritos acude gran gentío,
y él de la prensa no bien enterado
volvió los pasos al cercano río
que estaba breves pasos apartado;
quedando del sangriento desafío
el mísero gandul tan mal parado,
que puesto caso que no faltó cura
vi que su vida fue de poca dura.

Pero por cierto suerte fue galana
la que supo hacer un Andresillo,
por librar su mujer llamada Juana
de boca del vorace cocodrilo,
que como viese mano que cercana
en el río hinchese cantarillo,
asióle della con su duro diente
y tras sí la llevó lijeramente.

Oyendo los clamores y la grita,
y viendo que le lleva su querida,
el osado zagal se precipita
en la profundidad por dalle vida,
y dentro de las aguas se la quita
sin que pudiese dalle más herida;
porque con un machete que tenía
los ojos al caimán entorpecía.

No perdió los manjares de su mesa
por cobardía, porque tiene poca;
pero por no quedar con vista lesa
cuando fuerza menor allí le toca,
con temor y dolor suelta la presa
del crüento sepulcro de su boca;
pues con ser animal feroz, rabioso,
es siempre de sus ojos temeroso.

Muchos afirman este devaneo,
o verdad de que yo soy ignorante,

y que para tan áspero torneo
este remedio dicen ser bastante;
pero yo ciertamente no deseo
necesidad de prueba semejante,
aunque cierto español con estas mañas
se libró de no ir a sus entrañas.

Alonso Sánchez este se decía,
de Murcia natural y allí nacido,
el cual en aquel tiempo que venía
gente por descubrir este partido,
para juntarse con la compañía
de quien había sido dividido,
por no quedar allí le fue forzado
a riesgo de morir pasar a nado.

Llevando presuroso la carrera,
y de la concluir no sin antojos,
voracísima boca de la fiera
a su vientre le quiso dar despojos:
él viéndose tractar desta manera
acude con los dedos a los ojos,
con la cual prevención el sin ventura
se libró de la viva sepultura.

Hiende las aguas con veloce mano
por poderse hallar en la orilla;
mas antes que se viese tan cercano
que la tomase por segura silla,

la sierpe por las carnes del cristiano
hincó dos o tres veces la mejilla,
y el español con lo que ya sabía
con gran valor de sí la despedía.

Al fin pudo salir, mas de tal arte
y la mísera carne tan rompida,
que diligente cura no fue parte
para podelle dar alguna vida;
pues luego que topó nuestro estandarte
fue el alma de las carnes despedida,
habiendo ya limpiado su conciencia
con sacramento de la penitencia.

Poco después otro gentil soldado,
delante los demás desta conquista,
cierto río tentó pasar a nado,
y en presencia de todos y a su vista
fue de crüel caimán arrebatado:
hay quien lo ve, mas no quien lo resista:
pide favor, y nadie favorece;
zabúllese con él, y desparece.

Pudiéramos contaros maravillas
de la braveza de este serpentino;
mas bien será decir de Juan Varillas
y Martín Sánchez, hoy nuestro vecino,
que vieron un caimán en las orillas
del agua por do guían su camino,

al cual tiran y dan con un espada,
por no perdella con cordel atada.

Luego con furiosos accidentes
feroz arremetió con la canoa,
y con aquellos espantables dientes
asió de los remates de la proa:
asombráronse desto nuestras gentes
con pesado pesar de que la roa,
porque cuanto mordió la bestia fiera
otro tanto sacó de la madera.

Él en efeto es boquirasgado,
sin lengua, con dos órdenes de dientes,
de durísimas conchas rodeado,
los pies no de lagarto diferentes:
es largo de hocico y ahusado:
son astutas y cálidas serpientes;
tigre los acomete si los halla
en tierra, y es de ver esta batalla.

Porque el pintado tigre lo rodea
con presurosos saltos y lijeros,
defendiéndole el agua que desea
de ríos, de lagunas o de esteros,
y clávale durante la pelea
con las uñas las conchas y los cueros:
da muestras el caimán de su braveza,
aunque le falta presta lijereza.

Mas abre las durísimas quijadas,
hace sus diligencias y se enhiesta,
dando tan sonoras tenazadas
como tarasca día de la fiesta;
da vueltas con la cola tan pesadas.
Cuando para herir la hace presta,
que si con ella diese, por enmedio
al tigre partiría sin remedio.

Y si en el arsenal o seca plaza
el tal tigre gozó de vencimiento,
arrastra luego la pesada caza
a montüosa cueva y aposento,
adonde la desconcha y despedaza
para satisfacer pecho hambriento;
mas si pasar el río le acontece
el caimán es allí quien prevalece.

Porque suele la maculosa fiera
muchas veces pasar una corriente
a nado, para ver parte frontera,
que de caza será más conviniente;
mas si caimán lo ve por su ribera
subyéctalo en el agua fácilmente,
y no tiene dudoso vencimiento,
sino cierto, por ser en su elemento.

Y así cualquiera dellos ha por buena
la pelea del puesto do se cría:

quel tigre pasa el río con su pena;
y el caimán, si del agua se desvía,
o para desovar en el arena,
o ya para dormir al sol del día,
de la manera dicha se aprovecha
el tigre, cuando ve su suerte hecha.

Los huevos como de ánsar y mayores
en el arena deja sepultados,
adonde con la fuerza de calores,
sin los ver el caimán, son animados:
toman en ellos gustos y sabores
los indios, aunque sean empollados,
y aun si lo matan, como cosa buena,
de carne del caimán hacen su cena.

Y también en hambrienta pesadumbre
alguna vez le fue manjar aceto
a quien nunca lo tuvo de costumbre
ni pensó de se ver en tal aprieto;
pero la hambre pone dulcedumbre
en lo que careció de tal efeto:
aconteció también desta comida
quedar no pocos hombres sin la vida.

No vino sin aqueste detrimento
campo del español en la jornada
que entonces hizo del descubrimiento
de aqueste nuevo reino de Granada,

cuando por falta de mantenimiento
la gente se sentía fatigada
junto del río Grande, donde agora
llaman los cuatro brazos y la Tora.

Allí para pescar más a provecho,
un Juan Rodríguez Gil con un anzuelo,
con temor del caimán que por asecho
al que se descuidó pescó de vuelo,
había cierta barbacoa hecho
dos varas de medir alta del suelo,
pareciéndole que por esta vía
ningún riesgo de muerte correría.

Llegóse con las aguas ocultado
el vorace caimán a la ribera,
y embistiendo con ellas el tablado,
la cautelosa cola sacó fuera,
dando con ella golpe tan pesado
que derribó por tierra la madera:
al instante volvió la boca brava,
mas no pudo pescar al que pescaba.

Pues aunque se mojó con la tormenta
del agua que el caimán echó por alto,
no le tocó la cola con que tienta
para cebar la boca hacer salto,
y el Juan Rodríguez hoy día me cuenta
cómo turbado deste sobresalto,

con las manos y con los pies estriba,
huyendo dél por la barranca arriba.

Después que derribó la barbacoa,
viendo que le faltó tan buen bocado,
el cuerpo descubrió como canoa
no lejos de la orilla sobre aguado:
acude luego Cristóbal de Roa,
en puntería bien ejercitado,
y con el fuego que otras armas cala
en las entrañas le metió la bala.

Al profundo del agua se metía,
y brevemente se mostraba fuera;
la cola y la cabeza revolvía
como si con alguno compitiera:
finalmente, lo vieron otro día
ya muerto y al través en la ribera,
con un olor de almizcle que dél nace
pesado ya por ser tan efficace.

Fue luego por el español abierto
para lo sepultar en el archivo,
pero por el hambriento desconcierto
el dragón se mostró vindicativo,
matando muchos más después de muerto
que pudiera matar estando vivo,
porque sobre sesenta perecieron
que de las carnes del caimán comieron.

Pudiéramos, contando semejantes
trabajos, consumir algunos días;
mas quiérome volver adonde antes
dejé las españolas compañías;
las cuales ya del río van distantes,
procurando volver mediante guías
al mar de Santa Marta y a su tierra,
atravesando la cercana sierra.

Alguna población se descubría,
y algún oro del bárbaro vecino,
mas para bestias por ninguna vía
pudieron hallar cómodo camino;
y así volvieron por do ya sabía
sus dormidas el campo peregrino:
vieron su Santa Marta deseada,
pero halláronla toda quemada.

Pues como fuese fábrica pajiza
y del calor sequísimas las pajas,
con ventoso furor que las atiza
(y allí son más continuas sus ventajas)
presto se convirtieron en ceniza
de unos y de otros las alhajas;
pero recién venidos destas gentes
perdieron mucho más por ser absentes.

Pues no les escaparon vestidura
ni aun otras cosas de valor más lleno;

y es así cierto que con la presura
quel viento causa y el ardiente feno,
la mejor amistad al fin procura
sacar antes lo suyo que lo ajeno,
cuanto más que quien algo sacar pudo
quedó menos vestido que desnudo.

Por levantarse grande torbellino
a medio día con nordeste viento,
e ir todos a casa del vecino,
donde fue su primer encendimiento
cocina de un Armentia, vizcaíno,
destas casas la más a barlovento;
y así cuando volvían a sus casas
los demás las hallaban hechas brasas.

Díceme pues la compañía vieja
aquesta fuego ser red barredera,
que toda la ciudad hizo pareja,
porque tan solamente quedó entera
la del gobernador por ser de teja,
y estar también un poco más afuera:
en los cuales incendios contractantes
perdieron mercancías importantes.

Vista la destrucción y perdimiento
el sabio general puso la frente
en proseguir aquel descubrimiento
para restauración de aquella gente;

▪ Juan de Castellanos ▪

mas porque yo me hallo sin aliento,
determino, primero que lo cuente,
tomar algunas horas de sosiego,
y en descansando yo volveré luego.

▪ CANTO CUARTO

Donde se cuenta cómo Pedro de Lerma desde a pocos días que llegó a Santa Marta salió a descubrir tierras nuevas con algunas guías que trajo de los Caribes.

Origen fue de grandes perdiciones
para los pobladores de algún puerto
faltar a los principios intenciones
de poner en jurídico concierto
aquellas grandiosas poblaciones
que con sudor habían descubierto,
parando solamente sus deseos
en el provecho vil de los rancheos.

Pues absortos en esta golosina,
lejana de quieta providencia,
ninguno por allí se determina
a la perpetuidad y permanencia,
antes sus intenciones encamina
a muertes, robos, sacos y violencia,
sin que gobernador hiciese cuenta
de poblar, repartir y tener renta.

Y así también sin estos pensamientos
sacó Pedro de Lerma sus soldados,
que fueron todos más de cuatrocientos,
valerosos y bien aderezados
de todos militares ornamentos,
con más de cien caballos estremados,
siguiéndolo la gente más granada
de la que con él vino del entrada.

Mas el obispo, lleno ya de saña,
no quiso reiterar estos caminos,
viendo cómo se daban mala maña
para se convertir indios vecinos;
antes determinó volver a España
con buenos granos de veneros finos,
donde por apartarse de consejas
no quiso mas volver a sus ovejas.

Mas el Pedro de Lerma diligente
la costa arriba hizo su corrida
a la Ramada, parte conviniente
para llegar a tierra bastecida;
y en el valle de Upar metió su gente,
provincia ya de todos conocida,
caminando por entre las dos sierras
hasta que descubriesen nuevas tierras.

Muchos señores desta gente ruda
salían con pacífico semblante

dándoles el socorro y el ayuda
que pretendía nuestro caminante:
llegan a Pacabuey, gente desnuda,
aunque provincia rica y abundante;
caminan hasta ver playa y arena
del río grande de la Magdalena.

Cuyas riberas el cristiano bando
cebados en olor de ricos dones,
fue por algunos días costeano,
y descubriendo muchas poblaciones,
de las cuales algunas, recelando
mañas y sutilezas de ladrones,
a la contraria banda destos ríos
huían con sus joyas y atavíos.

Alguna gente menos recatada
por algunos respectos les parece
ser mejor no salir de su morada,
antes buen amistad y paz ofrece,
y aquesta por los nuestros fue guardada,
cosa que pocas veces acontece;
mas no tomó la gente castellana
sino lo aquellos daban de su gana.

Allí mediante paz se rehacían
de cosas necesarias al camino,
y de los comarcanos acudían
a ver a nuestro campo peregrino,

de los cuales algunos ofrecían
preseas de oro bajo y oro fino;
también daba noticia que adelante
había tierra rica y abundante.

Antonio de Lebrija con Berrío
hicieron su corrida más prolija
con algunos soldados de buen brío
para poder tener nueva más fija,
y entonces descubrieron aquel río
que de su nombre llaman hoy Lebrija,
y allí todas las gentes descubiertas
decían que las nuevas eran ciertas.

Afirmaban haber a las vertientes
de las sierras que lejos parecían
crecidas poblaciones, cuyas gentes
de telas de algodones se vestían,
con otras circunstancias convinientes
a los que tierras nuevas inquirían;
mas por no los creer o por locura
perdieron una buena coyuntura.

Pues como ya tuvieron recogido
de joyas y preseas algún grano
con que se mejorase su vestido,
determinan volver al Oceano:
apartando, según después se vido,
aqueste nuevo reino de la mano,

y pudiendo seguir tales carreras
entonces por provincias más enteras,

y con gente de guerra más cursada
en la necesidad y en rompimiento,
pues para cualquier áspera jornada
uno valía tanto como ciento;
pero con todo eso descuidada
de se perpetuar en un asiento,
sino siempre con torpe golosina
de robar y volver a la marina.

Adonde lo ganado con quebranto
perdía tracto poco virtuoso;
pero de Pedro de Lerma me espanto,
mozo valiente, diestro y animoso,
no querer ver lo que loaban tanto,
siendo de cosas grandes cudicioso:
en efecto, con ser gente bastante,
no quisieron pasar más adelante.

Volvieron a la mar, y dada cuenta
de lo que les había sucedido,
y en juegos, en amores, compra y venta,
el despojo robado consumido,
como no poseyesen otra renta
sino la que cogían del vencido,
en consulta común han acordado
volver a rebuscar lo vendimiado.

También para ver tierras no sabidas
y riquezas del bárbaro vecino;
e ya teniendo todos prevenidas
las cosas necesarias al camino,
hubo ciertas palabras desabridas
entre los Lermas dos, tío y sobrino,
por un fulano Sanctos de Saavedra
que después mala muerte fue su medra.

Al fin el sinsabor desta pendencia
al sobrino le pudo dar abierto
camino para le pedir licencia
para poder salirse deste puerto,
y el tío se la dio sin advertencia,
pensando su designo ser incierto;
mas el Pedro de Lerma con coraje
a tierras de Pirú hizo viaje.

Acompañólo gente valerosa
que gastaron allí hartos otoños:
fue Lorenzo de Aldana y Hinojosa
y aquel bravo león Rodrigo Orgoños,
y quisieran, según iba la cosa,
irse soldados viejos y bisoños;
mas el gobernador les puso freno
por no desamparar aquel terreno.

Sobrello castigaron atrevidos
con penas y castigos diferentes;

mas los cuatro que tengo referidos
llegaron a Pirú con otras gentes:
son de Almagro y Pizarro recibidos,
honrándolos con cargos eminentes,
y después en sus bandos y cuestiones
cada uno siguió sus aficiones.

Orgoños por sus fuerzas y prudencia
fue maese de campo del Almagro;
cuyo valor no tuvo resistencia
en lo que se juzgara por más agro,
y en cualquiera sangrienta competencia
su brazo hizo cosas de milagro;
y ansí de su virtud y de su lanza
Almagro hizo grande confianza.

El Lerma no fue; menos estimado
del Pizarro, que mucho lo quería,
pues por su general salió nombrado,
y en el cargo mostró su valentía:
después dieron a Alonso de Alvarado
el honroso cargo quél tenía,
por cuya causa Lerma, de corrido,
siguió con el Orgoños su partido.

Diego de Almagro hizo dél gran cuenta,
por ser sus obras de todo bien dinas;
después como batalla se presenta,
con las entrañas ya luciferinas,

Orgoños vio su fin en la sangrienta
batalla que se dio de las Salinas,
y al Lerma mal herido y en su lecho
acabó Samaniego por asecho.

Pero volvamos a Santa Marta,
porque nuestro designo se concluya,
donde tenían vigilancia harta
en que la demás gente no se huya;
y ansí el gobernador hizo que parta
luego la mayor parte de la suya,
a descubrir por tierra y con navíos
por aquel río Grande y otros ríos.

Un Juan de San Martín capitán era,
y Juan de Céspedes ni más ni menos,
con ciento y diez soldados, que cualquiera
podían igualar a los más buenos;
no se llegaron más en esta era,
por haberse huido destos senos
en barcos y navíos a la fama
que de Pirú por Indias se derrama.

Fue Sanctos de Saavedra bullicioso
nombrado capitán de macheteros,
para que por el bosque tenebroso
abriese los caminos y senderos;
también para pasar lugar acuoso
determinan llevar barcos lijeros,

pues por el río Grande y sus orillas
han de comunicar ambas cuadrillas.

Tres barcos llevan para tal socorro
y para se valer con menos daño,
y para que detrás de punta o morro
sean a los de tierra desengaño;
son Alonso Martín y Juan Chamorro
capitanes, y Rodrigo Liaño:
en efecto la principal demanda
era poder pasar a la otra banda.

Porque tenían ya noticia buena
que la tierra cercada de dos ríos,
el de Cauca y el de la Magdalena,
se hollaba de grandes señoríos,
y cualquier población estaba llena
del pálido metal que son sus píos;
y aun el día de hoy aquel camino
es una pura pasta de oro fino.

En este tiempo vino por prelado
un don Alonso de Robles, cristiana
persona, y hombre bien intencionado
consuelo desta gente castellana;
trajo por provisor cierto letrado
que llamaban el bachiller Viana,
clérigo grave, buen estudiante,
y para gobernar hombre bastante.

Aderezado pues lo conviniente
de caballos y militar arreo,
el clérigo Viana que presente
se deseaba ver en el rancho,
el Lerma lo nombró por su teniente,
conociendo ser este su deseo;
coadyutor Cristóbal de Quiñones
para las criminales ocasiones.

La costa bajo van con gente poca,
y no bien proveída la mochila,
los barcos a meterse por la boca
del río que otros ríos recopila;
y el escuadrón de tierra se convoca
para cortar a tierras de Chimila,
y desde allí pasar por gente blanca
hasta poder llegar a la barranca.

Do tiene de esperar la demás gente
que sube por raudales inquietos,
porque por agua y tierra juntamente
procuren de hacer buenos efetos:
rompen pues espesuras, do la frente
seguía por jüicios más discretos,
y sin mantenimientos y sin guías
tardaron en salir bien ocho días.

Viejo valor y el que de nuevo vino
nunca pensó salir de la jornada,

porque con hambre y el sudor contino
la gente se sentía fatigada;
pero mediante Dios y su buen tino
llegaron a la tierra deseada
de Chimila, provincia bastecida,
donde hallaron copia de comida.

Después para llegar do pretendía
el campo, y a esperar los barcos pare,
río de Ariguaní tomó por guía,
y por aquel se fue hasta Cazares:
salen de la montaña que tenía
a tierra quel camino les declare;
llegaron por hacer aqueste trueque
a las lagunas de Tamalameque.

Los indios de la tierra, como vieron
gentes de quien ignoran pensamientos,
en las islas que tienen se metieron
con hijos y mujeres y alimentos:
desta causa los nuestros padecieron
aquello que padecen los hambrientos;
diose orden en que de paz se trate,
y así dieron comida por rescate.

Apercebidos ya de buenas guías,
prosiguen adelante su carreras,
e ya pasados tres o cuatro días
vieron del río Grande las riberas:

supieron que las otras compañías
iban días había delanteras;
despacharon canoa de improviso
con indios de paz que les den aviso.

La canoa que fue, por ser lijera,
en menos de dos días los alcanza;
mas ellos en volver do el campo espera
hicieron ocho días de tardanza:
entre tanto Viana, como era
delicado varón y sin usanza
de padecer trabajo tan austero,
allí vido su día postrimero.

Hizo la diligencia que es aneja
a quien de los presentes se desvía:
conoce su maldad, de sí se queja
con las palabras que David decía,
y a San Martín y a Céspedes les deja
los cargos y poderes qué'l traía:
Saavedra recibe descontento
de que en ellos hiciese nombramiento.

Este fue gentil hombre de buen gesto,
mancebo generoso de Sevilla,
mas no tan corregido ni modesto
que rehusase siempre la rencilla;
y así determinó de estorbar esto
moviendo para ello la cuadrilla,

y a los que vienen en los bergantines
también solicitó para sus fines.

Y dijo: «No será razon liviana,
antes juicio de varón discreto,
decir quel nombramiento de Viana
es en sí todo de ningún efeto;
porque Lerma con intencion cristiana,
y a cuyo mandamiento me someto,
quiere que eclesiástico prudente
sea siempre cabeza de su gente.

Aquí tenemos a fray Pedro Zarco,
de tan buenos avisos y tan doto,
que de quien manda en tierra y en el barco
puede ser la cabeza y el piloto;
es hombre de valor, de peso y marco,
y como tal le quiero dar mi voto:
que tanto capitán, tanto tronido,
no pueden llevar campo bien regido».

A unos pareció bien la demanda,
y en otros también hubo repugnancia;
mas los que Sanctos tiene de su banda
hacían en el caso gran instancia,
y el Céspedes les dijo con voz blanda:
«Señores, por ser cosas de substancia,
por hoy el nombramiento se detenga,
y mañana haréis lo que convenga».

El alboroto dicho ya quieto
con lo que Juan de Céspedes les pide,
hablan los capitanes en secreto
con Alonso Martín quel caso mide,
y quedan concertados en efeto,
que Rodrigo Liaño los convide
en su barco a comer día siguiente,
y a Sanctos de Saavedra juntamente.

Llegada ya la general cubierta
ansí de feo como de lo bello,
entre los capitanes se concierta
el modo que ternán para prendello,
sin haber alboroto ni reyerta
de parte de los que le dan resuello,
pues Sanctos de Saavedra, aunque liviano,
tenía mucha gente de su mano.

Pero los capitanes y el Quiñones,
por quien se concertaban estos tratos,
estaban hartos de sus sinrazones,
menosprecios, solturas, desacatos,
y tenellos en tales opiniones
como si fueran unos insensatos:
lo cual ellos con el que los avisa
el enojo mayor echan en risa.

Y agora, por estar determinados
a que se haga dellos justa cuenta,

secretamente hablan a soldados
que en número serían como treinta,
de quien vivían ellos confiados
ser buenos hombres en cualquier afrenta;
y con aviso como convenía
esperaban la clara luz del día.

Después que descubrió la frente clara
y sus rayos aquel señor de Delos,
la gente prevenida se repara
de munición y fraudulentos velos,
pues por las apariencias de la cara
nadie pudiera concebir recelos;
y el Quiñones llamó con gran sosiego
a Luis de Manjarés que vino luego.

Y díjole: «Señor, es mi demanda,
y destos caballeros congregados,
que vuestra merced vea la otra banda
con dos o tres docenas de soldados;
haga la lista Pedro de Miranda
de los que por vos fueron señalados:
veréis qué población dentro se encierra
y qué disposición tiene la tierra».

Luis de Manjarés que dello gusta,
sin sospechar los trances rigurosos,
como le pareció demanda justa
nombró treinta soldados animosos,

los cuales se metieron en la fusta,
y acertaron a ser los sospechosos:
el Alonso Martín les pasó el río,
y luego se volvió con el navío.

Vuelto Alonso Martín, llegó Liaño
a Santos que sospecha no tenía
de donde le pudiese venir daño,
y díjole: «Holguémonos un día
de cuantos trabajamos todo el año,
y vuestra merced tenga compañía
a estos caballeros y soldados,
que son en mi navío convidados.

«Bien veo mi convite no ser dino
de personas de vuestras cualidades,
pero no faltará bizcocho y vino
guardado para las necesidades;
también tenemos lonjas de tocino,
y demás desto buenas voluntades,
cecinas y tasajos de ternero,
y si quisieres más por buen dinero».

Riose Saavedra como angosto
de sienes, y aceptó mala comida,
porque no le sabía mal el mosto
con quel dicho Liaño lo convida;
el cual no lo gustó, pero su costo
no menos se pagó que con la vida:

entró pues el mancebo sin ventura
en el barco que fue su sepultura.

Tenían como suele comúnmente
debajo la toldeta mesa puesta:
en medio le hicieron que se asiente,
mas no para hacelle mayor fiesta,
pues Juan de Céspedes incontinente
asíó del arma quél hacía presta;
cargaron cuantos son a la batalla
del espada que nunca quiso dalla.

Céspedes le requiere muchas veces
le dé las armas sin gastar razones;
responde: «No os conozco por jüeces,
sino solo a Cristóbal de Quiñones;
porque vosotros sois unos soeces,
villanos y de malas intenciones».
Al fin Quiñones le tomó la espada
la guarnición torcida y aun quebrada.

Oyendo los de tierra las recuestas,
acuden todos con sus municiones;
mas Alonso Martín tenía prestas,
con recelo de las alteraciones,
en su navío copia de ballestas
armadas con saetas y arpones;
y ansí tiene por bien estar a raya
sin pasar adelante de la playa.

Como pararon los de la ribera
viendo las amenazas peligrosas,
ponen al pobre Sanctos en collera,
las manos apretadas con esposas;
hacen información de cómo era
un hombre de costumbres sediciosas,
toman de sus delitos seis testigos
de aquellos que les son menos amigos.

Hecha la información desta manera,
más llena de rencor que de paciencia,
Quiñones sentenció que luego muera,
y el Sanctos apeló de la sentencia;
mas como la pasión fue medianera,
no le bastó razón ni diligencia:
finalmente, fue muerte de garrote
la paga del convite y el escote.

Confesó con un padre lusitano,
viendo de sus contrarios el intento,
y no tener amigos a la mano
que mitigasen este movimiento:
murió como católico cristiano
y grandes muestras de arrepentimiento,
y aunque en morir fue poca la tardanza,
dio de su salvación buena esperanza.

A tierra lo sacó contrario bando,
manifestándose nuevos editos,

con voz de pregoneros pregonando
no sé qué desvergüenzas y delitos,
para que los subyectos a su mando
supiesen que constaban por escritos:
dejáronlo sobre la arena blanda,
hasta venir los de la otra banda.

Después que Manjarés ovo venido
de donde fue con treinta compañeros,
tomó tanta pasión cuando lo vido,
que llamó de bellacos, carniceros,
cuantos en lo matar habían sido,
alevosos y malos caballeros,
y que sin quedar uno ni ninguno
lo hará conocer a cada uno.

Mostró cada cual dellos sentimiento
oyendo las palabras atrevidas,
y quisieran ponelles escarmiento
si pudieran hacello sin heridas;
mas disimulan el atrevimiento,
por no perder allí todos las vidas,
pues si se comenzaran los maitines
sus horas no tuvieran buenos fines.

Porque todos los más del estandarte
sentían de lo hecho grave pena,
y el Manjarés tenía de su parte
la gente principal y la más buena:

y ansí, viendo la cosa de mal arte,
su disimulación quedó mas llena,
poniendo de por medio su cordura
a la temeridad y a la soltura.

San Martín y Cristóbal de Quiñones
riñen a Manjarés su desatino
debajo de amistad, y sus razones
bastaron a metello por camino;
y ansí se quietaron corazones
dispuestos a terrible torbellino,
y pasada la furia deste fuego,
nunca tuvieron más desasosiego.

Antes pues que la noche se viniese,
por todos sus amigos se procura
que al miserable cuerpo se le diese
cubierta de terrena sepultura,
y allí fray Pedro Zarco que hiciese
lo que debe hacer el docto cura;
al cual no le faltaba sentimiento
por ser la causa de su perdimiento.

Llevó su cuerpo gente generosa
al sepulcro que ya tienen abierto
debajo de la ceiba más umbrosa
que pudieron hallar en aquel puerto;
y encima del sepulcro ponen losa,
por donde su lugar fuese más cierto,

para lo trasladar en algún día,
y allí pusieron letra que decía:

*Aquí vio su postrero día
un Sanctos de Sayavedra:
queda debajo esta piedra
muerto por quien lo temía.
No hace su causa blanda
ni carece de demencia
el que toma competencia
con la persona que manda.*

A las exequias tristes dados fines,
otro día después deste siguiente,
en orden se pusieron bergantines
y embarcan los caballos y la gente,
para poder pasar a los confines
de la ribera que tienen enfrente,
que después se llamó de Cartagena,
entrel río de Cauca y Magdalena.

Estando todos ellos en la banda
de tierra que tenían por más harta,
junta de capitanes que los manda
ordena que la gente se reparta:
van los de tierra pues en su demanda;
vuelven los de la mar a Santa Marta,
donde de los rancheos que habían hecho
llegaron todos con algún provecho.

Los otros van por entre los dos ríos,
el Grande y el de Cauca, que se llama
hoy de San Jorge, cuyos señoríos
fueron mucho menores que la fama,
pues no ven tanta copia de buhíos
cuanto noticia de indios encarama;
mas si pasaran el de Cauca sanos
el Cenú les hinchiera bien las manos.

Adonde después los de Cartagena
en tierra de compás inhabitable,
hallaron, sin haber natural vena,
riqueza de valor inestimable,
en sepulturas, de que estaba llena,
con mortandad a vivos agradable;
pues hubo de lo por cuenta vino
setecientos mil pesos de oro fino.

Mas estos, puesto caso que noticia
alguna se les dio destas culturas,
no les fue la fortuna tan propicia
que cayesen en estas sepulturas;
antes los consumía la malicia
de malos aires, grandes espesuras,
en cuyos arcabucos y conveses
gastaron más espacio de ocho meses.

En montes era la mayor sustancia,
garrapatas, mosquitos y otras plagas,

y destas ocasiones abundancia
de crüeles y encanceradas llagas,
adonde no prestaba vigilancia
en abrasallas con ardientes dagas:
ansimismo do quiera que dormían
murciélagos en vida los comían.

Demás de no hallar mantenimiento,
faltábales la sal, y es una cosa
que no causa pequeño detrimento
en gente de salud menesterosa,
pues de faltas en un descubrimiento
es aquesta la más perniciosa,
y ansí los cuerpos en aquellos puertos
se hinchen de gusanos sin ser muertos.

Salíales a todos mucho grano
con las alteraciones de un devieso,
y dentro molestísimo gusano,
áspero, peludillo y algo grueso:
da voces y gemidos el más sano,
por ser aquel dolor en gran esceso,
hasta que ya cayeron en la cura,
que fue fácil y no de mucha dura.

Pues de diaquilón un parche hecho
sobre la hinchazón y carne flaca,
hace la fuerza dél tanto provecho,
que la mitiga y el gusano saca:

el duro torondón queda deshecho,
la pena quita y el dolor aplaca;
y alguno me vendió por mani fiesto
que falta de la sal causaba esto.

Y aun a queste mortal inconveniente,
de que los racionales se quejaban,
la bestia caballar también lo siente,
pues los caballos todos se pelaban;
comen y roen con rabioso diente
cueros, ropas y cosas que topaban,
hasta lamer con esta golosina
la tierra do derraman el orina.

Como se viesen pues menoscabados
muchos caballos y españoles muertos,
en un parecer son determinados,
y fue volver a los marinos puertos:
flacos, perdidos, mal aderezados,
pusieron en efecto los conciertos:
balsas por ellos hechas dan avío
para pasar el caudaloso río.

Pasaron sin que hallen resistencia,
y a Santa Marta por aquel instante
enviaron de la real audiencia
un oidor, que fue el doctor Infante,
para tomar al Lerma residencia;
el cual halló la tierra de menguante

y al gobernador García de Lerma
en cama, su persona mal enferma.

Aquesta residencia proveída
se hizo pregonar luego que vino,
mas apresuró Lerma su partida
para la dar ante el jüez divino,
huyendo los trabajos desta vida
por pasos de católico camino:
quedando por su fin desconsolados
todos estos vecinos y soldados.

Por ser en sus costumbres tan modesto,
que no supo, con ser un hombre claro,
decir mala crianza ni denuesto,
ni quiso de sus bienes ser avaro;
fácil en perdonar, y demás desto
los pobres lo tenían por amparo:
allí tuvo de oro buena suerte,
pero sin él al tiempo de su muerte.

Ordenan pues aquel enterramiento
los hombres nobles y el doctor Infante,
el cual fue con más tierno sentimiento
que con vistosa pompa ni pujante;
y encima del humilde monumento
puso dos versos un estudiante,
cuyas palabras breves y funestas,
según algunos dicen, fueron estas:

*Terrestri lecto dormis nunc optime Lerma
at tua non somno fama sepulta manet.*

En esta terrestre cama
duermes, García de Lerma;
mas no conviene que duerma
en ella tu buena fama.

Cuando venían pues los del entrada
buscando de comer por el camino,
los visitó con paz enmascarada
Alonso, principal indio ladino,
persona por allí bien señalada,
que de Tamalameque fue vecino;
y este les dijo si querían grano
fuesen a Sopatín, pueblo cercano.

Y aunque tenían poco de presente,
suplirían los indios su penuria,
en tanto que pasaba la creciente,
por entrar el invierno con gran furia:
entró pues en acuerdo nuestra gente
sin sospecha de padecer injuria,
y acordaron por no ser tan molestos
de que se repartiesen en dos puestos.

En cumplimiento pues de lo que hablo
se reparten los pobres peregrinos:
el Céspedes al valle del Diablo,
donde los huracanes son continos,

poniéndole los nuestros tal vocablo
a causa de los muchos torbellinos;
y también dicen que Diego de Almonte
luchó con él en este mismo monte.

Pues en una labranza de aquel suelo
recogiendo virtud para la panza,
se vino contra él un indezuelo
diciendo: «No me cojas mi labranza».
Sobre lo cual los dos andan al pelo
un rato, que no fue poca tardanza;
y el Almonte, con ser hombre bastante,
le pareció luchar con su gigante.

Y en confianza de su fuerza mucha
a los principios bien pensó amarrallo;
pero fuele tormento de garrucha,
y por bueno tuviera ya dejallo,
porque durante la terrible lucha
vida cómo tenía pies de gallo.
Dijo: «¡Jesús! ¡Jesús!» y en el momento
el indezuelo se le tornó viento.

Acudieron los de su camarada
a las débiles voces y al gemido:
halláronle la cara rasguñada,
ajeno de sus fuerzas y molido;
y siendo la razón investigada,
dijo lo que le había sucedido;

y tiene hijos hoy a queste hombre
en este reino de su mismo nombre.

Al dicho valle con su gente viene
Céspedes do después sucedió esto,
y porque tal renombre no conviene,
val de San Bartolomé le fue puesto,
el cual renombre de presente tiene,
y el otro se quitó por ser molesto;
pero, pues acabamos el digreso,
justo será volver a mi proceso.

El Juan de San Martín con el restante
en Sopatín entró, pueblo cercado
de ciénagas que tiene por delante,
bien proveídas todas de pescado:
mostráronle los indios buen semblante,
mas él siempre vivía recatado,
tanto, que por los ver apercebidos
de sus casas se van sin ser sentidos.

Viéndose solos en aquel asiento,
cercados de agua, faltos de comida,
envían a buscar mantenimiento
cuatro mancebos en edad florida,
que por el agua van, con detrimento
y no con poco riesgo de la vida,
a cierta población que está frontera,
sería media legua la carrera.

Tres de los cuatro van a pie lijero,
y un Ocampo llevaba pies bestiales;
mas antes de tomar pueblo frontero
los cercan con sus barcas naturales,
embistiendo con Pedro Cocinero,
uno de los soldados principales;
y el ímpetu fue tal y tan violento,
quel mísero perdió vital aliento.

De los tres otros cada cual procura
apercebirse para su defensa:
el ánimo sobró, faltó ventura
para que les suceda como piensa,
porque su vida fue de poca dura,
por ser los indios cantidad inmensa;
y ansí fueron los míseros vencidos,
y dentro de las aguas sumergidos.

Los demás, a quien esto fue visible,
maldicen sus trabajos y fortuna,
a causa de que no les fue posible
podellos socorrer en la laguna,
y el riesgo do se vían ser terrible,
sin hallar de canoas sino una
capaz de dos personas solamente,
sin otra circunstancia ni adherente.

Acordóse que la canoa fuese
con dos valientes mozos nadadores,

para que Juan de Céspedes viniese
a los librar de pérfidos traidores;
la cual determinaron que saliese
cuando faltasen claros resplandores:
fue pues en ella Francisco Salguero
con un Pedro Martín su compañero.

A boga que no sienten los oídos,
en el plan las espadas sin rodela,
caminan, y desnudos de vestidos,
con el obscuro nublo que los cela;
pero con todo esto son sentidos
de bárbaros que hacen centinela:
tocaron cuernos, dan grandes clamores,
convocando los otros moradores.

Los españoles otros que despiertos
oyeron el rüido y estampida,
al Salguero contaban con los muertos,
y al buen Pedro Martín no daban vida:
salieron mil canoas de los puertos
contra los que se ponen en hüida,
los cuales viendo ya tales extremos
acuerdan de los brazos hacer remos.

Y confiados en ayuda santa
a nado van los dos vía derecha,
huyendo del clamor que los espanta
y hace su carrera más estrecha:

al Salguero hirieron en la planta,
de la cual luego se sacó la flecha;
al fin cada cual dellos persevera
hasta que ya tomaron la ribera.

Luego con la posible vigilancia
y riesgos y trabajos no crederos,
encaminan sus pasos al estancia
donde estaban los otros compañeros,
que sería seis leguas de distancia,
atravesando ciénagas y esteros:
llegaron pues a do se representa
y de lo sucedido dieron cuenta.

Curaron al Salguero la herida,
la cual no fue de flecha venenosa;
y la necesidad reconocida
do la tardanza fuera peligrosa,
el Céspedes abrevia su partida,
que punto de la noche no reposa,
sino que por camino mal seguro
siempre fue caminando con obscuro.

E ya llegando cerca del asiento
de aquel que su victoria regocija,
entró con belicoso rompimiento,
sirviéndole la noche de cubija:
el cacique huyó de su aposento,
pero prendieron la mujer y hija,

y estas mujeres dos fueron capaces
para que celebrasen luego paces.

Porque el cacique vino ya de día
para las rescatar con algún trueque,
diciendo que si mal se les hacía,
era por indios de Tamalameque,
de los cuales Alonso fue la guía,
a quien reconocían por su jeque;
y que creyesen y estuviesen ciertos
qué no tenía culpa de los muertos.

Vio pues el San Martín blanca bandera,
y conoció por ella buen efeto:
dio las gracias a Dios por verse fuera
del riesgo no dudoso ni secreto,
porque si Céspedes no socorriera,
dudaban escaparse del aprieto:
al fin durmieron juntos, y otro día
dan orden a lo que les convenía.

Ayudaron los indios al pasaje,
y diéronle también comida harta,
de que hicieron buen matalotaje,
mandando que por orden se reparta:
prosiguieron después aquel viaje
que se llevaba para Santa Marta:
y eso me da en rodeos que en atajos
innumerables fueron los trabajos.

Teniendo concluida la jornada,
al tiempo que llegaron al Dorsino
supieron de la muerte acelerada
de Lerma y residencia que le vino,
fue nueva para ellos tan pesada,
que cierto se volvieron del camino,
a no saber allí toda la sierra
y la costa del mar estar de guerra.

Mas parecióles obra de villanos,
sin uso de razón y gente dura,
no ir a socorrer a sus hermanos
en esta peligrosa coyuntura;
pues si vinieran indios comarcanos
abrieran para todos sepultura:
llegaron pues setenta de los ciento
a tiempo que les dio sumo contento.

Dio luego residencia quien regía,
y el golpe de la bolsa fue lijero,
por llegar menos llena que vacía;
pero toda la pena fue dinero,
porque el doctor Infante más lo había
por las botas que por el escudero;
y así pos bellos flacos de costilla
con menos que pensó volvió á su silla,

mas luego como vino mandó fuera
con gente y armas bien apercebido

al diestro capitán Juan de Ribera,
que nunca revolvió ni más lo vido,
por ser de Fedrimán en su bandera
con sus soldados todos detenido,
según más largo tengo declarado
en otra parte deste mi tratado.

Antes de se partir también había
a tierra de caribes dirigido
un cierto capitán dicho Mejía,
su deudo, que con él era venido;
el cual dentro del tiempo que quería
volvió de muchos indios proveído,
y así como si fuesen de Etiopia
este doctor llevó crecida copia.

Ningún indio rebelde hizo llano,
por faltar militares aderezos,
mas puso para ello de su mano
por justicia mayor un Antón Bezos,
que reconcilió lo más cercano
y deshizo no pocos estrompiezos;
el cual, aunque tenía feo nombre,
en todas cosas era cabal hombre.

Estuvieron así desta manera,
con subyección del ordinario yugo,
hasta tanto que por aquella era
al gran emperador don Carlos plugo

dar por gobernador desta frontera
a don Pedro Fernández Luis de Lugo,
del qual quiero tractar; mas determino
descansar al principio del camino.



ELEGÍA IV

A LA MUERTE DE DON PEDRO FERNÁNDEZ DE LUGO;
DONDE SE CUENTA LA LLEGADA A SANTA MARTA CON
EL GOBIERNO DE AQUELLA PROVINCIA, Y LO QUE
SUCEDIÓ DURANTE SU VIDA.

▪ CANTO PRIMERO

Cosa de risa es, o ya de lloro;
desembarcarse gente chapetona
en las regiones índicas do moro,
con gran autoridad en su persona,
y cómo piensa luego cargar oro
en virtud de lo mucho que blasona,
y otros que truecan para volver ricos
en cueras y jubones los pellicos.

Y ansí muchos ocupan los navíos,
para más adornar el mortal vaso,
de calzas, gorras, plumas y atavíos
de terciopelo, tafetán o raso,
que para las entradas son baldíos,
y de quien bosques hacen poco caso,
porque para romper el espesura
poco vale pomposa vestidura.

También lo hace mal aquel que entiende
los negocios de Indias, y en España
como si fuese pura verdad vende
lo que sabemos ser acá patraña;
y no sé con qué excusa se defiende
aquel que tantos míseros engaña,
haciéndoles creer que donde vino
dejó montes cubiertos de oro fino.

Y así por mejorar su pasadía
vienen mil hombres a peor estado;
e yo sospecho que por esta vía
fue don Pedro Fernández engañado,
persuadido, según que se decía,
por Francisco Lorenzo del condado,
que de los Bastidas fue primero,
y casado con Isabel Romero.

Que en este reino fue después casada
con Céspedes, varón de cuyos hechos
en este nuevo reino de Granada
no pueden sus enojos ser estrechos:
dejó generación multiplicada,
que por herencia tiene sus provechos,
ganados con valor de su persona
en servicio de la real corona.

Oyendo pues el encarecimiento
y fama de la hermana de María,

el don Pero Fernández, cuyo intento
fue siempre de cristiana hidalguía
demandóla por adelantamiento
demás del de Canaria que él tenía:
fuele por nuestro rey la merced hecha,
y para la partida se pertrecha.

Ayudaron también con sus caudales,
como coadyutores del armada,
Lüis Bernal y Gómez de Corrales
o del Corral, persona señalada,
y Albaracín con otros principales,
que fueron de la gente más granada,
deste reino también descubridores,
aunque mal satisfechos sus sudores.

Los tres quinientos años ya corridos
con otros treinta y cinco de la era,
con más de mil soldados escogidos
procuró de pasar esta carrera,
con tantas variedades de vestidos
como flores produce primavera:
capitanes, alféreces, sarjentos
y soldados con ricos ornamentos.

Fue general, por ser hombre bastante,
su hijo don Alonso Luis de Lugo,
y de lo ver con cargo semejante
a ninguno del campo le desplugo;

pero, como diremos adelante,
para su padre cuasi fue verdugo
en lo dejar sin oro ni vajilla,
huyendo dél la vuelta de Castilla.

Fue justicia mayor el licenciado
don Gonzalo Jiménez de Quesada,
varón en varias letras señalado
el cual por su valor en el espada
pudo llegar a ser adelantado
en este nuevo reino de Granada;
y sé decir quel adelantamiento
era cifra de su merecimiento.

El diestro capitán Diego de Urbina
por maese de campo se pregona:
don Diego Sandoval en él resina
el cargo con que vino su persona;
fue capitán por ser persona dina
ansimismo don Diego de Cardona;
también lo fue Diego López Haro
y Gonzalo Suárez, varón claro.

Don Pedro Portugal mando tenía
y Alonso de Guzmán, hombres enteros,
cada uno con su capitanía
y en ellas valerosos caballeras,
que tela de oro y plata los cubría,
donde gastaron suma de dineros:

vinieron otros hombres eminentes
de los cuales muy pocos hay presentes.

Mas viven hoy Diego Rincón Barriga,
Pero Niño y Bartolomé Camacho,
de cuyo valor mucho que se diga
se dirá con verdad y sin empacho,
pues cualquier dellos en mortal fatiga
varón insigne fue con ser muchacho:
vive por consiguiente Miguel Sánchez,
terror grande de musos y de panches.

Vive también Pero Rüz García,
Paredes Calderón aquel de Ronda,
en cuyo merecer la musa mía
no puede hallar fondo su sonda;
ve Juan Rodríguez Parra nuestro día;
y con los que se ven a la redonda
hay Juan Rodríguez Gil, a cuyos hechos
se deben grandes colmas de provechos.

Hay vivos Castro y Silva, lusitanos,
los cuales para todos hechos buenos
nunca sus fuertes y veloces manos
tuvieron encerradas en los senos;
Manchado y Salamanca, ya muy canos,
de enfermedad y de miseria llenos,
con un Antón Rodríguez de Casalla
de manos prestas a cualquier batalla.

Viven algunos otros querellantes
de los jüeces y gobernadores,
por dar a los malsines y chocantes
los ajenos trabajos y sudores,
y verse de señores mendicantes,
y ver los mendicantes ser señores,
con ser descubridores y guerreros
en este nuevo reino los primeros.

También las herederas de defuntos
tienen por acertadas ordenanzas
que sean juveniles los trasuntos
de los que las dejaron con pujanzas,
teniendo por mejores estos puntos
que las primeras puntas de las lanzas;
y en sus moradas lo que más importa
es ver calza follada y capa corta.

Mozuelos son los que con ellas valen,
y el que era rompe-poyos es un Fúcar,
y quieren que los curen y regalen
con Guisadillos hechos con azúcar;
mas quiérome volver a los que salen
de los puertos y barras de Sanlúcar,
para se proveer en las Canarias
de muchas otras cosas necesarias.

El número mayor de gente viene
en itálicas guerras instrüida,

e ya la isla Tenerife tiene
la cantidad que digo recogida;
y a todos les parece que conviene
apresurarse para la partida,
convidándolos con aviamiento
la bonanza del mar y largo viento.

Las áncoras del limo se despegan;
pusiéronse las velas en concierto;
con viento procelífero navegan
por altas ondas y por mar abierto,
y dentro de cuarenta días llegan
a la querida Marta y a su puerto,
tendidas por las gavias y otras partes
flámulas, gallardetes y estandartes.

Lucen las sedas, granas, perpiñanes,
disparan tiros, tócanse trompetas:
veréis luego de damas y galanes
llenos bordos, cubiertas y jaretas;
los soldados, sarjentos, capitanes,
con plumas de avestruces y garcetas;
miran por la ciudad mozos y mozas,
y no ven sino mal paradas chozas.

Mas vieron pasear por la ribera
mozo gentil en Málaga nacido,
que se dijo Gonzalo de Cabrera,
soldado del ejército florido,

que les cayó a la mar andando fiera,
y no pudo ser dellos socorrido,
porque por ser aquel tiempo terrible
amainar presto no les fue posible.

Cubríanlo los mares encumbrados,
y así ruega la gente descontenta
a Dios que le perdone sus pecados,
que de su vida no hicieron cuenta:
el joven con los ojos levantados
al cielo da clamores y se alienta,
rodeado de grave desconsuelo,
porque ya no se ve más que mar y cielo.

Mas llana la limpísima María,
estrella de la mar y lumbre nota,
y así lo socorrió, pues aquel día
en demanda venía desta flota
un rico galeón de mercancía
y por los mismos rumbos y derrota:
enfrente se le pone y al encuentro,
y con santo favor lo metió dentro.

Las otras alcanzó por ser lijera,
y allí las saludó según su fuero,
sin les manifestar en la carrera
la recuperación del compañero,
porque luego tomó la delantera
y en Santa Marta se ancló primero

dos días, y el armada ya venida
admiracion causó vello con vida.

Desembárcanse luego los gentiles
hombres con bizarrías y primores,
que todos eran Héctores y Aquiles
y aun en las aparencias muy mejores:
tocan altos y bajos ministriles
los pífaros y cajas de atambores;
por orden se componen las hileras,
tendidos estandartes y banderas.

Hierven los militares ejercicios,
briosos los mancebos y los canos;
caminan sin tumulto ni bullicios,
en orden, con las armas en las manos,
al templo de los santos sacrificios
a dar gracias a Dios como cristianos:
no pueden espresar breves cuadernos
las galas con que salen los modernos.

Los antiguos con sus camisetailas,
tan delgados de zancas y pescuezos,
que pudieran contalles las costillas,
arrinconados con el Antón Bezos,
contemplaban aquellas maravillas
de trajes y costosos aderezos;
mas la contemplación no fue sin mofa,
como gente de no menor estofa.

Ni más ni menos a recién venidos
les parecía ver embalsamados
cuando vían los rostros percutidos,
viniendo todos ellos colorados:
al fin burlaban de los mal vestidos,
y esotros de los bien aderezados,
considerando que la dura hambre
había de ojear aquel enjambre.

No se vio mejor rato de alegría
al tiempo quel alarde se miraba
que oír a Manjarés lo que decía
y disimulación con que hablaba,
aquel descuido con que respondía,
a quien alguna cosa preguntaba,
diciendo: «Yo no correré con gente
que trae tantas plumas en la frente.

«Pues si quieren subir un alto monte
o desechar un reventón acaso,
cada uno será Belerofonte
ayudado de plumas de Pegaso,
y podrán rodear un horizonte
sin sudar cuera ni jubón de raso:
no yo que siempre subo por escalas,
y flacos alpargates son mis alas».

Uno decía y acudían todos,
picando cada cual con su facecia

por satíricos y dolosos modos,
de que en las Indias cada cual se precia,
y Pedro de Madrid con sus apodos
cuya dicacidad nada fue necia:
aqueste fue de Eraso muy pariente
y en dichos repentinos escelente.

Hombre de guerra fue y hombre de plaza,
pero yo digo que sus apotemas
si lengua torpe no los despedaza
bien merecen tener sillas supremas;
hoy posee su hijo Pedro Daza
sus suertes que no son de las extremas;
mas a la trisca vuelvo de aquel día,
donde por todos ellos se decía:

«Este se huella bien, aquel va tiesto,
este como rocín hace corvetas,
aquel según las muestras de su gesto
ha poco tiempo que dejó las tetas
mas yo bien creo que bailarán presto
a su pesar al son de las gambetas,
cuando ya sin vigor y sin aliento
les haga dar vaivenes flaco viento».

Quiñones, que no tan liviano pisa,
decía como cuerdo caballero:
«Mas es para llorar que para risa
tanto bueno venir al matadero:

quedará quien viviere sin camisa,
sin humano favor y sin dinero;
pues cada uno dellos, cuerdo o loco,
en se valer así no hará poco».

Las triscas y las mofas acabadas,
el Antón Bezos con el regimiento
dieron a las personas señaladas
según sus pobres fuerzas aposento;
y los demás tomaron por posadas
la claridad del sol y el fresco viento;
después junto del mar y sus resacas
formaron muchos toldos y barracas.

Muchas dueñas con dones peregrinos
en estos pobres toldos se metieron,
y digo peregrinos o marinos
porque dentro del mar se los pusieron;
acudían allí de los vecinos
a conversar, mas ellas les dijeron:
«¿Dónde está la ciudad rica por fama
que Santa Marta dicen que se llama?»

«Y vosotros, vecinos sin provecho,
¿cómo podéis vivir desta manera
en chozuelas cubiertas con helecho,
y aquel viento menea la madera,
una pobre hamaca vuestro lecho,
una india bestial por compañera,

curtido cada cual, seco, amarillo,
como los que castiga Peralvillo?

«Si por ventura es el más decoro,
según las casas son y vuestras ropa,
el diablo se lleve vuestro oro
y a vosotros también de proa a popa,
pues cieno veo yo, que no tesoro,
adonde los vestidos son de estopa:
no veo yo delante de mi cara
gente con alpargate y antipara».

Respondió Manjarrés que está presente:
«Señoras, la ciudad es invisible,
la cual tiene muralla trasparente
a los grandes calores conveniente,
y más para recién venida gente,
el ardor de la cual es insufrible;
tampoco podréis ver los aposentos
porque son hechos por encantamentos.

«En lo demás de nuestras vestiduras,
carnes curtidas, secas y mal puestas,
podríamos usar de bordaduras
y poner en las gorras largas crestas;
mas somos caballeros de aventuras,
que siempre caminamos por florestas
donde las guádubas y las yaurumas
quitarían las gorras y las plumas.

«Y ningunos podrían ser correos
lijeros para ir tras una huella,
adonde se celebran los torneos
y el baúl o la haba se desuella,
porque todos corremos con deseos
de fajar con Angélica la bella
y metelle las manos por los senos
do se suelen hallar joyeles buenos».

En tanto que estas cosas se reían
y las más necesarias ordenaban,
todos mantenimientos descrecían
y venideras faltas se lloraban,
porque ni los antiguos los tenían
ni los recién venidos los hallaban,
ni había do poder cómodamente
repartir los lugares esta gente.

Como creciesen pues necesidades
y oviese de los aires inclemencia,
también crecían las enfermedades,
general corrupción y pestilencia
de cámaras, de tales cualidades,
que no se les hallaba resistencia:
el buen gobernador desconsolado
de ver su campo tan atribulado.

El cual viendo lo mucho que le toca,
según suele católico cristiano,

con su solicitud, que no fue poca,
a todos procuraba dar la mano
hasta quitar la cosa de su boca,
con no se sentir él del todo sano,
curando pesadumbres y zozobras
con santos dichos y cristianas obras.

Procuró siempre que los sacramentos
administrasen curas al doliente;
y con que se morían por momentos,
a los entierros se halló presente;
no le faltaban tiernos sentimientos,
pues lo que sienten todos él lo siente;
al fin en un angustia tan terrible
él hizo de su parte lo posible.

Revolviendo mil cosas en su mente,
viéndolos padecer desta manera,
parecióle ser cosa conviniente
salir alguna gente sana fuera,
pues todos deseaban ver la frente
del indio que defiende su frontera,
por ser común a los que vienen rudos
hacer poco caudal de hombres desnudos.

Y así viendo de paz allí delante
ciertos caciques, un capitán nuevo,
decía: «Voto a tal, a mi montante
son dos mil destos muy pequeño cebo,

y en cualquiera recuento semejante
haré yo lo que digo y lo que debo».
Mas no fue menester tan gran partida
para perder los fieros y la vida.

Porque haciendo la primer entrada
por aquellos lugares más cercanos,
cuando quería dalles cuchillada
sus pies no se hallaban tan livianos;
y ansí no fue montante ni aun espada
parte para librallo de sus manos,
antes flecha mortal vino volando
con quel buen Salazar murió rabiando.

Debajo pues del celo que se apunta,
que fue tomar los más sanos consejos,
el don Pedro Fernández hizo junta
ansí de los modernos como viejos;
mas en satisfacer a su pregunta
los nuevos no podían ser parejos,
pero habló con todos de presente,
y ansí dicen que dijo lo siguiente:

«Caballeros, ya tienen entendida
y les consta por públicos pregones
la causa principal de mi venida
a estas remontísimas regiones;
es voluntad del rey obedecida,
cédulas y reales provisiones:

agora es menester que se comience
la obra quel esfuerzo y fuerza vence.

«Sabéis que en nuestras tierras y reposo
teníamos mediana pasadía,
y pasamos a Indias deseosos
de la hallar con mucha mejoría;
mas si quisiésemos estar ociosos
nunca podremos ver aqueste día,
porque también acá como en España
comerá quien se diere buena maña.

«Que sean mis razones pertinentes
y sin desproporción de la materia,
estos hidalgos que tenéis presentes
contarán maravillas de la feria;
pues por ser todos hombres diligentes
han podido vencer suma miseria,
haciendo mil entradas y salidas
para traer con qué pasar las vidas.

«Y tampoco no fue tan limitado
lo que cogieron con su buena maña
que si por ellos fuese reguardado
no descansaran muchos en España;
mas pensar quel majuelo vendimiado
por más que lo vendimien no se daña,
hizo tener en poco la riqueza
y también esperar mayor grandeza».

A causa de tener por cosa cierta
haber otras provincias estendidas
donde no vive gente descubierta,
sino gentes cubiertas y vestidas,
hanse tornado muchos de la puerta
que tienen las entradas conocidas:
pues aquesta región que está doncella
habemos de morir o dar en ella.

«Porque, señores, no somos venidos
a reposar detrás de la cortina,
ni conviene que estemos atenedos
a solamente lo de la marina;
pues para buscar reinos estendidos
la voluntad del rey nos encamina,
y también fue mi principal intento
engrandecer este descubrimiento.

«Pues aunque se hallara más entero
lo del mar y su gente más compuesta,
ya veis que para tanto caballero
es muy pequeña cabalgada esta:
terreno con posible de dinero
habemos de buscar, y es lo que resta,
donde podamos mejorar estado
y quien trabaja viva descansado».

El viaje será de poca dura,
segunda la razón quien lo cudicia,

y en Dios confío yo que la ventura
a mí y a todos ha de ser propicia,
para que de caverna tan obscura
saquéis a clara luz esta noticia
que conyecturo ser de gran substancia:
y no de menos honra que ganancia.

«Pero para que más aseguremos
los puertos que dejamos atrasados,
conviene que primero castigemos
algunos destes indios rebelados,
y de sus bienes nos aprovechemos:
haremos una vía y dos mandados,
comprando del despojo del salvaje
las cosas necesarias al viaje.

«Quedaré de tal suerte castigado
que cese su molesta pesadumbre,
y sabrá quien está más alterado
que tiene de mudar vieja costumbre;
e ya sea por fuerza, ya de grado,
ha de venir a justa servidumbre,
subyectando ciudad, lugar o villa,
a la real corona de Castilla.

«Por tanto las guerreras compañías
se pongan en el orden conviniente,
porque dentro de tres o cuatro días
vamos a visitar bárbara gente:

veremos estas grandes valentías,
a las cuales yo quiero ser presente,
y luego don Alonso Luis ordene
aquello que más viere que conviene».

Por don Alonso la voluntad vista,
deseos y mandatos paternales,
luego mandó también hacerse lista
de capitanes y otros oficiales,
para que prestos para la conquista
tuvieren los soldados principales:
échanse bandos, tocan atambores,
alcahuetes de bélicos ardores.

Capitanes, alférez y sarjentos,
así modernos como los antiguos,
alistan aquellos ornamentos
que suelen en la guerra ser testigos
o de victorias o de vencimientos,
que toman unos de otros enemigos:
el arcabuz, la lanza y el espada
esperaban la hora señalada.

Los treinta y seis corrían de la era
demás y aliende de los quince cientos,
cuando de Santa Marta salen fuera
soldados cantidad de novecientos,
compuestos por el orden y manera
que dan italianos documentos;

mas en aquella tierra tal alarde
no puede ni conviene que se guarde.

Ni sufren asperezas que se ordenen
hileras ni formados escuadrones,
sino que las industrias que se tienen
nacen de las presentes ocasiones;
ni los indios en rompimiento vienen
hasta debilitar los corazones,
pues diferentes altos fortifican
y desde lejos a su salvo pican.

Y acontece venir un torbellino
que se desliza desde los altares
de galgas como piedras de molino,
y aun por la mayor parte son mayores,
que barren cuanto topan de camino
de los que tienen por competidores;
y ansí no suelen ser malos avisos
al subir de los altos ir divisos.

El campo todo va sin que se absconda,
no como lo hacía diestra gente
cuando daban en los de la redonda
con gran obscuridad tácitamente;
porque con clara luz suben a Bonda
y en el mayor vigor del sol ardiente:
vieron de indios cantidad inmensa
con determinación de su defensa.

Subían con el buen adelantado
los caballos por ásperas laderas,
haciendo vueltas por el otro lado
por no poder subir el escalera;
mas Céspedes, en un rucio rodado,
que nunca se vio bestia más lijera,
subía por los mismos escalones
por donde van sudando los peones.

Estando pues los bárbaros atentos,
antes que concluyesen la subida,
se les hicieron tres requerimientos
con lengua de los indios conocida,
para que dejen bélicos intentos
y vengan a la paz si quieren vida,
subyectando sus pueblos y cabañas
al poderoso rey de las Españas.

Los bárbaros con bríos singulares,
burlando de las lenguas y las guías,
defienden las entradas y lugares
con sus acostumbradas valentías;
mas Juan de Tapia y Gonzalo Suárez
animan sus lustrosas compañías,
y Céspedes que nunca quedó falto,
hasta poder llegar a lo más alto.

Piedras y flechas van enarboladas
sobre quien sube con ligeras suelas;

centellas ven salir de las espadas,
quebrados los escudos y rodelas;
abollan cascos duros y celadas,
derríbanse también dientes y muelas,
crecía por momentos la porfía,
y cuando más duraba más crecía.

Como si cuando soplan luego prende
en cantidad de leña viva llama,
que tanto más aquel furor enciende
cuanto la ceban más con seca rama,
y con más fuerza su calor estiende
acia la parte donde se derrama,
y cuantos más son los atizadores
las llamas y los humos son mayores.

Ni más ni menos fue cuando subían
los nuestros por los pasos referidos,
pues unos, otros y otros acudían,
y cuantos vienen más, más encendidos,
hasta dar con los arcos que traían,
después de ya los tiros consumidos;
pero ya trompezando, ya cayendo,
siempre los españoles van subiendo.

Juan de Céspedes sube y arremete
al escuadrón que vio más atrevido,
y con aquel valor que se promete
los quitó del lugar fortalecido;

de españoles quedaron muertos siete,
y Tapia, capitán, muy mal herido
de una crudelísima pedrada
que le llagó la mano del espada.

Después que los peones prosiguieron,
la gente de caballo se apresura,
mas los veloces indios se subieron
en otras partes de mayor altura,
quedando tres o cuatro que murieron
con bala de arcabuz o jara dura:
los españoles van en ese punto
a la ciudad mayor que tienen junto.

La cual era, según se manifiesta,
alcázar y morada de los reyes,
y la cabeza dicen ser aquesta
de las que están subyectas a sus leyes:
era de grandes casas bien compuesta,
que suelen por allí llamar caneyes,
donde no vieron ánima nacida,
antes de todas cosas ya barrida.

Otra vez con la paz les requerían,
con voces que les eran manifiestas,
las cuales sus oídos ofendían,
teniéndolas por duras y molestas;
y si desde los altos respondían,
son flechas venenosas las respuestas,

tantas, que les hirieron seis caballos
sin que pudiese cura remediallos.

Vista pues por el buen adelantado
la gran protervidad del enemigo,
determinó que fuese castigado
en lo que pudiese dar castigo;
y ansí luego mandó ser abrasado
por todas partes el lugar que digo,
y los demás que van por las laderas
talándoles también las sementeras.

El alférez mayor Antón de Olalla
y el capitán Juan Rüz Orejuela,
con cuyas fuerzas en cualquier batalla
el más fuerte y el flaco se consuela,
mandaron a la gente que se halla
con mechas, aderecen la candela,
para que se conviertan en ceniza
las moradas de la ciudad pajiza.

Fumosas llamas cercan el asiento
que sobre muchos otros tiene mando;
vuelan luego con gran fuerza de viento,
los bajos y los altos ocupando,
sin que manifestasen sentimiento
los indios que su mal están mirando;
mas antes deseaban ver las casas
do cristianos entraron hechas brasas.

Por las cercanas villas estendieron
las llamas del incendio riguroso,
y luego visitaron y corrieron
a los valles de Cueto y Valhermoso,
con más los siete pueblos do tuvieron
ningún espacio largo ni reposo,
antes desde los altos y peñoles
les hirieron algunos españoles.

Y en ciertas angosturas de lugares
perezieran enfermos castellanos,
donde con instrumentos militares
los acabaran indios comarcanos,
si la virtud del capitán Süárez
no los quitara vivos de sus manos,
y ansimismo don Diego de Cardona
con insigne valor de su persona.

Del hemisferio nuestro retrayendo
iba su presurosa luz Apolo,
y sus dorados rayos estendiendo
a las gentes que ven el otro polo,
al tiempo que Süárez, conociendo
que con su compañía queda solo,
procura como capitán discreto
sacar a sí y a todos del aprieto.

Porque el adelantado ya camina
a la parte de Bonda y a sus llanos;

con él van Orejuela y el Urbina,
que siempre los tenía más cercanos,
con Juan de San Martín, que los atina,
por ser de los más diestros baquianos,
después de ya dejar incendio hecho,
que fue de mayor riesgo que provecho.

Sabiendo pues Suárez ya ser idos,
porque sin riesgo pasen la gran cuesta
(por cuya causa fueron repartidos)
entre los españoles contrapuesta,
mandó que suban algo divididos,
por tanta galga como los molesta:
finalmente, pasaron sin desmanes
donde estaban los otros capitanes.

Para curar algunos del rabioso
veneno, dieron luz a las candelas,
y allí para tomar algún reposo
asentaron real y ponen velas,
por descansar el tiempo tenebroso
debajo de fieles centinelas;
mas el adelantado no reposa
admirado de tierra tan fragosa.

Pasada la nocturna pesadumbre,
y Apolo comenzando su carrera,
mostrando por el alto de la cumbre
de la nunca domada cordillera

a la vista mortal aquella lumbre
que da más resplandor en el esfera,
el buen gobernador con pena harta
determinó volver a Santa Marta:

llevando por delante los heridos
de los pestilenciales nocumentos,
cuyas lamentaciones y gemidos
en él causaban tiernos sentimientos;
y siempre que tocaban sus oídos,
crecían sus fatigas y tormentos,
viendo que sin que lleguen a las manos
y sin ver quién, le maten sus cristianos.

Antes de se partir dejó mandado
al hijo don Alonso que prosiga
el castigo que tiene comenzado
con gente tan rebelde y enemiga:
el cual como valiente y esforzado
no rehusó trabajo ni fatiga;
y así para cumplir sus mandamientos
tomó destes soldados ochocientos.

Todos pasaron juntos por Origua,
y después se partió la compañía,
el capitán Suárez a Bondigua
y el general para San Juan de Guía,
llevando gente de la más antigua
que ya los malos pasos conocía;

y aunque pasos algunos se defienden
ambos a dos legaron do pretenden.

De paz los de Bondigua les salieron
por ser su población menos potente,
y al capitán Süárez ofrecieron
algunas buenas joyas en presente;
salieron destos pueblos y subieron
a otra población más eminente
en gentes y posible, que se llama
el valle de los indios de Chairama.

Hombres membrudos, sueltos, bien dispuestos,
más que las otras gentes sus vecinas,
los cuales fueron a las armas prestos
cuando vieron venir las peregrinas;
y por aquellos altos y recuestos
el valle se hundía con bocinas,
hechas de las canillas de hombres muertos
por ellos en aquellos mismos puertos.

Sube por un altísimo collado
el Süárez al golpe de la gente:
a San Martín llevaba del un lado,
varón en los recuentos escelente;
otro colateral es Juan Cuadrado,
alférez estimado por valiente:
arrojan tantas galgas al instante,
que vuelven más atrás que van delante.

El español brioso y atrevido
porfia con sudor en la subida;
el bárbaro no menos encendido,
procura de privarlos de la vida:
Süárez en la pierna fue herido,
y aunque no fue de muerte la herida,
en comer y beber tuvo gran freno
creyendo ser la flecha de veneno.

No cesan de subir, y como vieron
que ya no les podían poner rienda,
los bárbaros sus casas encendieron
antes que nuestra gente las encienda,
y con flechas y piedras rehicieron,
ayudados del humo, la contienda;
pero los nuestros son superiores,
haciéndoles tomar otros altores.

Después que por la población entraron
con una hambre loca y atrevida,
sin consideración se derramaron
los más dellos en busca de comida:
viendo que del buen orden no curaron
ni fue su voluntad obedecida,
el Süárez mandó que con la hoja
el alférez Olaya los recoja.

El cual luego partió como una jara
con la rodela y la espada lista,

y como por su mando no repara
un mancebo Bermejo, polvorista,
diole tal cuchillada por la cara,
que fue ventura no perder la vista:
el golpe fue debajo de las cejas
tan largo que tocó las dos orejas.

Aprieta la herida con la mano
el mísero, pidiendo luego cura:
fue el capitán Cardoso, cirujano,
en medio del hervor desta presura,
el cual en breve tiempo le dio sano,
sin quitar el barniz desta pintura,
por no ser poderosos mil alcaldes
a limpiar tan pesados albayaldes.

Viendo quemadas ya por el vecino
aquellas afamadas poblaciones
los nuestros apresuran su camino
al pueblo que llamaban de Quiñones:
el Juan de San Martín con ellos vino
guiando por forzosos reventones,
los cuales ya tenían ocupados
indios de todas armas pertrechados.

Cuando llegaron a la postrer cuesta,
no pudieron tomar algún reposo,
porque según el indio lo molesta
o subir o morir era forzoso;

y el capitán Suárez hizo presta,
para subir el paso peligroso,
compañía de sueltos rodeleros,
yendo con ellos él de los primeros.

Los pasos desta sigue la restante,
de diferentes armas pertrechada,
llevando con buen orden por delante
aquella bien compuesta pavesada,
con tiros de arcabuz porque se espante
la bárbara canalla, confiada
de dar a sus deseos cumplimiento
sin ellos recibir desabrimiento.

De bárbaros que tienen más enfrente,
antes que concluyesen la subida
vino de flecha y piedra tal creciente
que se ven en gran riesgo de la vida;
y aun con los arcos dan a manteniendo,
la munición de flechas consumida:
los golpes insufribles de desnudos
atormentan y quiebran los escudos.

Como en tinieblas, muerta ya la lumbre
y el oficio divino concluido,
que hacen, de católica costumbre,
con palos y matracas gran ruido,
en memoria de aquella mansedumbre
del justo que por Judas fue vendido,

y aquella multitud de roncós sones
entristecen cristianos corazones:

deste jaez y muy mayor estruendo
resulta de los palos y pedradas,
que para los oídos es horrendo
de los que llevan piernas fatigadas,
al tiempo que la cuesta van subiendo
sin poderse valer de las espadas,
unos enhiestos y otros de rodillas,
y del sudor cubiertos las mejillas.

Animan con cornetas los de fuera
que son hechas de grandes caracoles,
pero con todo esto persevera
la fuerza de los nobles españoles,
hasta que ya subieron la ladera
ahuyentándolos destos peñoles,
adonde descansaron un buen rato,
pero no sin temor y sin recato.

Porque según aquellas ocasiones,
los tiempos de quietud eran escasos,
y para ir al pueblo de Quiñones
restaban de subir dos malos pasos;
y así tomó Süárez de peones
los más lijeros y los menos lasos,
a fin de descubrir aquel engaño
de donde les podía venir daño.

Siguieron los demás a los primeros,
según guerreros usos ordenados;
indios algunos ven por los oteros,
pero los pasos desembarazados;
procuran de hacer los pies lijeros
antes que se descubran más nublados:
finalmente, llegaron al asiento
sin ver alborotado movimiento.

Hallaron ya la gente retraída,
vacías las moradas y aposentos,
pero dentro gran copia de comida
que no fue lo menor de sus intentos;
porque la larguísima corrida
todos iban cansados y hambrientos:
componen las dormidas y las cenas,
que después pagarán con las setenas.

Viendo cómo quería coger heno
para cama cansado caminante,
Süárez dijo: «Por consejo bueno
ternía que pasemos adelante;
salgamos de tan áspero terreno,
no hallemos en él quien nos espante;
porque destas señales se barrunta
que se va convocando grande junta».

El San Martín, que llevan por piloto,
le respondió: «Señor, en este puesto

ningún temor tengamos de alboroto
de indio que nos pueda ser molesto».
Ayudáronle todos con su voto,
porque por ir cansados quieren esto;
y así reparte quien el cargo tiene
las velas por el orden que conviene.

Fueles la cena bien aderezada,
pues el mismo señor es el criado,
y sería la más aventajada
algunos puños de maíz tostado,
y alguna batatilla mal asada
la sustancia mejor de lo guisado;
y así durmieron en aquella cumbre,
sin que nadie les diese pesadumbre.

Al tiempo ya que la febea llama
comienza de dorar la verde planta
y en el altor de la tremente rama
el ave con arpada lengua canta,
el español de la terrestre cama
las armas en la mano se levanta,
y el bárbaro también por su partido
no sale menos bien apercebido.

Los nuestros bajan luego la ladera,
según les pareció que convenía,
guiando San Martín esta carrera
acia la playa de San Juan de Guía,

adonde don Alonso los espera
con caballos y buena compañía;
pero por donde van, tienen los puertos
infinidad de indios encubiertos.

Pasando pues por un lugar estrecho,
temerosos y bien apercebidos
de los indios que estaban en acecho
algunos españoles son heridos
de yerba ponzoñosa, y esto hecho,
con gritas atormentan los oídos,
demás de los crujidos de las cuerdas,
cuyos encuentros son manos izquierdas.

Según suelen venir granizos gruesos
de la región del aire congelados,
que lastiman las carnes y aun los huesos
de las aves, conejos y venados,
y también los rüidos son espesos
de los golpes que dan en los tejados:
tal y tan grande estruendo se hacía
al tiempo que se da la batería.

Los diestros y los menos enseñados
en aquestas belíjeras escuelas,
estaban de rodillas encorvados
detrás de los escudos y rodelas,
que traspasaban tiros regulados
como si fueran delicadas telas,

ansimismo clavando con la punta
la carne que al escudo hallan junta.

Un terrible gandul, ya viejo cano,
por el lugar más descubierto corre,
con solas siete flechas en la mano
y sin contrario tiro que lo borre:
hirió con cada una su cristiano,
y entrellos al buen Gómez de la Torre
cuyo rabioso fin, triste y amargo,
un día natural fue lo más largo.

Como creciese pues esta presura
y el ímpetu de flechas insufrible,
por estos capitanes se procura,
según el orden que les fue posible,
sacallos del mal paso y angostura
a parte más capaz y conveniente,
donde de los heridos, hecha cuenta,
hallaron cuatro menos de cuarenta.

En apartándose de los flecheros,
como ya por la playa caminasen,
despacháronse ciertos mensajeros
al don Alonso, que le demandasen
caballos con algunos compañeros,
para que los heridos se llevasen;
y entre tanto lavaron las heridas
con aguas de las ondas desabridas.

Pues médicos de rústica Minerva
les dijeron hallar por esperiencia
el agua de la mar ser contrayerba
buena contra rabiosa pestilencia,
usada ya por índica caterva,
lavándose con suma diligencia;
mas ha de ser brevísima corrida
la distancia del agua a la herida.

Pero la medicina más segura
es no se ver los hombres en estrecho,
que de la dicha ni de mejor cura
tenga necesidad humano pecho;
pues en esta presente desventura
el remedio mejor fue sin provecho,
porque de las personas mal heridas
dos o tres escaparon con las vidas.

Dadas las nuevas en San Juan de Guía
a nuestros castellanos escuadrones
y conociendo cuánto convenía
el cumplimiento destas peticiones,
don Alonso de Lugo les envía
socorro de caballos y peones;
siendo nombrado para su despacho
por caudillo Bartolomé Camacho.

Mancebo natural de Villafranca,
señalado lugar de Estremadura,

a quien valor y brío no le manca,
según muestra su buena compostura;
porque con el honor de barba blanca
lo vemos en aquesta coyuntura,
y es testigo fiel de lo que escribo,
por vivir en el pueblo donde vivo.

Hicieron pues sus pasos diligentes
orillas de la mar y sus resacas,
hasta que ya toparon los dolientes,
a los cuales traían en hamacas
que de cristianos hombros van pendientes:
y como no podían fuerzas flacas
comportar los heridos ni llevarlos,
pusieronlos encima de caballos.

Puesto caso que no sin embarazos
de prisiones y fuertes ligaduras,
porque después de hechas mil pedazos
las ropas y sudadas vestiduras,
se mordían las manos y los brazos
con estridor de dientes y bramuras,
retorciendo los labios y la boca
cuando la yerba las entrañas toca.

Desta manera fueron caminando
hasta San Juan de Guía, do primero
dimos razón estallos esperando
el resto del ejército guerrero,

y donde con temblores y rabiando
vieron los más su día postrimero;
y el dicho general por su persona
determinó de entrar hasta Tairona.

Aderezáronse como convino
para volver al belicoso juego:
llegaron por el término marino
a la boca del río de don Diego;
por montüoso y áspero camino
para Tairona se partieron luego:
entraron sin ver índica presencia,
y sin que les hiciesen resistencia.

Por bajo valle va nuestro estandarte
mirando poblaciones y culturas,
puestas en las laderas de tal arte
que hacen las subidas mal seguras;
no faltan flechas de una y otra parte
encaminadas desde las alturas,
de las cuales en un angosto puerto
uno de los soldados quedó muerto.

Como la fusca noche se venía
quedando sin color sierra nevada,
y del largo camino se sentía,
la castellana gente fatigada,
en parte que segura parecía
don Alonso mandó hacer parada;

y a causa de peligros evidentes
se señalaron velas convinientes.

Los indios, pocos pasos de desvío,
pusieron ansimismo veladores,
y de una y otra parte de aquel río
tocaban infinitos atambores,
con grita que denota gran gentío
por cima de los ásperos altores;
y el rüido les fue tan enojoso,
que no tuvieron punto de reposo.

Don Alonso de Lugo, conociendo
la grande multitud que se venía
por una y otra parte recogiendo
de aquel la salebrosa serranía,
determinó de irse retrayendo
sin esperar allí la luz del día;
porque si los tomaran las salidas,
todos corrían riesgo de las vidas.

En el tiempo que ya la lumbre pura
del radiante hijo de Latona
iba restituyendo su blancura
a la nevada cumbre de Tairona,
los españoles tienen el altura
acercándose más acia Marona,
sin sacar otra cosa destos senos
sino cansancio y un cristiano menos.

Teniendo ya la playa por amparo
y el frescor de los vientos oceanos,
acuerdan reposar el día claro
para de noche dar en los hermanos,
que fueron Marubare y Arobaro,
caciques que tenían más cercanos,
de los de la Ramada descendientes,
aunque de su riqueza diferentes.

Porque como se viesen perseguidos
del cùpido furor de los de España,
estaban con sus gentes recogidos
en un cierto rincón desta montaña,
pero no tan secretos y abscondidos
que no los descubriese buena maña;
pues muchos días antes la cudicia
había dado guías y noticia.

Llegado pues el tiempo vespertino
y el fuego mitigado de la siesta,
cada cual desta gente se previno
para romper con los de la floresta;
pero yo de cansado determino
de no decir agora lo que resta,
por querer Arobaro y Marubare
que con segundo canto se declare.

▪ CANTO SEGUNDO

*Donde se tracta cómo dieron de noche en los dos hermanos,
y lo que más sucedió.*

Suelen tener mundanas condiciones
de bondad y virtud galana muestra,
y acaso no serán sus intenciones
de declinar a vía más siniestra;
pero metidos en las ocasiones,
cudiciosa maldad les es maestra,
para meter en su hambriento seno
aquello que les consta ser ajeno.

Y no puede huir desta sentencia
don Alonso de Lugo, pues tenía
de liberalidad gran aparencia,
urbanidad, nobleza, cortesía,
pero no poco suelto de conciencia,
según fueron las muestras aquel día,
después que ya vinieron a sus manos
ricas preesas de los dos hermanos.

Y así fue que, metiéndose las riendas
de Flegón y Pirois en las oscuras
ondas, y se tendiendo las horrendas
tinieblas con sus ciegas ligaduras,
entran los españoles por las sendas
angostas de las dichas espesuras,
cuyo camino nadie, según era,
sino sola cudicia lo siguiera:

trabados de las ropas y vestidos,
porque con vista no se comprehenden,
y así los unos de otros van asidos
tentando los caminos que pretenden;
y si quedan algunos divertidos
por silbos se convocan y se entienden,
dejando los caballos en la playa
por no tener por do caballo vaya.

Cebados en la vieja golosina
de los pasados robos y despojos,
sin sentir el garrancho ni el espina
de tunas, de cardones ni de abrojos,
cuasi toda la noche se camina
quebrándose las piernas y los ojos,
hasta tanto que ya llegaron junto
de donde no vivían sin barrunto.

Pues cuando los flamígeros yugales
iban mostrando sus dorados frenos,

y con su resplandor rayos febles
perturbaban coríferos serenos,
vieron venir algunos naturales
de puestos do velaban los más buenos,
y ya viendo faltar nublos oscuros
pensaban estar salvos y seguros.

Pero los encubiertos españoles,
para salir en salvo con su hecho,
entre verdes maíces y frisoles
estaban todos puestos en acecho;
y cuando los purpúreos arreboles
herían la ladera y el repecho
tenían numerados los caneyes
y las moradas destos dichos reyes.

Estando pues los nuestros abscondidos,
al punto y hora que salir querían,
un asno daba grandes rebuznidos
que los indios allá arriba tenían:
espantáronse todos los oídos
de aquellos que la voz reconocían:
y es porque allí después ni antes
nunca nacieron bestias semejantes.

Y como se subía por escalas
para ir a tan ásperos terrenos,
decían: «Si son asnos tienen alas,
y es imposible cosa que sea menos;

y sin son indios, son señales malas,
pues dicen que porque vamos sin frenos
nos tienen de hacer tales regalos
que saquemos a costas muchos palos».

Uno que se decía Mala-testa,
extranjero y estudiante bueno
dijo: «Podría yo hacer apuesta
que debe ser el asno de Sileno,
cuyos roznidos en aquella fiesta
levantaron a Lótide del heno;
y así quiere que acá nos levantemos
para dar fin a lo que pretendemos.

«Mas a fe que si desta yo me escapo
y salgo sin herida del bullicio,
que nos tiene que dar un gentil papo,
pues no puede hacer otro servicio,
antes que los devotos de Priapo
lo lleven para dar en sacrificio».
Fuéronse pues con tácito semblante
al pueblo que tenían por delante.

Por barrios va digesta y ordenada
su población, no grande ni pequeña,
pero fuerte si fuera bien guardada,
por rodear los altos viva peña,
y por la parte baja rodeada
de fondos pasos y de espesa breña:

entradas cuatro son en cuatro cuestras,
para se defender no mal dispuestas.

Blasco Martín de noche las había
explorado con otros atrevidos,
y así fueron los desta compañía
por todas cuatro partes repartidos,
dan ¡Santiago! con la luz del día
en los vecinos desapercebidos;
mas todavía con algún reparo
salió de sus caneyes Arobaro,

deseando que sepan lo que vale
golpe librado de su brazo fuerte,
o que ya su desdicha lo regale
con el postrero trago de la muerte;
mas al encuentro don Alonso sale
por le caber aquel lugar en suerte,
en el cual se halló con tal congoja
que no cumplió mostrar la mano floja.

Porque viendo venir gentes armadas,
el Arobaro luego tocó cuerno,
a cuyo ronco son sobresaltadas
acuden las que son de su gobierno,
con tantos dardos, flechas y pedradas,
como gotas espesas en invierno,
de tal manera, que quien vencer piensa
tiene por gran victoria su defensa.

Y como por entonces se conviene
el pelear en parte más exenta,
en ciertas angosturas se detiene
hasta que se mitigue la tormenta,
contra la cual, según terrible viene,
apenas don Alonso se sustenta;
y no menos andaba de caída
la otra gente desta dividida.

Pues cuando comenzaban el combate
el San Martín y el capitán Süárez,
el viejo Marubare los rebate
y hace retirar de sus lugares,
con determinación que se remate
la causa de sus lloros y pesares,
y de una vez perder vital subyeto
o los que lo traían inquieto.

Mas Juan de San Martín que lo conoce,
le dice: «Date, date, Marubare,
pues sé que de cualquier crimen atroce
aquí no faltará quien te repare;
y si no, contra puntas tiras coce,
y más cuanto tu furia más durare:
date de paz, y no salgas armado,
y alcanzarás perdón de lo pasado».

El Marubare desto no se cura;
antes decía, dándole gran priesa:

«Crüel guerra con vos es más segura
que cualquiera pacífica promesa,
pues toda vuestra paz es maldad pura
y a todos buenos términos aviesa;
y cuando de la paz luce centella,
es para nos robar debajo della.

«Y pues tenéis memoria del estrago
que en españoles hice, con despecho
de ver que la amistad, amor, halago,
fue contra nos el más sutil asecho,
acordaos también que yo no pago
con matar mil al mal que me habéis hecho;
y ansí quiero hacer ya confianza
no de palabras, sino de mi lanza».

Estando pues en peso la porfia
enemistad antigua y homecillo,
el don Pedro de Portugal había
entrado dentro ya por su portillo
con la compañía que con él venía,
sin Marubare vello ni sentillo,
hasta que por el uno y otro lado
se vido de españoles rodeado.

Avívanse los gopes al momento;
enciéndese de nuevo la batalla;
Orejuela mostró su buen aliento,
sus proezas el alférez Olalla;

el Marubare de su pensamiento
y determinación atrás se halla,
pues cuando su victoria se declara
adverso hado le volvió la cara.

Como nave veloz y diligente
que con favonio próspero navega
para tomar el puerto donde siente
tener seguridad después que llega,
y junto se levanta de repente
alguna procelífera refriega,
haciéndola volver desde la puerta
donde la vida tiene por incierta:

al dicho Marubare y Arobaro
con fortuna o tal les acontece,
pues cuando les mostraba rostro claro
en ese punto se les escurece,
y al suelo que tenían por amparo
la sangre de los suyos humedece;
y visto no valelles buena maña
procuran de huir por la montaña.

Dispónense los grandes y menores
a poner en efecto la huida;
mas usando de bélicos furores
impide don Alonso la salida:
y así prendieron estos dos señores,
sin querer despojallos de la vida,

pero toman preseas y tesoro
con más quince mil pesos de buen oro.

Y el asno que dijimos recogieron
que de los indios era maravilla,
y para lo subir allí dijeron
que fue con palos hechos angarilla;
al cual con otras cosas más ovieron
de naves que venían de Castilla
y dieron al través en estos puertos,
donde los navegantes fueron muertos.

Y así salieron en sus escuadrones
los indios cuando fueron salteados,
algunos con camisas y jubones
y muchos con bonetes colorados:
hallaron hachas, palas, azadones,
de que se aprovechaban los soldados,
y ropas que los bárbaros desechan
y a nuestros españoles aprovechan.

El bélico despojo recogido,
y presos con el rey muchos vasallos,
con escuadrón muy bien apercebido
de gente que sabía reguardallos,
fue por el don Alonso proveído
bajar luego do estaban los caballos,
y en hombres del ejército captivo
mandó también bajar el asno vivo.

Con sus acostumbradas prevenciones
los indios lo bajaron a lo llano,
y aprovechó después en ocasiones
que suelen ocurrir al baquiano;
y aun fue descubridor destas regiones
pues a este nuevo reino vino sano
y el primero que destos animales
vieron en esta tierra naturales.

Jumento y adjumento del entrada
fue para nuestras gentes peregrinas,
al menos a los de la camarada
del sarjento mayor dicho Salinas,
persona por sus obras señalada,
las cuales fueron de memoria dinas
cuyo consorte fue Juan de Montalvo
hoy en aqueste reino sano y salvo.

Lleváronlo también a la jornada,
llamada por antiguos del Dorado,
que hizo Fernán Pérez de Quesada,
de do volvió después desbaratado;
y el padre fray Vicente Requejada,
en tiempo que fue pasto regalado,
el cuero le quitó de las costillas
y convirtió las tripas en morcillas.

Llegados pues al mar y a su ribera,
como ya descansasen y comiesen,

a los indios quitaron la collera
mandando que a su pueblo se volviesen;
y siendo los deseos de cualquiera
quel oro y los despojos se partiesen,
buscando don Alonso dilaciones,
a todos les habló tales razones:

«Cierto, señores míos, no creyera
de los mortales cosas tan estrañas,
si por mis propios ojos yo no viera
vuestras proezas, hechos y hazañas,
do ninguna nación prevaleciera
sino sólo valor de las Españas,
cuyas heroicas obras ya son tales
que me parecen sobrenaturales.

«La fama por España publicaba
ser cada natural un mostro fiero,
y grandes maravillas nos contaba
quien destas cosas era pregonero,
y entonces yo confieso que pensaba
que hacían de pulga caballero;
pues agora que todo lo tanteo
lo dicho cifra fue de lo que veo.

«¿Quién pudiera creer tanta miseria
como padecen hombres en conquistas?
¿Quién osara decir en nuestra Hesperia
cosas de los humanos nunca vista?

Al fin, señores, sois rica materia
para los curiosos coronistas,
y serán vuestros hechos duraderos
con espanto de siglos venideros.

«Lo substancial es esto; y en la paga,
que los hombres de bien tienen en menos,
también es justa cosa que se haga,
pues por ella se mueven muchos buenos;
mas no hallo valor que satisfaga
a hechos tan heroicos y tan llenos,
y menos el caudal desta jornada,
que es para cada cual menos que nada.

«Mas esa cantidad que recogida
tenemos, es razón que se reparta,
y sea por cabezas dividida,
pues de lo justo nada nos aparta;
la cual repartición será cumplida
llegados que seais a Santa Marta,
y entre tanto seré yo tesorero
y fiel guardador deste dinero.

«Véalo mi señor padre primero,
no diga si lo doy que lo destruyo;
porque después en ley de caballero
os empeño mis barbas, y concluyo
con que luego que haga lo que quiero,
cada uno de vos habrá lo suyo,

y gozará de aquello que tuviere,
o hará lo que bien le pareciere».

Vista por caballeros y peones
la práctica, de fraude no distinta,
a muchos contentaron sus razones,
y algunos también dieron en la pinta,
reconociendo ser sus intenciones
llevallo todo y aun la parte quinta:
al fin los pretensores de la presa
han por bueno callar, aunque les pesa.

Estando pues la gente descansada,
don Alonso de Lugo determina
de ver el morador de la Ramada
que con aquellos términos confina,
pasando por la tierra levantada
de Marona, que al mar está vecina,
do hollaron ramadas y buhíos
de moradores ya todos vacíos.

Cavaron dentro dellos los que fueron
instituidos para tal cuidado,
y también algún oro descubrieron
que los indios dejaron enterrado:
todo lo cual al don Alonso dieron,
no sin desabrimiento del soldado;
y como no hallaron bastimento
la hambre los sacó de aquel asiento.

Al río de la Hacha fue la gente,
y no mucho compás de su ribera
hallaron una casa prepotente,
dentro sobre mil indios de madera,
del altura que tienen comúnmente,
hincados por buen orden en hilera,
que debían de ser antecesores
de los guanebucanes y señores.

Mas como no hallasen sementera
ni de dónde tomar mantenimientos,
el portugués don Pedro salió fuera
con soldados que fueron cuatrocientos,
que todos ellos van a la lijera
acia la parte de los lestes vientos,
a buscar grano por alguna vía,
porque toda la gente perecía.

Y al paraje del Cabo de la Vela,
por do todos andaban mariscando,
vieron ya cerca cierta carabela
que por la costa viene navegando:
hiciéronle señales con candela,
y con un paño blanco van llamando;
acuden a la seña marineros,
y surgen en los términos fronteros.

Echaron el batel en breve rato,
llegaron donde ven el blanco paño,

pero no sin recelo ni recato,
presumiendo que puede ser engaño;
mas los que libres eran de mal trato
manifestáronles su grave daño,
diciendo que les vendan alimento
y pidan el valor a su contento.

Vuelven los marineros a la nave
y dieron al maestre su mensaje,
y en el batel echaron cuanto cabe
de lo que llevan por matalotaje,
que fueron grandes tortas de cazabe
y sazonadas puestas de carnaje:
volviéronles a dar este consuelo,
puesto que todavía con recelo.

Porque desde el esquife se les echa
lo que pudo curar hambrienta llaga,
y vuelven a remar vía derecha,
sin querer recibir por ello paga:
el don Pedro con esto se pertrecha
hasta que halle dónde se rehaga;
y despedidos deste navegante
procuran de pasar más adelante.

Atravesaron a las cordilleras,
por parecelles ser tierras más gratas,
y así hallaron ciertas sementeras
de auyamas y de yucas boniatas,

con más otras raíces comederas,
que son pericaguazos y batatas,
de que fueron costales proveídos,
pero de noche por no ser sentidos.

Y atajando camino por un llano,
por más presto volver a la Ramada,
acertaron de dar en un pantano
o ciénaga prolija y ampliada,
do con el sol ardiente del verano
la gente se sintió muy fatigada,
y del número dicho cuasi todos
andaban como tontos y beodos.

La causa de tener flaca la nuca,
que no puede hallarse peor tacha,
fue por haber comido mucha yuca,
que a los más confiados emborracha,
porque con el sabor los embabuca
y con malos efectos nos empacha:
desta perniciosísima dolencia
soy yo fiel testigo de esperiencia.

Porque viniendo cinco compañeros
atravesando cumbre de una sierra,
Mendoza, Benavides y Cumeros,
bien conocidos en aquesta tierra,
y un Juan Díaz e yo, con pies lijeros,
por ser aquel compás todo de guerra,

hicimos noche dentro de unas matas,
y fue la cena yucas boniatas.

E ya que descansábamos un poco
en las húmedas camas de helecho,
el Juan Díaz andaba como loco;
e yo que le reñía su mal hecho,
con ojos y narices tierra toco,
con bascas y congojas en el pecho,
sin fuerza, sin vigor y sin aliento,
y cuasi sin ningún entendimiento.

Y así también la gente que camina
por el dicho lugar de todos lleno,
con el ardor del sol se desatina
por el manjar que al fin tiene veneno:
quedaron pues allí sin medicina
cuarenta y cinco dellos en el cieno;
pudieran, según dicen, remediallos,
mas los sanos no curan de esperallos.

Antes el portugués, con ser modesto,
e un Pablo Fernández que los guía,
a gran priesa caminan con el resto
a do su general los atendía;
el cual, aunque de todos supo esto,
ningún justo socorro les envía:
así que perecieron los cuitados,
o por manos de indios o ahogados.

Puestos en la Ramada referida,
sin dar remedios al desmán que digo,
a Santa Marta hacen su partida,
sin que puedan hacer otro castigo;
y al volver mucha gente fue herida
en el áspero paso de Rodrigo,
de manera que de soldados buenos
indios hicieron los doscientos menos.

Y un peón extranjero, que nombrallo
no sabe quien la pluma me gobierna,
a Gómez del Corral mató un caballo
cortándole gran parte de la pierna,
y debió de meterse por guisallo
en alguna fondísima caverna,
porque después que hizo el desconcierto
no pareció jamás vivo ni muerto.

Después que ya tomaron la zavana
de Bonda, do llegaba nuestro bando,
hizo parar la gente baquiana
aquel que sobre todos tiene mando,
dándoles a entender que tiene gana
de que se queden ellos descansando
y sólo quiere ir a dar la nueva
de lo que sucedió y lo que se lleva.

Partióse reguardando su fardaje
con mozos que le fueron más acetos;

e yendo prosiguiendo su viaje,
descubre don Alonso sus concetos,
según quieren decir, a cierto paje
de quien él confiaba sus secretos;
y porque no me tengan por prolijo
brevemente diré lo que le dijo:

«Quiérote descubrir, mi buen Saucedo,
negocios que requieren confianza,
y es que quiero salir de do no puedo
valerme de caballo ni de lanza,
y donde vale más un flaco dedo
que brazo de vigor y de pujanza;
y mi partida tiene de ser cierto
en las naos que esperan en el puerto.

«Es menester que sigas mi consejo
con pronta voluntad fiel y leda,
porque quiero, pues hay buen aparejo,
acogerme con toda la moneda:
que la necesidad de nuestro viejo
otro la suplirá, y acá se queda,
do cada día pueden hacer presa,
pues que la tierra pone larga mesa.

«Su parte tienen harto merecida
todos estos valientes compañeros;
pero, *quid inter* tantos, por tu vida,
siendo breve la copia de dineros?

Es algo para mí más repartida
por tantas vías y desaguaderos,
los tesoros no bastarán de Juno
ut modicum accipiat cada uno.

«Demás de que yo tengo mis porciones,
y a todos he de ir anticipado,
cuanto más que hurtando de ladrones
no me parece ser grave pecado,
ya que no consigamos los perdones
dichos en el refrán acostumbrado;
pero tengamos oro por agora,
porque con él después todo se dora.

«Por tanto, fidelísimo criado,
la noche que ternás aviso mío,
embarcarás el oro y el recado
que yo te diere y en aquel navío
que por mi boca fuere señalado,
con el recato que de ti confío,
que si conmigo vas en salvamento,
el galardón habrás a tu contento».

El paje le responde: «Yo bien quiero
cumplir en todo vuestro mandamiento;
pero vuestra merced vea primero
si podemos salir con el intento
o si debe tan noble caballero
honrarse con el tal atrevimiento,

pues ya sabéis que en las personas altas son siempre más notadas estas faltas».

«No caben en mí viles intenciones
(le responde), pues esto yo lo gano,
y en todos los armados escuadrones
la más acelerada fue mi mano».
Llegaron pues al fin destas razones
al puerto, que tenían ya cercano,
donde por todos los de aquel asiento
se le hizo muy gran recibimiento.

Besó las manos al adelantado,
del cual fue gratamente recibido:
diole cuenta de todo lo pasado,
mas ninguna del oro recogido,
aunque no pudo ser tan ocultado,
que callase del todo quien lo vido;
y el buen viejo también lo pretendía
para pagar los fletes que debía.

Viendo ser el dinero descubierto,
y aquella voluntad reconocida,
el don Alonso hizo su concierto,
efectuando luego su partida
en un navío que salió del puerto
pocos días después de su venida,
en el sereno de la noche blanda,
diciendo que su padre se lo manda.

Mas su voluntad era discrepante,
y en hecho de verdad no lo sabía,
hizo pues dar las velas al instante
por la derrota que le convenía;
y fue tan venturoso navegante,
que con buen tiempo fue donde quería,
estendiendo por corte más las alas
no sin ostentación de ricas galas.

Después de don Alonso ser partido,
Diego López de Haro, muy quejoso
por no cumplir con él lo prometido
acerca del oficio más honroso,
embarcóse tras él harto corrido,
y el sobrino Martín de Castaños,
y Alonso de Guzmán y otros, los cuales
todos eran personas principales.

Que don Alonso tuvo de franqueza
lo que suele tener uso profano,
y de valor, primor y gentileza
y aviso, lo que puede cortesano,
al cual cierto pintó naturaleza
con curiosa y acertada mano;
pero, según se vio por experiencia,
no muy escrupuloso de conciencia.

Viendo su padre pues cómo lo deja
de mil necesidades rodeado,

del paternal amor también se aleja,
y enviando poderes y recado,
ante el emperador formó su queja
pidiéndole que fuese castigado;
y el licenciado dicho Villalobos
como fiscal pidió los tales robos.

Estuvo, según dicen, en España
preso des que tuvieron el aviso,
mas él lo tortüoso que le dañá
enderezó muy bien y hizo liso;
y en efecto se dio tan buena maña,
que se salió con todo cuanto quiso,
y así gozó después con cortesanos
del industria y trabajo de sus manos.

Acá volvió después pasados años
para poder más ampliar su renta:
visitó deste reino los rebaños,
do su vida no fue menos exenta,
pues muchos se quejaron de los daños
que hizo, de los cuales daré cuenta
cuando lo deste reino se prosiga:
que agora Santa Marta me fatiga.

Donde quedó su padre detenido
con falta de salud y adeudado;
y así por capitanes fue pedido
otro descubrimiento deseado,

y es este nuevo reino do resido,
de quien haré particular tractado,
porque su nobilísima caterva
para la cuarta parte se reserva.

Mas visto por el don Pedro Fernández
lo que se le pidió con gran instancia,
prometiendo de dalle nuevos Andes
o cosa de no menos importancia,
hizo junta de chicos y de grandes
para los animar a la ganancia;
y venidos en un ayuntamiento
hízoles el siguiente parlamento:

«Caballeros, estas tribulaciones
que todos padecemos de presente,
no piden gran estruendo de razones,
pues cada cual de vos en sí las siente;
pero declararé mis intenciones,
que van encaminadas solamente
a procuralles dar aquella cura
que nos encaminare la ventura.

«Habéisme hecho muchos pedimientos,
con la razón que en ellos se contiene,
cerca de proseguir descubrimientos
y la buena noticia que se tiene;
e yo digo ser esos mis intentos
y lo que más a todos nos conviene,

pues más somos venidos a este puerto
a lo por descubrir que descubierdo.

«Porque toda la tierra conocida,
a causa de los grandes desafueros,
asolada la veis y destrüida
por la loca maldad de los primeros,
y nada della hinche la medida
de tantos y tan nobles caballeros;
y ansí por ser lo visto poco cebo
cumple que descubramos reino nuevo.

«Mas quiéroles decir a los que fueren,
pues ni fuerzas ni ruegos los compelen,
que como valerosos perseveren
y no se vuelvan luego como suelen,
y en la necesidad no desesperen,
antes unos a otros se consuelen,
pues como desta suerte se provea
algo se hallará que bueno sea.

«Donde fortuna más os embaraza
mostraréis menos tímido semblante,
y si para volveros diere traza,
entonces colaréis más adelante;
pues al fin la porfia mata caza,
y nada hizo bien el inconstante:
no sean parte miedos en efeto
para dejar de ver este secreto.

«Pocas veces dejó de ser propicia
cuerda solicitud a diligentes;
y así si no la borra la malicia
de los angostos pechos y dolientes,
no puede despintarse la noticia
que tenemos por partes diferentes,
porque las más distintas poblaciones
conforman en el dar las relaciones.

«Si tomáis el negocio más de veras
que Lerma lo tomó tiempo pasado,
seréis los que holláis estas riberas
inventores de nuevo principado,
cuyas provincias hallaréis enteras,
y será cada cual aprovechado,
trocando los trabajos en contenidos
con señoríos de repartimientos

«y no pueden estar largo desvío
de la prolija cumbre de la sierra;
y así para llevar mejor avío
de cosas necesarias a la guerra,
irán los bergantines por el río,
con quien se comuniquen los de tierra,
porque sean en tiempos afligidos
los unos de los otros socorridos.

«Ya tiene mi poder y está nombrado
para ser general en la jornada

el docto y animoso licenciado
don Gonzalo Jiménez de Quesada,
varón de quien yo vivo confiado
que para bien regir le falta nada,
y Gonzalo Jüárez, de quien siento
tener para gobierno gran talento.

«Van Juan del Junco, San Martín, Cardoso,
el capitán Lebrija, tesorero,
y Juan de Céspedes, varón famoso,
con Valenzuela, noble caballero,
Lázaro Fonte, diestro y animoso,
Baltasar Maldonado, gran guerrero,
escuadras y adalidades de momento,
de quien todos tenéis conocimiento.

«De la gente que por agua camina,
en seis barcos y en una carabela,
irá por general Diego de Urbina,
cuya prudencia todo lo nivela;
va Manjarés, persona fidedina,
ya por allí cursada su rodela;
va Juan de Albarracín, va Juan Chamorro,
ansimismo Gonzalo García Zorro.

«Van otros muchos diestros en asechos,
vivos en ojos, prontos en oídos;
van baquianos a las armas hechos,
en aquestos trabajos muy curtidos:

de bélicos arreos y pertrechos
todos medianamente proveídos,
y si destos algunos están faltos
los ánimos los suplen, que son altos.

«Veo con buenos bríos al más cano,
tímida cobardía despedida:
el apacible tiempo del verano
a los efectos desto nos convida:
sólo resta que los que tienen mano
quieran poner en orden la partida;
y así concluyo con que lo propuesto
con tiempo tenga cumplimiento presto».

Vista su voluntad determinada,
todos los principales de aquel puerto,
con adherentes para la jornada,
pusieron sus personas en concierto;
mas agora que yo de la pasada
me siento de cansado como muerto,
reposo quiero dar a mi fatiga
antes que lo que resta se prosiga.

▪ CANTO TERCERO

Donde se tracta cómo salió la gente del puerto de Santa Marta, así por mar como por tierra, para descubrir tierras nuevas, y de lo que les sucedió en el río Grande a la entrada dél, y en la prosecución del viaje.

Contaba ya la religión cristiana
treinta y seis años sobre quince cientos
del parto de la Virgen soberana
en estrechos y pobres aposentos,
cuando salió la gente castellana
para continuar descubrimientos,
y el sol por el eclíptico camino
quería visitar décimo sino.

Mil para tomar armas hay por cuenta,
y destes los quinientos aviados
por tierra, de caballos son los treinta
y otros treinta rocinos van cargados;
van por mar cuatrocientos y sesenta
entrellos marineros y soldados;
los de tierra por ahorrar carguíos
dejan de su caudal en los navíos.

Porque tienen de ir por gente blanca
jornada larga, de trabajos llena,
antes de se juntar en la barranca
del río grande de la Magdalena;
donde si de salud hay gente manca,
la metan donde guindan el entena,
y hallen sus alhajas y fardaje
para prosecución de su viaje.

Pero los más que van por las florestas
eso me da cursado que novicio,
ropa y comida va sobre sus cuevas
con armas para bélico bullicio;
y entre tantas compañías como estas
solas tres indias iban de servicio,
que tenían particulares dueños
de aquellos capitanes más isleños.

Dirigen pues sus pasos a Chimila
y a las provincias que le son fronteras,
mas llevando vacía la mochila
del grano que produce sementeras,
hambre y enfermedad los anihila:
incultas hallan todas sus riberas,
por estar ya los pueblos conocidos
en partes diferentes retraídos.

Los suspiros del pecho van a pares
del triste que se ve delibitado;

lo cual visto por Gonzalo Süárez
y el capitán Lebrija Maldonado,
procuraron buscar nuevos lugares
con aquellos de quien tienen cuidado:
y así fueron por partes diferentes
en busca de comidas y de gentes.

El Gonzalo Süárez por buen arte,
con sogas de hamacas retorcida,
pasó con su bandera y estandarte
agua de Ariguaní poco crecida,
y en los confines dél, en otra parte,
recogió buena copia de comida,
cautivando también por sus florestas,
indios que la trajeron a sus cuestas.

Luego como llegaron al asiento,
se mandó repartir por don Gonzalo,
y el regocijo y el contentamiento
mayor debió de ser que yo señalo;
pues el que perecía de hambriento,
juzgábalo por celestial regalo:
y así fueron con esto reparados
y con alguna caza de venados.

Estando pues con este regocijo,
una india, tendidos los cabellos,
que debió de huir en el cortijo
cuando las enlazarón por los cuellos,

con amor entrañable de su hijo
se llegó sin temor a todos ellos;
y admirados de ver cosa tan nueva
deseaban saber qué causa lleva.

La cual, como con otros lo vio vivo,
en brazos lo tomó con ansia viva,
y con aquel ardor caritativo
que de todo temor a muchos priva,
dijo: «Pues eres, hijo, tú captivo,
no quiero yo huir de ser captiva,
ni dejaré de ir donde tú fueres,
y allí moriré yo donde murieres».

Habiendo sus palabras reducido
a castellanas voces los ladinos,
tan gran compasión dieron al oído
de nuestros fatigados peregrinos,
que no sólo le dieron su querido,
pero todos sus deudos y vecinos,
un viejo reservando que podía
ser para su camino buena guía.

Ven de Tamalameque los confines,
donde su morador de paz y espera,
menoscabados hombres y rocines;
vieron del río Grande la ribera,
y preguntando por los bergantines,
ningún indio les dio razón entera:

de pálido color cubren el gesto,
y agora yo diré la causa desto.

Salió Diego de Urbina de aquel puerto,
yendo con él don Diego de Cardona,
puestos los bergantines en concierto,
llena de viento próspero la lona,
piloto maestro Juan, varón esperto,
y el mozo Manjarés, cuya persona
en aquellos caminos era diestra,
y había dado valerosa muestra.

Llegaron cuando ya luz es poca
y lucía la noche su llegada,
y así surgieron antes de la boca
del río por do hacen el entrada,
por mandado de aquel a quien le toca
regir y concertar los del armada,
esperando que venga nueva lumbre,
con la guarda que tienen de costumbre.

Celebrábase pues siguiente día
aquella Concepción inmaculada
de la generosísima María,
Virgen, Señora nuestra y abogada,
y por la gente toda se pedía
ser en aquel lugar solemnizada:
quisiéralo la gente peregrina,
pero no consintió Diego de Urbina.

Y así trocados los nocturnos fines
en aquel resplandor que nos consuela,
hizo tocar trompetas y clarines
mandando que se hagan a la vela
aquellos dichos siete bergantines,
el uno dellos buena carabela,
puesto caso que de contrario voto
fue siempre maestro Juan diestro piloto.

Diciéndole: «Señor, inconveniente
grande me representan las salidas;
el río Grande viene de creciente,
dejemos aflojar las avenidas,
pues con el ímpetu de su corriente
las olas andan altas y subidas;
inminente peligro nos despierta,
por llevar los seis barcos sin cubierta.

«Ya veis, señor, la mar cuál anda fuera,
y que los barcos no van muy lijeros;
el río trae copia de madera,
con sus raíces árboles enteros;
recélase la gente marinera,
tienen temor a estos caballeros;
y para no venir a los extremos,
conviene que primero lo miremos».

Respóndele: «Pues sois buen navegante,
no receléis a este pilotaje,

que yo no veo cosa que me espante
para dejar de ir nuestro viaje;
esperan los soldados adelante,
cuya ropa llevamos y fardaje:
dense, dense las velas a los notos,
y vayan con aviso los pilotos».

Luego de su partido descontentos,
las cañas se pusieron en timones,
con fuerzas flojas y con brazos lentos
las áncoras se levantan y resones;
desfiérense las velas a los vientos
con graves y pesadas turbaciones,
tanto que flojedad y pesadumbre
daban de su desdicha certidumbre.

Tomada pues del río la garganta,
e yendo ya por él poco desvío,
olaje tan soberbio se levanta
de las aguas del mar y grande río,
que quien menos temía más se espanta,
y menos muestras daba de su brío,
viendo que no podía navegante
volver atrás ni ir más adelante.

Uno veréis lloroso y otro triste,
dan grita los mancebos y los canos,
agua por todas partes los embiste;
no les presta timón ni valen manos:

ya su salud en sólo Dios consiste,
que no la pueden dar hombres humanos;
y lo más sustancial de su esperanza
era tener ninguna confianza.

Estando pues con este desatino
causado del rigor de la procela,
un grande y orgulloso remolino
sorbió la sobredicha carabela
y un bergantín que junto della vino,
y amortajó los hombres con la vela:
diez andan por las ondas de Neptuno,
de los cuales fue Manjarés el uno.

Es nada lo que nada, pero viendo
acrecentar las olas sus enojos,
cuando los barcos iban consumiendo,
en un grueso tablón puso los ojos,
y en él después se estuvo sosteniendo
recogiendo también otros despojos,
de cosas de madera que allí hubo,
encima de las cuales se sostuvo.

Anda sobre el olaje fluctuando,
el cual la flaca balsa desparpaja,
está por ir a tierra forcejando,
mas no puede, por mucho que trabaja;
y cuanto más andaba naufragando,
más andaba tras él una baraja

de naipes, que después él me decía
que nunca lo dejó todo aquel día.

Dícele pues, a vueltas de otras quejas,
«Vete, demonio, ya no me fatigues,
que si por tierra voy nunca me dejas,
y agora por el agua me persigues;
a mis grandes pecados son anejas
las cartas de maldad con que me sigues,
porque con ellas fueste tal tercero,
quel tiempo se perdió con el dinero».

Mas con la devoción que convenía,
no deja de llamar auxilio santo,
y así cuando la noche ya quería
cubrir todas las cosas con su manto,
pudo llegar adonde pretendía,
poco menos que muerto del quebranto;
y con las mismas ansias y temores
salieron otros siete nadadores.

El Cardona y Urbina con su pena
y paga de la culpa merecida,
acia la banda van de Cartagena
compelidos también del avenida,
y dieron al través en una arena,
do fue milagro reservar la vida;
no quisieron volver más a su cargo,
antes para Pirú se van de largo.

Dejando pues cien hombres ahogados,
soldados de valor adamantino,
los otros cuatro barcos quebrantados
llegaron a la playa del Dorsino:
en Santa Marta fueron avisados
del pesado desmán que les avino,
y fue de tal manera la congoja,
que en mucho tiempo no se hizo floja.

Mas don Pedro Fernández no desmaya,
antes los dichos cuatro barcos varan
por mandamientos suyos en la playa,
y los calafatean y reparan,
para quel resto de la gente vaya
a ver las otras gentes en qué paran:
a los cuales les fuera desavío
no llegalles socorro por el río.

Son pocos o ningunos los sosiegos,
porque fuera dafiosa la tardanza;
y así nombraron de comunes ruegos
por general, mediante su templanza,
al licenciado dicho Juan Gallegos,
persona de valor y confianza,
que en Quito de Pizarro se rebela:
murió después con Blasco Núñez Vela.

Después que por el dicho licenciado
el cargo se tomó, puso la frente

en ordenar lo que le fue mandado,
como varón sagaz y diligente:
fue luego su viaje comenzado
con doscientos soldados solamente,
y por el río de la Magdalena
subieron sin desmán que les dé pena.

No los detienen guerras ni raudales;
e yendo prosiguiendo la subida,
supieron luego de los naturales
de la gente que estaba detenida
en Sompallón, pero de muchos males,
hambre y enfermedad, enflaquecida,
y todos ellos no sin grande pío
de ver llegar los barcos por el río.

Como les diesen pues carrera franca,
sin conocerse voluntad aviesa,
ora con remos, ora con palanca,
ora con sirga larga, se dan priesa
para poder llegar a la barranca,
do para se juntar fue la promesa;
y al fin ven breve número de días,
se vieron juntas ambas compañías.

Como de los deseos precedentes
sus propios ojos fueron ya testigos,
deshácense las rugas de las frentes,
así de los modernos como antiguos,

abrázanse parientes con parientes,
huélganse los amigos con amigos;
mas dellos cada cual espanto tiene,
de ver el poco número que viene.

Y como lastimados corazones
dijesen al que estaba con recelo
la causa de sus grandes dilaciones,
y los que consumió marino duelo,
volvieron a formar lamentaciones,
mezclando su placer con desconsuelo,
por perder en aquellas tempestades
sus antiguas y buenas amistades.

Pero como tristeza valga nada
para restauración de perdimiento,
la gente baquiana más cursada
procuró mitigar el sentimiento;
y el general Jiménez de Quesada,
para dar orden al descubrimiento,
después que a su presencia los convoca,
sacó tales palabras de su boca:

«Caballeros, con gran razón se siente
una nueva de tanta desventura;
pero quien es sagaz y hombre prudente
verá por su discreta conyectura,
cómo le cumple moderadamente
pasar por lo que ya no tiene cura,

porque, perdidos los humanos cuellos,
sólo resta rogar a Dios por ellos.

«También quiero decir que no vi suerte
en lo que profesáis e yo profeso,
que se pasase sin alguna muerte,
o tuviese del todo buen suceso;
mas no porque el primero no se acierte
ha todo tiro de salir avieso,
pues si el un balletero queda manco,
otro puede después dar en el blanco.

«Y aquella miserable contingencia
no puede deshacer la dicha mía,
por haber sido falta de prudencia
del loco capitán que los regía,
o por ventura santa providencia
de aquella perenal sabiduría,
pues en faltar el uno y otro Diego,
faltan bullicios y desasosiego.

«Faltando los dos dichos trompezones
con otra gente desasosegada,
están absentes cuantas confusiones
pudieran suceder en la jornada:
de suerte, que de sus tribulaciones
emana nuestra vida descansada,
y el perderse, por poca vigilancia,
para nosotros todos fue ganancia.

«La cual no será corta sino llena,
mediante Dios y su cabal ayuda,
porque fortuna que unos desordena,
para favorecer otros se muda:
que de topar habemos cosa buena,
y cerca desto ya no tengo duda,
como con el valor que se requiere
cualquiera de nosotros persevere.

«Y ansí cumple mostrar claro semblante
a hambres y trabajos importunos,
para poder pasar más adelante
o bien hartos de pan o bien ayunos:
y ninguno desmaye ni se espante,
cuando se vieren perecer algunos,
pues donde quiera, semejante dejos
a todos los humanos son anejos.

«Mayormente terreno donde toco
a todos los nacidos encubierto,
y donde no será menos que loco
quien pensare que no puede ser muerto,
porque nunca lo mucho costó poco,
y el vivir a los hombres es incierto;
mas hasta ver qué hay, o vi va o muera,
y no me puedo ya salir afuera.

«Que por acá la gente generosa
muy mal puede vivir sino por guerra,

e ya que de riquezas deseosa
de su naturaleza se destierra,
conviénele buscar alguna cosa,
si quisiere volver a ver su tierra,
o cuando no hiciere tal trasunto,
acá pueda tener honroso punto.

«Porque si la fortuna no se muestra
a nuestros pensamientos adversaria,
aquella llamaremos patria nuestra
que diere la riqueza necesaria,
y que con el valor de nuestra diestra
hiciéremos de libre tributaria;
y entonces lo feroz tornado manso,
pasaremos la vida con descanso.

«Así que, para ver lo que decimos,
quien estuviere frío se caliente,
que para coger fértiles racimos
tierra de promisión tenéis enfrente;
mas si volvemos como nos venimos,
cierto sería gran inconveniente,
tanto que con mejor aviamiento
nadie podrá volver en salvamento.

«En los barcos ir todos no cabemos,
ni puede ser sin riesgo conocido:
si por tierra, ¿de qué nos manternemos,
estando cualquier pueblo ya barrido?»

De manera que destos dos extremos,
el no volver atrás es buen partido:
cuánto más, ¿qué bienes o qué renta
dejastes en la mar sino tormenta?

«Hambre y enfermedad nos perseguía
el tiempo que estuvimos en sus puertos,
y nunca vi que se pasase día
que no viésemos tres o cuatro muertos:
mirad la sierra si se defendía,
y los heridos por sus desconciertos
mandaban que con cepos estuviesen,
hasta que con la rabia pereciesen.

«Sea pues la jornada larga o corta,
duren prolijos montes y espesuras,
que la resolución que más importa
es ver el fin de aquestas aventuras:
este consejo da quien se reporta
y las noticias tiene por seguras,
y más agora con el buen avío
que tenemos de barcos por el río.

«Porque mientras durare la demanda,
el orilla será nuestra carrera,
y los barcos por una y otra banda
buscarán de comer por la ribera,
acudiendo con alguna vianda
a los que nos hallamos aquí fuera;

y si por acá hallan buenos nidos,
también serán los barcos proveídos.

«Cuanto más que la gente que huida
hallamos de los pueblos y cortijos
otra banda la tiene recogida,
y allá están las mujeres y los hijos;
y es imposible no tener comida,
como se busquen bien los escondijos;
y hallada por una y otra vía,
ternemos razonable pasadía.

«Por tanto, los que rigen escuadrones,
si no quieren seguir opinión vana,
manden que suenen bandos y pregones
que digan cómo salgo de mañana:
los barcos, caballeros y peones,
sigan mi parecer de buena gana,
porque con el favor del Rey de gloria
yo les daré ganada la victoria».

En dando fin a su razonamiento,
tuvo muy a su gusto la respuesta:
y así para venir al cumplimiento,
esta congregación se hizo presta:
viérades alistar el instrumento,
el espada, la lanza, la ballesta,
y los demás pertrechos y adherentes
de que suelen usar guerreras gentes.

Febeo resplendor en esta hora
apartando se va del hemisferio
donde la belicosa gente mora,
y con oscuridad en el imperio
la noche se quedó por sucesora,
puesta vista mortal en captiverio,
o con sueños o con impedimento
de no ver su salud o detrimento.

Pero cuando doraba ya la planta
Apolo, reiterando su venida,
resuena de trompetas la garganta
que suele despertar gente dormida;
y así la peregrina se levanta,
para poner por obra la partida:
los sanos, los enfermos, los tullidos,
según pueden, están apercebidos.

Luego por don Gonzalo se procura
que se celebre divinal oficio;
y el buen padre Lezgamez, como cura,
a Dios ofrece santo sacrificio:
oyóse con devota compostura
de los que profesaron su servicio;
y acabada la obra religiosa,
prosiguen su jornada trabajosa.

Hierónimo de Insa va rompiendo,
por ser el capitán de macheteros,

espesísimos montes, y haciendo
puentes para las ciénagas y esteros,
los calurosos días consumiendo
en trabajos que no son creederos;
tanto que con innumerable tinta
no se podrá decir la parte quinta.

Porque por la montaña do guiaban.
o sus cansados pasos o las riendas,
por mucho que buscasen no hallaban
señales de caminos ni de sendas:
que los indios por aguas se mandaban
en todos sus contractos y haciendas,
ni jamás se rompió tal aspereza,
desde que la crió naturaleza.

Y así, con trabajar las compañías
con el sudor a todos importuno,
aconteció romper en ocho días
lo que pudieron caminar en uno;
y con buscarse por entrambas vías,
el alimento fue cuasi ninguno:
de manera, que con necesidades
también crecían las enfermedades.

Aquellos que se sienten más enteros
tienen necesidad que les ayuden,
y los más amigables compañeros
con mil desabrimientos se sacuden:

empapan los terribles aguaceros,
sin tener otra ropa que se muden;
y así, para secar la pobre tela,
el flaco cuerpo sirve de candela.

Cubiertos van de llagas y de granos
cansados de las dichas ocasiones,
en vida los comían los gusanos
que nacen por espaldas y pulmones,
no se pueden valer de pies ni manos;
en lo más raso hallan trompezones;
no tienen do llevar hombres enfermos,
y así quedaban muchos por los yermos.

¡Oh, cuántos con suspiros y gemidos
allí se quejan por dejar su suerte!
¡Oh, cuántos al camino son movidos,
y atrás un flaco viento los convierte!
¡Oh, cuántos se quedaron abscondidos,
por no verse vivir con tanta muerte,
tomando por grandísimo regalo
acabar de morirse tras un palo!

¡Oh, cuántos en aquellas espesuras
fueron cebo de aves carniceras,
y cuántos a quien fueron sepulturas
vivas entrañas de las bestias fieras,
que saltean en las noches oscuras
a gentes naturales y extranjeras!

De suerte que a los bajos y a los altos
eran comunes estos sobresaltos.

Con este general inconveniente
va caminando castellana mano,
sin poder sano socorrer doliente
ni doliente valerse de hombre sano:
no procura pariente por pariente,
hermano no se cura del hermano,
y, ¿qué presta querer?, pues, aunque quiera,
lo que desea dar es lo que espera.

Mas un hombre de aquella compañía,
de cuyo nombre yo soy ignorante,
y aun los que della viven este día,
no pudiendo pasar más adelante,
hablando con un hijo que tenía,
para cualquier rigor hombre bastante,
le dijo: «Hijo mío, yo me quedo,
que por ninguna vía más no puedo.

«De ti hago postrera despedida,
porque vital espíritu me calma;
está ya la virtud enflaquecida,
gozar quiere la muerte de su palma:
harás, hijo, si Dios te diere vida,
aquel bien que pudieras por mi alma:
por el de hasta agora te bendigo,
y la gracia de Dios sea contigo».

El hijo, con los ojos hechos río,
responde con amor caritativo:
«No quiera Dios que yo haga desvío
el tiempo que, señor, durardest vivo;
y cuando ya tengáis el cuerpo frío,
mis manos abrirán común archivo
en esta soledad y en tierra ajena,
para mayor aumento de mi pena.

«Y en tanto que no fueren descompuestas
del alma las terrenas ligaduras,
yo tengo de llevaros a mis cuestras
por estas trabajosas espesuras:
que no parecerá bien ir enhiestas
mis espaldas, pues pueden ir seguras
con un peso que no me será grave,
antes menos grato que süave».

Asiento hecho pues de manta larga
a las manos asida con correas,
sobre sus piadosos hombros carga
la presea mejor de sus preseas,
ocupados más tiempo con la carga,
que con Anquises fueron los de Eneas:
pues durarían estas obras pías
por espacio de seis o siete días.

Sin fallecer jamás en el intento
con los demás regalos qué'l podía,

hasta que le faltó vital aliento,
y lo mortal cubrió la tierra fría;
y el pobre mozo del quebrantamiento
poco después le tuvo compañía,
con otros muchos que por despoblados
acabaron la vida y los cuidados.

Muchas veces el campo peregrino
está por dos o tres días parado,
entretanto que rompen el camino
aquellos a quien dieron el cuidado:
mas al enfermo de descanso dino
lo mandan luego ir por lo talado,
pareciéndoles ser mejor remedio
que los enfermos vayan en el medio.

E yendo solos les acontecía
vellos los indios desde su navío,
que por aquel compás iba o venía,
y como fuesen todos sin avío,
sin dejar nadie de la compañía,
los mataban y echaban en el río,
de donde los caimanes referidos
quedaron muy cebados y atrevidos.

Y viéndose después los sanos juntos,
como faltasen estos del rebaño,
no hallándolos vivos ni difuntos,
caso les parecía bien extraño;

hasta que conocieron por barruntos
las ciertas ocasiones deste daño:
venían después dos con sus caballos
con ellos para vellos y guardallos.

Desta suerte prosiguen la jornada,
huyendo cuanto pueden de reposo;
porque los amenaza con su entrada
la furia del invierno pluvioso:
e yendo por la parte señalada,
toparon otro río caudaloso,
cuyas corrientes dan en el arena
del río grande de la Magdalena.

Sus aguas lleva de color bermejo,
por la creciente grande que traía;
faltó para pasar el aparejo,
demás de que la noche se venía,
y ansí tuvieron por mejor consejo
esperar lumbre del siguiente día:
pluvias y truenos son por tales modos,
que pensaron allí perecer todos.

De riesgos otros menos son seguros,
por haber otro mal cotidiano;
y ansí, tendidos nublos más oscuros,
acudió luego carnícera mano;
la cual con uñas y con dientes duros,
así del miserable Juan Serrano:

«¡Valedme, dice, gente compañera,
socorred, que me lleva bestia fiera!».

Acudieron soldados más cercanos,
movidos de justísima clemencia,
con espadas y lanzas en las manos
y toda la posible diligencia,
y con fuerza y esfuerzo de romanos
lo quitan a la viva pestilencia;
pero de la manera que conejo
que suelta de los dientes perro viejo.

Desta misma manera se le saca,
y por ver si podía tener cura,
le colgaron muy alta la hamaca.
Entretanto que llega la luz pura;
velóse cada cual en su barraca,
fatigados de tanta desventura;
mas antes que la aurora lumbré diese,
llevólo sin que nadie lo sintiese.

Y cuando ya las húmedas regiones
se vestían del rayo soberano,
copia de caballeros y peones
lo buscaron, mas fue trabajo vano:
así que, por las dichas ocasiones
le llamaron el iro de Serrano,
en memoria y acuerdo deste hombre,
y siempre durará con este nombre.

Vistos aquellos miserables fines,
luego bajó Pero Núñez Cabrera,
con diez soldados de los más insines,
a ver del río Grande la ribera,
para hacer venir los bergantines,
y en ellos travesar a la frontera
del río de Serrano, ya nombrado,
porque no le pudieron hallar vado.

Llegaron pues los barcos al paraje
que más a su propósito convino;
efectúan con ellos su pasaje,
y en confianza del favor divino
prosiguen adelante su viaje
por un trabajosísimo camino
de espesos montes, ciénagas, esteros,
y a cada paso mil atascaderos.

Porque demás de ser esta montaña
en espesuras sumamente ciega,
de limpios animales muy estraña,
y tal que clara lumbre se le niega,
cuotidiana pluvia la baña,
y demás de lo quel mayor aniega,
muchos ríos que bajan de la sierra
inundan los conveses desta tierra.

Yendo pues su viaje cierto día,
en un río se dio de gran fondura

que para proceder los impedía,
el agua toda dél negra y obscura;
era profundo, mas su travesía
como de treinta pasos en anchura:
fueron por las orillas grande trecho
y no pudo hallársele deshecho.

No hay árbol desta parte conviniente,
y en la otra los hay de gran altura
que caen a propósito y enfrente
de donde tiene mayor angostura,
y encima derribados harán puente,
por do la gente pase más segura:
y así por don Gonzalo fue mandado
que para los cortar pasen a nado.

Nunca la gente con quien él hablaba
mostró jamás temor a duro hecho,
y agora cada cual se recelaba,
con ser breve pasar aquel estrecho;
mas Domingo de Aguirre, que callaba,
hendió las aguas con su fuerte pecho,
y como vieses va hacer comienzo,
pasó luego tras él un Juan Lorenzo.

Para dar vía do se les empacha
y hacer puente donde se les manda,
piden que les arrojen una hacha
a los que tienen la contraria banda;

la cual brazo de fuerzas les despacha,
y así cortaron una ceiba, blanda,
con otras diferencias de maderas
que tocaban entrambas las riberas.

Pudiera Juan Lorenzo por la puente
pasar donde lo estaban esperando,
y el miserable joven, imprudente,
determinóse de volver nadando:
asióle del un pie fiera serpiente,
y en el fondo lo mete forcejando;
otra vez sobreaguó las manos puestas,
y dijo dos palabras, que son estas:

«¡Señor, misericordia!», y al instante
fue de la bestia fiera sumergido,
de suerte, que la gente circunstante
miró por él, mas nunca más lo vido:
dio gran dolor al campo caminante,
y no faltó ternísimo gemido,
por ver ante sus ojos la violencia,
y no poder hacelle resistencia.

Con este general desabrimiento
procede por allí la gente coja,
sin padecer desmayos el intento
ni se reconocer voluntad floja,
aunque tan faltos todos de alimento
cuan llenos de dolor y de congoja,

absortos y olvidados de su vida,
al olor de una cosa no sabida.

El más fuerte vigor es flaca hebra,
que acá y allá lijero viento mueve;
en el número dellos hay gran quiebra,
pues cuatrocientos hay de cientos nueve
no queda lagartija, ni culebra,
ni sapo, ni ratón, que no se pruebe:
que la hambrienta gana y atrevida
ninguna cosa halla prohibida.

Demás deste rigor cotidiano,
otro no menos mal les sobreviene,
y es carecer del conditivo grano
que da sabor a cuanto no lo tiene,
y en el varón enfermo y en el sano
no hay necesidad con que más pene;
y por la dicha falta cuasi todos
andaban como tontos y beodos.

Comen raíces de árboles, y tallos
tiernos, que nunca fueron conocidos;
mataron con obscuro tres caballos
en diferentes noches atrevidos,
y es porque no pudiendo remediallos,
han de ser por cabezas repartidos,
y todos los quitaran de por medio
si no se proveyera de remedio.

Y así la culpa desta golosina
no quieren que se pague con septenas,
ni toman afrentar por medicina,
antes el auto fue con estas penas:
que quien comiere carne caballina
cuchillo rompa sus vitales venas;
y este pregón y mando fue tan bueno,
que les hizo tener a todos freno.

En este tiempo de rigor horrendo,
Gallegos, el valiente licenciado,
andaba con los barcos descubriendo
por las orillas de uno y otro lado;
y andando desta suerte discurriendo,
vio cierto pueblo bien acomodado:
bajóse, sin hacer guerrera prueba,
a dar al general aquesta nueva.

El cual no recibió poco contento,
y era tanta la gana que tenía
de poder descubrir mantenimiento
para la fatigada compañía,
que por dar al deseo cumplimiento
mudó la discreción en osadía:
quiso por agua ir de los primeros
con solos seis o siete compañeros.

Su hermano Hernán Pérez de Quesada,
Antonio de Lebrija Maldonado,

el alférez Olalla, cuya espada
pone contrarias gentes en cuidado,
y Vanegas, persona señalada,
y el Domingo de Aguirre ya nombrado,
también Pedro Velasco, cuya mano
el peligro mayor halla liviano.

En tres leños se meten mal seguros,
todos con canaletes en las manos,
cuando cobrían ya velos oscuros
los árboles de montes comarcanos;
son un indio y un negro palinuros,
de la familia destes dos hermanos:
con tanto riesgo van, que se me jura
no ser tanto valor cuanto locura.

Aunque cercanos van a la ribera,
por ser aquel menor inconveniente,
con gran trabajo pasan la carrera,
por no faltar raudales y corriente;
mas el valor y fuerza persevera
hasta poder del indio ver la frente,
y andarían tres leguas de camino
antes de ver el rayo matutino.

Mas al tiempo que de la parte eoa
Apolo sus cabellos esparcía,
pudieron descubrir una canoa
que indios enviaban por espía:

a ella cada cual guía la proa,
pero con dos remeros que traía
de tal manera meneó las palas,
que dar alcance no pudieran alas.

Persiguiéndolos va la gente blanca,
aunque más tardamente se menea,
pero valor y brío no le manca
para guía tomar que buena sea;
tras una punta vieron la barranca,
y el pueblo pareció que se desea
en enjuto lugar y parte exenta,
y sus caneyes eran como treinta.

Cada cual se compuso como pudo,
pudiéndolos hacer estar a raya
muy pocos, mas cubiertos del escudo,
valor del español tomó la playa,
pensando que de parte del desnudo
no faltará quien contra ellos vaya;
pero no pareció cosa viviente,
por estar todo morador absente.

Porque desde que vieron los navíos,
reconocieron ir en su demanda,
y así dejaron solos los buhíos,
tomando por amparo la otra banda,
con todos sus pertrechos y atavíos,
y lo demás que tienen por vianda;

de mantra que por entonces poca
fue la recreación para la boca.

Pero por arcabucos y riberas,
siendo por los soldados indagadas,
hallaron razonables sementeras,
algunas dellas cuasi sazoadas,
que fueron a las gentes estrañeras
alivios, según faltas atrasadas,
y por el origen grande que se puso
sirvieron muchos días a su uso.

Recogieron algunas churcherías
de las quel indio labrador alcanza:
esperaron allí las compañías
no sin demasiada confianza,
porque serían seis o siete días
aquellos que hicieron de tardanza,
y si gente de indios acudiera
es de creer que mal les sucediera.

Mas con los sobresaltos y barruntos
con que sueño quieto se destierra,
no dejaban de estar a todos puntos,
opuestos a los trances de la guerra,
hasta tanto que ya se vieron juntos
los que por agua van y los de tierra;
y entre tanto que tienen alimento
determinan allí hacer asiento.

Entre las cosas allí rancheadas
hallaron mantas de algodón tejidas,
pintadas con pincel y coloradas,
de ningunos antiguos conocidas:
con gran aplauso son solemnizadas
por ser muestra de cosas más subidas,
y no de morar lejos de la tierra,
viéndose muy cercanos a la sierra.

Pues porque no tuviese destemplanza
en recoger el grano deste puerto,
hay mando riguroso y ordenanza
con público pregón y descubierto,
que quien cogiese grano de labranza
sin descargo de culpa fuese muerto,
pues había de ser la tal comida
por orden y concierto repartida.

Pocos días después de su venida,
los moradores destos señoríos
a ver la nueva gente y atrevida
vinieron en sus fútiles navíos,
mostrándose de paz, aunque fingida,
pues no quisieron ir a los buhíos;
y a no ver en el río bergantines
fueran en sus efectos más ruines.

Dentro del agua hacen su parada,
puesto que nuestra gente los convida,

mas como tienen intención dañada,
con flechas hacen una arremetida;
y no fue tan veloce su llegada
cuanto hicieron presta la huida,
diciendo de los nuestros grandes menguas,
según interpretaron ciertas lenguas.

Al fin ellos volvieron de mal arte
contra la potestad de las corrientes,
do la madre del río se reparte
en cuatro que son brazos prepotentes,
y esto llaman la Tora, y es la parte
do reposan agora nuestras gentes,
y donde muchos Cloto, parca dura
metió dentro de viva sepultura.

Pues por estar sin fuerzas y sin brío
usaban de sepulcros, indecentes,
porque viendo quedar el cuerpo frío
los vitales espíritus absentes,
echaban a los muertos en el río,
donde los devoraban las serpientes,
y ansí, cebados en aquel sustento,
iban sus osadías en aumento.

Pues es ansí verdad que tanta era
la vigilancia del portento duro,
y hambre de la bestia carnícera,
que ni con claridad ni con obscuro

nadie tentó llegar a la ribera
que pudiese salir della seguro;
y dejó de contar casos diversos
por no poder caber en pocos versos.

Pues antes de caer en el engaño,
como llegasen muchos descuidados
a beber o lavar el pobre paño
por falta de criadas o criados,
hicieron lo caimanes mucho daño
en caballos y perros y soldados;
y así con vara larga se cogía
el agua que en el campo se bebía.

Y agora fue y en esta coyuntura
cuando Roa mató con tiro ardiente,
según pusimos ya por escriptura,
aquella ferocísima serpiente
que tanto mal y tanta desventura
muerta pudo causar a nuestra gente,
porque su gusto della fue de suerte,
que tuvo quien comió gusto de muerte.

Los sanos pues de nuestros peregrinos
determinaron de hacer salidas,
a fin de buscar sendas y caminos
que los guíen a tierras proveídas;
pero de tanto bien no fueron dinos,
que todas son montañas estendidas,

tan lluviosas, tan tristes, tan oscuras,
que no pueden romper sus espesuras.

Sus aposentos son húmidas matas;
los árboles les sirven de cubijas;
murciélagos, mosquitos, garrapatas
ocupan pies y piernas y verijas,
avispas y hormigas y mal gratas
culebras, sapos y otras sabandijas,
que los hacen volver desesperados
a do quedaron los demás soldados.

Viendo que los de tierra dan ruínas
nuevas, determinaron que se mueva
la compañía de los bergantines
y hagan por el agua larga prueba,
recorriendo las playas y confines
para volver a dalles buena nueva:
en cumplimiento de lo cual levantan
corvos resones y los remos plantan.

Prosiguen pues por las acuosas vías,
mirando bien el uno y otro seno;
no ven en los recodos ni bahías
tierra poblada ni recurso bueno;
gastaron en aquesto muchos días,
y al cabo se volvieron al veinteno,
todos sin esperanza de remedio,
y algunos que faltaban de por medio.

Que puesto caso que por despoblados
y que nunca jamás holló vecino,
eran aquestos los mejor librados
a causa de ser claro su camino,
todavía se ven menoscabados
en cantidad del número que vino,
de hambre, llagas, calores terribles,
los cuales por allí son insufribles.

Aguaceros de invierno y de verano,
de que su pobre ropa los escuda,
y siempre con los remos en la mano
los unos y los otros a remuda;
faltábales la sal, faltaba grano,
que para los trabajos es ayuda,
y de mosquitos tan terribles plagas,
que ya todos sus miembros eran llagas.

Como llegasen pues con descontentos
que yo por abreviar hago sumarios,
viendo que cielo, tierra y elementos
les eran enemigos y contrarios,
para perseverar en los intentos
los más tenían pareceres varios,
y aún no estaban enteros como antes
los que del escuadrón eran atlantes.

El San Martín y Céspedes son estos,
hombres que para todos buenos hechos

jamás dejaron de hallarse prestos
sin concebir temor sus fuertes pechos,
y agora con caminos tan molestos
y faltos de soldados y pertrechos,
viendo del campo todo las querellas
de pura compasión se van tras ellas.

Y así, viendo la plaga miserable
en que se ve la resta del armada,
por ser el San Martín varón afable
y su persona bien acreditada,
le ruegan con instancia que le hable
al Gonzalo Jiménez de Quesada,
el cual movido desde justo ruego
las razones siguientes dijo luego:

«A quien fortuna no se muestra dura
a su casa le lleva la ganancia,
mas a los que carecen de ventura
poco les presta buena vigilancia;
y pues siempre la veis triste y obscura
a nuestra pertinaz perseverancia,
tengo por bueno que salgamos fuera
de lugar do remedio no se espera.

«Quizá cuando queramos no podremos
ni la debilidad abrirá puerta,
pues todo cuanto veis y todos vemos
a mirar por nosotros nos despierta,

porque si prosiguimos, nos metemos
donde la perdición tenemos cierta;
y en tan grandes extremos es cordura
que sigamos la vía más segura.

«Cuanto más se prosigue la jornada
y más llegamos a la sierra alta,
tanto más la hallamos despoblada
y de consuelo y de refugio falta:
montaña tenebrosa y asombrada,
tanto que los humanos sobresalta,
de sucios animales toda llena,
cuya memoria sola causa pena.

«No vemos de zavas aparencias
que con su caza den algún consuelo,
sino bosques que crían pestilencias
sin dar al aire cosa que dé vuelo;
predominan malignas influencias,
un contino llover, un triste cielo,
truenos, obscuridad, horror eterno,
con otras semejanzas del infierno.

«Del río son ya grandes las corrientes
para los bergantines que llevamos,
y faltan, mi señor, si paráis mientes,
dos partes de la gente que sacamos;
llagados, consumidos y dolientes,
esos pocos soldados que quedamos;

e yendo por tan ásperos terrenos
creed que cada día serán menos.

«Si no cabemos en los bergantines,
otras ayudas hay que no son falsas,
que me señalan para tales fines
no personas insulsas, sino salsas;
y son que podrán ir hasta rocines,
haciendo de canoas buenas balsas:
iremos agua abajo prestamente
al morador de paz que nos sustente.

«Hay número de indios importante:
para traerlos al real servicio
buscaremos asiento do se plante
ciudad que tenga cielo más propicio;
erigiréis iglesia do se cante
y se celebre santo sacrificio;
formaremos allí perpetuos ranchos,
pues hay fertilidad y campos anchos.

«Gozaremos de suelos más enjutos,
pues los hay en aquella circunstancia;
servirnos han aquellos hombres brutos
que poseen larguísima distancia;
pagarnos han demoras y tributos,
pues de oro tienen todos abundancia;
y lo deste compás triste y horrendo
después podremos illo descubriendo.

«Es en Tamalameque y su distrito,
río Grande, lagunas y rincones,
el número de indios infinito,
grandes y numerosas poblaciones,
que puestas y apuntadas por escrito
satisfarán a vuestras intenciones,
y entenderéis lo mucho que se gana
en asentar allí gente cristiana.

«En esta relación he dado muestra
de lo que siente nuestra compañía,
así la chapetona como diestra,
cerca de que dejéis esta porfía;
mas yo puedo jurar que de la vuestra
está pendiente la voluntad mía,
y no me hallaréis menos constante
si quisierdes pasar más adelante.

«Pero vuestra merced se determine
en la resolución y en la respuesta,
antes que tanto mal nos arrüine
sin dejar en el campo cosa enhiesta;
y Dios por su bondad nos encamine
en una confusión tan manifiesta,
do fortuna se muestra tan malina,
que todo buen jüicio desatina».

Oyó Quesada su razonamiento,
pero como faltó correspondencia

a su más levantado pensamiento,
guiado por divina Providencia,
tomólo con algún desabrimiento;
y ansí sin les captar benevolencia,
por desviar aquellas opiniones
tuvo por bien decir estas razones:

«A todos es negocio creederlo,
si viso de razón está presente,
cómo nadie procura ni yo quiero
el mal y perdición de tanta gente;
antes todos buscamos paradero
para nuestro descanso conviniente,
y con estos intentos y destinos
proponemos romper estos caminos.

«Y el acerbo dolor deste tormento,
con fatigas de todas partes llenas,
débese de cree que yo lo siento,
pues padezco también las mismas penas,
y el singular dolor y sentimiento
aquese pago yo con las septenas,
porque flecha mortal mi alma hiere
cuando de cualquier mal alguno muere.

«Pero para curar el mal que veo
dadme remedio que remedio sea,
pues ese que me dais es devaneo
que jüicio flaquísimo tantea,

pusilanimidad y caso feo,
contrario del valor que se desea,
y en el efecto consta claramente
ser el peligro muy más inminente.

«Porque todos sabéis y es cosa vista,
que para subyectar esa partida
tiene de ser por agua la conquista,
por ser su fortaleza y acogida;
y nuestra gente para que resista
está de tiros mal apercebida
y donde falta del caballo huella
en los indios se hace poca mella.

«Demás desto, la gente que nos queda
por espaldas son indios atrevidos,
e ya la masa dellos tan aceda,
que tarde los veremos corregidos;
y aun el armada quiera Dios que pueda
salir de sus provincias y partidos,
pues las contractaciones de los nuestros
en la guerra los han hecho más diestros.

«Decís que de canoas harán balsas
para llevar mejor aviamiento:
entenderá ser opiniones falsas
el que tuviere buen conocimiento,
pues es al enemigo dalle salsas
para mejor gustar de su contento,

que cuando la flaqueza reconoce
se alienta para dalle mayor coce.

«Pintáis con alabanzas aquel puesto
por ver el oro que su gente tiene,
y a todos es negocio manifiesto
cómo por vía de contractos viene;
así que, bien mirado todo esto,
otro progreso cumple que se ordene,
y es que quiero buscar, o muera o viva,
la tierra de donde ello se deriva.

«Porque si buen juicio lo tantea,
contracto es y habemos de buscallo;
y allí quiero parar donde me vea
quien no vio barba larga ni caballo;
y es este para lo que se desea
el último remedio que yo hallo:
cuanto más, que señal tenéis alguna
que no puede borralla la fortuna.

«Y porque no penséis que son novelas
compuestas, ni livianas coyecturas,
aquí hallamos juntas cinco telas
con mil diversidades de pinturas,
que para mis designas son espuelas,
por entender que ya no voy a obscuras;
porque nunca jamás atrás se topa
entre los indios semejante ropa.

«Pues aunque discurráis desde los mares,
de do comienzan estos hombres rudos,
pasando por provincias y lugares
que suelen visitar vuestros escudos,
no veréis ejercicio de telares,
por ser sin escepción hombres desnudos,
y es el uso común dellos y dellas,
eso me da casadas que doncellas.

«Y allí donde la tela fue tejida,
gente debe de ser de mejor casta,
en el honestidad más advertida,
no tan desvergonzada ni tan basta,
porque no dudo ser gente vestida,
nobles influjos y provincia fasta,
adonde nos esperan ricas medras,
áureas joyas y preciosas piedras.

«Este camino quiero y este sigo,
este debe seguir quien bien me quiere,
y sepa que terné por enemigo
a quien aquestos pasos impidiere,
dándole con rigor aquel castigo
que por inobediente mereciere:
que no podrá temor ni dolor luengo
quitarme del propósito que tengo.

«Ni hallaré peligro que me espante
en la prosecución desta pelea,

puesto que se me pongan por delante
Sirtes, Scila, Caribdis y Malea:
sola Laquesis puede ser bastante
a perturbarme para que no vea
de mi justo deseo cumplimiento,
haciéndome perder vital aliento.

«Y admírome de ver que tantos buenos,
diestros en padecer calor o fría
en estos tristes y espantables senos
que hacen las montañas deste río,
en este sinsabor vengan a menos
de su animosidad, valor y brío,
principalmente donde tienen cebo
para recuperar ánimo nuevo.

«¿Agora que tenéis la presa cierta
dejáis el uso della de las manos?
Agora que llegamos a la puerta
no queréis ver los dones soberanos?
Agora que la vemos más abierta
al entrar concebís temores vanos?
Valor, valor en la mayor presura,
pues que nos llama próspera ventura.

«Volvamos a cobrar el esperanza,
que hizo principiar esta jornada:
afilemos el hierro de la lanza,
no críe duros mohos el espada;

vístase cada cual de confianza,
prosiguiendo la obra comenzada;
pues faltando temores de por medio,
brevemente veréis vuestro remedio.

«Por tanto, cuando fuere manifiesta
la lumbre clara del futuro día,
vos, señor San Martín, haced me presta
gente sana de vuestra compañía,
para continüar esta floresta
por donde nos mostrare mejor vía;
que no es posible, yendo más adentro,
dejar de salir indios al encuentro.

«Y pues que la nocturna pesadumbre
nos cubre ya con velo tenebroso,
con la vela que tienen de costumbre
los que pudieren vayan al reposo,
porque llegada la diurna lumbre
demos fin al camino trabajoso;
pues a pesar de la fortuna avara,
habemos de salir a tierra clara».

Oídas por personas más granadas
las palabras de su razonamiento,
se fueron a sus toldos y ramadas,
dudosos de se ver en tal contento;
y porque yo, que sigo sus pisadas,
del largo caminar también me siento

algo cansado, de presente ceso,
que yo diré después su buen suceso.



ELOGIO

DE DON LOPE DE OROZCO DESDE QUE VINO A
GOBERNAR A SANTA MARTA, DONDE SE HACE
MENCIÓN DE LAS COSAS EN AQUELLA GOBERNACIÓN
SUCEDIDAS HASTA EL AÑO DE 1585.

▪ CANTO SEGUNDO⁶

Donde se tracta cómo don Lope de Orozco envió al capitán Antonio Cordero a poblar la provincia de Chimila, y gente blanca, y las cosas que sucedieron durante la población.

Muchas veces habemos dado cuenta
de las cosas antiguas de Chimila,
en lo que más atrás se representa
y mi memoria flaca recopila:
tierra bien asombrada, clara, exenta,
pero sus poblaciones anihila
la gran saca de esclavos que salía
el antiguo tener por granjería.

Que los antiguos no tenían ojo
a se perpetuar ni hacer nido,
sino con los esclavos y despojo
mejorar cada uno su vestido;
y así las inquietudes y el enojo
han muchos destes indios consumido,
mas no de tal manera que no quede
quien de sus descendientes los herede.

⁶ En este canto se cuenta la conquista de los chimilas, historia representativa para la Costa Atlántica (Nota de la compiladora).

Y aun en aqueste tiempo que lo cuento,
en belicoso tracto y ejercicio
uno vale ya tanto como ciento,
por ser cursados bien en el oficio,
y en un desesperado rompimiento
ningún indio presume ser novicio;
mas todos usan de sagacidades
según los tiempos y necesidades.

En la sazón que Manjarés vivía,
allí tuvieron un pueblo fundado,
y despoblóse no sé por qué vía,
porque desto no soy bien informado;
mas Lorenzo Jiménez se decía
el capitán entonces señalado,
y este desapareció por allí junto,
sin más hallallo vivo ni difunto.

Viendo don Lope pues ser conviniente
aquella población ir adelante,
para los allanar envió gente
tal cual le parecía ser bastante:
fue Antonio Cordero por teniente,
cursado para cargo semejante;
eran ciento y setenta los soldados,
de cosas necesarias pertrechados.

La ciudad en llegando fue trazada,
y las cuadras iguales en medidas,

en parte rasa bien acomodada
y con buenas entradas y salidas;
la población Sant Ángel fue llamada
por causas que no tengo conocidas;
buscaron hombres destas vecindades
para hacer con ellos amistades.

Pero primero que saliese fuera
a descubrir los bárbaros avaros,
hicieron un buen fuerte de madera,
con bastiones, trincheras y reparos,
pues a causa de ser gente guerrera
pudieran los descuidos costar caros;
y esto hecho salieron a buscarlos
con copia de peones y caballos.

Salió Sorlí, cacique conocido,
con mucha gente bien apercebida;
el capitán Cordero que lo vido
a concierto de paces lo convida;
Sorslí también acepta su partido,
sin poner dilación en su venida,
y ansí con un mozuelo bien ladino
se dieron relación de su desino.

Diciendo que en pasados desatinos
los españoles no paraban mientes,
antes serían mansos y beninos
como no fuesen indios imprudentes;

porque venían para ser vecinos,
amigos verdaderos y parientes,
y con determinados presupuestos
de no selles pesados ni molestos.

Los indios estuvieron muy atentos
notando las pacíficas razones,
y aunque fuesen contrarios sus intentos
correspondieron a sus opiniones:
en efecto, volviéronse contentos
y agasajados con algunos dones
de rescates que tienen por ganancia
y no son cosas ellas de substancia.

Otros también vinieron de buen arte,
con cantidad de indios de rebaño,
a ver nuestra bandera y estandarte
usando de la paz más de medio año,
sin que la una ni la otra parte
se desmandase ni hiciese daño;
pero cosa no dan de su cosecha
que con pagano sea satisfecha.

Y al tiempo de poner en astillero
el reconocimiento y obediencia,
en prisiones llevaron al Cordero
por provisión desta real audiencia;
gran desavío fue, pero primero
nombró por capitán en su tenencia

un Cristóbal Fernández de Sanabria,
natural de las islas de Canaria.

Y viendo ser el general absente,
teniendo por incierta su venida,
huyóseles de noche mucha gente
sin poder estorballes la salida;
y así quedaron poco más de viente
no menos deseando la partida,
pero púsose grande diligencia
en no les consentir hacer ausencia.

Mas como por don Lope se supiese
que le llevaron preso su caudillo,
envió luego para que lo fuese
a su hijo don Alonso Carrillo,
a ninguno pesó de que viniese,
y el pueblo se holgó de recibillo,
porque todos estaban descontentos
y no menos medrosos que hambrientos.

Padecíase miserable vida,
pues cualquier indio se les desacata,
y quien antes vendía la comida
ya no la daba cara ni barata;
andaba la vergüenza despedida,
el fiero presto, pronta la bravata,
menosprecios aliende de los fieros,
y aun mataron algunos compañeros.

Diéronle larga cuenta del aprieto,
que fue de más desgusto que se intima,
y la dificultad de ver subyeto
a bárbaro que tanto los lastima;
mas don Alonso como muy discreto
y mozo valeroso los anima,
pues para levantar a los caídos
hirió desta manera sus oídos:

«Señores, la necesidad presente
y el blanco donde va vuestro deseo,
no quiero consentir que se me cuente,
pues por mis propios ojos yo lo veo,
y sabe Dios lo que mi alma siente
viendo tan pocos en tan buen empleo,
de donde me parece ser afrenta
el querer alijar sin ver tormenta.

«Y puesto caso que veáis alguna,
no por eso tengáis desconfianza:
que cuando su furor más importuna
lo suele mitigar cristiana lanza,
y nunca duró tanto la fortuna
que no venga tras ella la bonanza;
demás de que también hay parentesco
que me envíe soldados de refresco.

«Entre tanto los que sienten buenos
estén a todas horas vigilantes,

que no digo nosotros, pero menos,
para se defender serán bastantes,
aunque vengan aquestos campos llenos
de grandes estaturas de gigantes;
pues para confundir bárbaro marte
está la voz de Dios de nuestra parte.

«Aquesta es la principal ayuda;
y teniendo propicios sus favores,
¿qué nos pueden hacer gente desnuda,
que no quedemos siempre por mejores?
Ninguno de vosotros tenga duda
de ser en los encuentros vencedores;
pues bien sabéis ser sus antiguos modos
viendo caído uno huir todos.

«Y pues en el mayor inconveniente
fuesteis tan valerosos y constantes,
agravio me hacéis si yo presente
no fuerdes todos lo que fuestes antes;
pues yo no tengo de volver la frente,
antes, adonde todos sois atlantes,
sin ser el compañero que no nombro,
a vuestro peso suporné mi hombro.

«Cerca del galardón ternáse cuenta
con aquellos que han permanecido,
asegurándoles la mejor renta
de todo cuanto fuere repartido;

pues este poco número sustenta
la tierra que los otros han perdido,
y es razón que donde ella no fallece
lleve buen galardón quien lo merece.

«Ansí que, pues el duelo padecido
ha de ser olvidado con ganancia,
a todos amigablemente pido
se perficione la perseverancia;
que para mejorar vuestro partido
en mí no faltará toda constancia,
como después veréis por el efeto,
con más ventaja de lo que prometo».

Dijo su voluntad, y los soldados
que estaban en aquel ayuntamiento
quedaron satisfechos y pagados
de ver aquel urbano cumplimiento,
y por las mismas causas obligados
a no le dar jamás desabrimiento,
y tan feroz la mínima bandera
como si se hallara muy entera.

Y ansí por muchos dellos se procura
dejar algunas horas sus abrigos,
con quien el don Alonso se aventura
a contrastar algunos enemigos,
donde de su valor en guerra dura
los unos y los otros son testigos;

y también en el bélico teatro
murieron de los suyos tres o cuatro.

Mas ya ganando tierra, ya perdiendo,
no holgaban espadas ni paveses,
cuotidianamente recorriendo
rancherías de indios y conveses;
y en esta variedad que voy diciendo
se gastarían tres o cuatro meses,
al cabo de los cuales el Cordero
volvió libre y al cargo que primero.

Don Alonso holgó con su venida,
y porque con venia que se parta,
en orden puso luego su partida
para la ciudad de Santa Marta;
y como por la falta de comida
le gente se hallaba no bien harta,
el Cordero quisiera salir fuera
a recoger maíz por la frontera.

Pero venía muy debilitado
a causa de continua calentura,
y así para vivir le fue forzado
irse donde pudiese hallar cura,
quedando por caudillo señalado
Sanabria, que por tierra mal segura
fue con los diez y ocho desta gente
a ver y ranchar aquella frente.

Aqueste capitán, sin advertencia
las rozas y labranzas les estraga,
aprovechándose con violencia
de lo que no quisieran dar sin paga:
vase llegando su fatal sentencia
que con acerbo golpe les amaga;
y en cierto pueblo que llamaban Ancho
quisieron una noche hacer rancho.

Donde dormían, vela tienen puesta
y ronda de caballo con su lanza;
mas a los miserables, ¿qué les presta
velarse de tan áspera pujanza?
Fuéales la huida más honesta
que loca y atrevida confianza,
porque gente terrible de pelea
por todas cuatro partes los rodea.

La noche por igual peso partida,
y al tiempo que la lumbre de Diana
fue de aquel hemisferio retraída
(sería por no ver sangre cristiana
por mano de los bárbaros vertida),
rodearon la gente castellana,
en el acometelles tan a punto,
quel peligro y el miedo llegó junto.

Corre los campos anchos son horrendo,
estiéndose la grita y el ruido;

pero mayor la obra quel estruendo
y más grave la plaga quel gemido,
vanse los españoles consumiendo,
y es de contrarios número crecido
y tan apresurada la rencilla,
que falta huelgo para resistilla.

Bien como nave cuando le sacude
por una y otra parte la refriega,
que para tener término que ayude
no se le da lugar al que navega,
antes cuanto más agua más acude
hasta que la zozobran y se aniega,
y aquella presurosa desventura
fue la que les sirvió de sepultura:

así fue huracán no menos ciego
aqueste mal, y tan impetuoso,
que para poder entablar el juego
nunca se les dio punto de reposo;
pues acudían unos y otros luego,
sin cesar el estrago presuroso.
Hasta que todos en aquel combate
ovieron triste fin y mal remate.

Y en aquellos nocturnos desconciertos,
común fue para todos el engaño,
porque vieron también pechos abiertos
y rotos los que nunca rompen paño;

pero fueron sus números de muertos
muy pocos en razón del otro daño:
y cuando sucedió la mala suerte
ocho solos quedaban en el fuerte.

Los cuales como viesan la tardanza
y no venir al tiempo prometido,
advinaron luego la matanza
y que todos habían perecido;
perdieron de vivir el esperanza
y cada cual se tuvo por perdido:
diez mujeres había que con llantos
mucho más aumentaban los espantos.

Esperaban por horas el rebato
de parte de la gente monstruosa;
y estando con el tímido recato
con que suele vivir la sospechosa,
llegó de las marinas el mulato
que se dice Juan Pérez de la Rosa,
al cual agasajaron aunque solo,
no menos que si fuera dios Apolo.

Este, como no vio mejor portillo
para poder salir del labirinto,
hizo que se nombrase por caudillo
un cierto portugués, Salvador Pinto,
y de cuantos están en el castillo
ninguno tuvo parecer distinto,

sino que cada cual quedó contento
de se hacer en él nombramiento.

Y para que más bultos pareciesen,
viendo cuán pocos eran, el Juan Pérez
también aconsejó que se vistiesen
en hábitos de hombres las mujeres,
y así se les mandó que lo hiciesen
teniéndolos por buenos pareceres;
e ya cubiertas de viriles telas
les dieron sus espadas y rodelas.

Las cuales bien armadas, como vían
en trajes usurpados sus personas,
tal furor les tomó, que presumían
de ser otras segundas Amazonas,
y en la postura con que se movían
todas eran Minervas o Belonas,
y el riesgo de los riesgos más acedo
ahuyentaba femenino miedo.

Tenían un caballo los cristianos,
para socorro deste su trabajo,
manco de todos cuatro pies y manos,
y los cuadriles hechos un andrajo;
cubren con armas pues sus pelos canos
para que les sirviese de espantajo,
encima dél, no más que para carga,
un español con lanza y con adarga.

Estando cada cual apercebido
certísimos del bárbaro bullicio,
vieron venir un indio malherido
de los quellos tenían de servicio;
este dentro del fuerte recibido
les dio de sus sospechas más indicio,
diciendo cómo grande compañía
había de venir siguiente día.

«Y para certidumbre, dijo, sea
aviso, que veréis por la mañana
un bárbaro con una hicotea
y señales de paz, pero no sana,
pues su venida es para que vea
y cuente bien la gente castellana;
no le dejéis entrar, estése fuera,
y aun si posible fuere luego muera.

«Esto me fue notorio, porque yendo
a casa de Sorlí para holgarme,
oí las tramas y escapé huyendo,
porque su voluntad era matarme;
viniéronme con flechas persiguiendo,
pero nunca pudieron alcanzarme,
sino fue con los tiros, y Dios quiso
darme la vida hasta dar aviso».

Dados estos avisos a quien toca
guardallos en peligros semejantes,

la vida del ladino fue muy poca
por ser las más heridas penetrantes:
el gran temor a vela los provoca,
y ansí todos estaban vigilantes,
hasta tanto quel sol día siguiente
los visitó con su dorada frente.

Miran, y ven venir por aquel llano
al que enviaban para los acechos,
y con las hicoteas en la mano
a los nuestros llevó pasos derechos;
mas el Juan Pérez viéndolo cercano
con una bala le rompió los pechos;
cayó luego con un terrible grito
que oyeron los que vienen al conflicto.

Por estar ya cercanos a los muros,
porque el muerto tomó la delantera
con intenciones de hacer seguros
a los que tienen relación entera,
y usando la cautela de sus juro
armalles so color de paz sincera,
y los demás guiaban tras sus huellas
a repentinamente dar en ellos.

Pensando de hallar lugar abierto
por do la fortaleza se destruya,
mas no permitió Dios que tal concierto
con daño de los nuestros se concluya,

pues el falace bárbaro fue muerto
y estotros no salieron con la suya;
pero reconociendo ser sentidos
descúbrense con grandes alaridos.

Y sale la caterva de salvajes
con posturas feroces y galanas,
las cabezas vestidas de plumajes,
arcos, flechas, y dardos y macanas,
saltos y brincos, gestos y visajes,
de que suelen usar gentes insanas;
mas no van tan derechas sus derrotas
que no tengan temor de las pelotas.

Con cuyo miedo tiemplan los insultos
y para les entrar no hacen prueba,
sospechando según vían los bultos
habelles socorrido gente nueva
y que tenían muchos más ocultos
de aquellos do Sorlí la vista ceba;
descúbrese también por el cercado
aquel caballo bien encubertado.

Un español, alzada la visera,
encima dél, con armas bien cubierto,
no para confialle la carrera,
pues demás de sus males era tuerto,
y en meneo y en paso de manera
que sin más lo matar estaba muerto;

pero con todo esto fue tan bueno,
que sin lo tener él les puso freno.

Porque viendo blandir aquella lanza
y en la cerca soldados mentirosos,
sospechando tener mayor pujanza,
han por bueno volver a sus reposos;
y los que no tenían confianza
quedaron por industria victoriosos;
y al partir la canalla les decía:
«Por acá nos ternéis a tercer día».

Estando con temor desta tormenta,
antes de ser los tres días cumplidos
volvió Cordero con soldados treinta
de todas armas bien apercebidos,
dióseles a los indios larga cuenta,
cerca de los que son recién venidos;
y ansí vistas las nuevas municiones
no procedieron en sus intenciones.

A la gente con él recién venida
como perder el tiempo les escuece,
y demás de lo dicho la comida
es tal que ni se asa ni se cuece,
huyeron, y después de la huida,
Cordero se quedó con solo trece,
con los cuales también quiso mudarse
viendo que no podía sustentarse.

Porque le parecía ser mal seso
permanecer en tales confusiones,
como faltaba gente de buen peso
que resistiese bárbaras naciones;
a Santa Marta fue, y estuvo preso,
porque desamparó las poblaciones,
pero dio sus descargos por escrito,
y así disimularon el delito.

Don Lope tuvo vivos los aceros
para hacer aquella gente blanda;
y así convocó muchos compañeros
de que se hizo razonable banda;
por capitán un Melchor Rieros
que tuvo por acepta la demanda,
el cual entró también con los de España,
y a los principios dióse buena maña.

Porque prendieron veinte principales
y a todos los pusieron en cadena,
entrellos a Sorlí, que de los males
pasados merecía mayor pena;
estragaron sus casas y caudales
procurando hacer la bolsa llena,
y puestos en collera tantos cuellos
a la ciudad de Ancho van con ellos.

Repararon allí por ser asiento
de cosas necesarias abundante,

y porque si tuviesen rompimiento
tuviesen lugar ancho y elegante;
y es donde vio también su fin sangriento
Cristóbal de Sanabria y el restante,
y allí venían indios desarmados
a ver a los que están aprisionados.

Y un día según tienen de costumbre
entraron donde estaban con Rieras,
con muestras de quieta mansedumbre,
desarmados, alegres, placenteros;
pero cargó tan grande muchedumbre
que fatigó cristianos compañeros,
y el mulato Juan Pérez de la Rosa
dijo: «No juzgo yo bien desta cosa.

«Señor Rieros, mucha gente carga;
bueno será que nos salgamos fuera
do tengamos compás de plaza larga,
que gran zagalagarda nos espera,
y será menester lanza y adarga
antes que nos santigüen la mollera».
El Rieros con ásperos vocablos
respondió: «Idos con todos los diablos.

«Que vos con vuestros miedos indiscretos,
sin qué ni para qué tengáis sospecha,
queréis alborotar pechos quietos
a fin de quebrantar las paces hechas,

viniendo todos ellos mansüetos
sin macanas, sin arcos y sin flechas».
Juan Pérez de la Rosa quedó mudo,
y salióse lo más presto que pudo.

Poco después, un indio chimileño,
entre la muchedumbre recogido,
un palo recogió nada cimbreño
por modo tan sagaz que no se vido;
y en un instante con el grueso leño
a Rieros le dio tras el oído,
con tal vigor que dio con él en tierra,
dando principio de sangrienta guerra.

Porque en el mismo punto cada uno
eso que puede ver toma y apaña
con que pudiese ser más importuno
y dar mejores cebos a su saña;
no queda indio uno ni ninguno
que no dé gran calor a la cizaña,
tiembla la tierra con los duros huelllos;
barren el suelo barbas y cabellos.

Vuelan sobrellos piedras y tizones,
echando mano de lo que se halla;
andan los puntapiés y mojicones,
suena la grita y arde la batalla;
crecen por las cabezas torondones,
no vale morrión ni presta malla;

aquí se desmenuzan las rodelas,
aquí derriban dientes y allí muelas.

Echan mano de cepas y raíces;
sácense varas de las casas viejas;
unos andan torcidas las cervices,
otros destilan sangre de las cejas,
los unos ahajadas las narices,
los otros arrancadas las orejas;
ningunos golpes hay que no segunden,
y todos se revuelven y confunden.

Bien como cuando dos mozos livianos
echan en plaza mano a las espadas,
que los tíos, los primos, los hermanos,
con piedras, palos y armas enastadas,
acuden a meter allí las manos
y sobre todos cargan cuchilladas
y en la revolución y desconcierto
uno queda herido y otro muerto:

Ansí por no temer primer encuentro
y en los principios ser mal avisados,
de los cristianos en aquel recuento
y de los indios hay descalabrados,
y los que se hallaron más adentro
aquesos fueron los peor librados,
porque los otros como gente suelta
señores de sí son en la revuelta.

Echó mano Juan Pérez el mulato
diciendo con airado movimiento:
«Bien me temía yo deste rebato;
¡a ellos, que se van del aposento!».
Acuden todos, y en pequeño rato
murieron de los indios más de ciento;
desamparan el pueblo los restantes,
mas no todos tan sanos como antes.

Pues en retorno de sus malos hechos
no pocos llevan fieras cuchilladas:
unos rompidos parte de los pechos,
otros con las espaldas coloradas,
otros iban torcidos y contrechos
huyendo de las lanzas afiladas,
a causa del caballo que va encima
y con pena de muerte los lastima.

Ejecutándose la misma pena,
sin tener antes tales intenciones,
en aquellos que estaban en cadena
y por quien fueron las revoluciones,
porque la turbamulta tal ordena,
a fin de los librar de las prisiones;
y aquello que tomaron por remedio
fue causa de quitarlos de por medio.

Entrando pues do fueron los rüidos
dejando de seguir al fugitivo,

hallaron veinte suyos mal heridos
con el Rieros todavía vivo,
aunque cuasi perdidos los sentidos
para reconocer su mal motivo;
mas él y los demás con los escesos
molidas las entrañas y los huesos.

Y así de todos estos que lastaron
el ímpetu primero de la gente,
los seis o siete dellos escaparon
y los demás murieron brevemente,
yendo por el camino que llevaron
al pueblo del Upar incontinente,
porque les pareció ser desatino
querer esperar otro remolino.

Aderezado pues cristiano bando,
en efecto se puso la partida
por derecha derrota caminando
hasta tanto que vieron la guarida;
llegó vivo Rieros, y en llegando
partió de los peligros desta vida
en la ciudad llamada de los Reyes,
con diligencias de cristianas leyes.

Esta, lectores, es la postrimera
cosa que sé decir de Santa Marta,
de casos sucedidos en mi era
y donde padecí congoja harta;

y porque tengo larga la carrera
la misma Marta dice que me parta
a la solicitud de lo que resta,
y la segunda parte será esta.

Según primera traza, yo quisiera
tractar también aquí de Cartagena,
y por ser esta más que la primera
aquel orden que di se desordena:
allí comenzaremos la tercera,
y no creo será la menos llena,
pues las cosas en ella sucedidas
no pueden ser en poco resumidas.

De hechos venideros soy exento,
los cuales siendo dignos de memoria
otros habrá de muy mejor talento
que hagan dellos general historia;
y aunque la suya sea de momento,
no se terná la mía por escoria,
por ser el fundamento de la casa,
y aquella chapitel y aquesta basa.

También con gran instancia le suplico
a quien en Santa Marta residiere,
que si deste principio que publico
en algún tiempo sus hazañas viere,
y se sintiere con talento rico,
sobrél asiente lo que más oviere,

y sea con tan pura y verdadera
relación como fue nuestra primera.

Pues sin fantasear vanos concetos
según suelen cursados y novicios,
aquellos indios son tal inquietos
y tan acostumbrados a bullicios
que le darán materias y subyotos
para fabricar altos edificios,
sin enjerilles fábulas inciertas
que yo quiero llamallas obras muertas.

▪ LAUS DEO

Salid, historia fiel,
compuesta de verdad pura,
y donde vierdes laurel
tened a muy gran ventura
ques os dejen llegar a él.

Conviene que lo adoréis,
pero no que os coronéis
con él, porque sois indina,
aunque corona de encina
yo sé que la merecéis.

**FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LAS
«ELEGÍAS DE LOS VARONES ILUSTRES DE INDIAS»,
POR JUAN DE CASTELLANOS**



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2015. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital se utilizó tipografía de la familia Baskerville (John Baskerville 1706–1775).

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.